FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30-3.º dcha. - MADRID-4

COMUNIDAD IBERICA

TODAVÍA LA BANDERA DEL SOCIALISMO
Diego Abad de Santillán

LOS PROBLEMAS INTERNACIONALES Y LA CLASE TRABAJADORA
Walter P. Reuther

BALANCE DE UNA ÉPOCA
Marín Civera

MUNICH Y EL CAMBIO INCRUENTO
Fidel Miró

NECESITAMOS UNA JUVENTUD CREADORA
Juan Rueda Ortiz

PAÍSES A MEDIDA DEL HOMBRE
Víctor García

GERALD BRENAN EN EL LABERINTO
José Peirats

RESÓN DE "LA ARAUCANA"
J. García Pradas

I

NOVIEMBRE
DICIEMBRE
1 9 6 2

AÑO I —Noviembre-diciembre 1962 — Núm. 1

COMUNIDAD IBÉRICA

PUBLICACION BIMESTRAL

Apartado postal 13721
México, D. F.

Editor: FIDEL MIRÓ

Director: P. ALFARACHE

Administrador: FRANCISCO ROMERO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

AMÉRICA

México, un año ..... 24 pesos

Otros países, un año ..... 2 Dól. (USA)

Europa, un año ..... 10 N. F.

PRECIO DEL EJEMPLAR

AMÉRICA

México ..... 4 pesos

Otros países ..... 0.35 Dól. (USA)

Europa ..... 1.70 N. F.

CORRESPONSAL ADMINISTRATIVO
EN EUROPA

M. FABRA

22, rue Plumet

París (XV)

C.C.P. 14 270 16 París

DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS
SON RESPONSABLES SUS AUTORES

SUMARIO

Editorial 1

Todavía la bandera del socialismo, por Diego A. de Santillán 3

Los problemas internacionales y la clase trabajadora, por Walter P. Reuther .. 10

Balance de una época, por Marín Civera. 12

Munich y el cambio incruento, por Fidel Miró 16

Nueva faz de las desigualdades económicas, por Manuel Díaz Marta 21

Necesitamos una juventud creadora, por Juan Rueda Ortiz 23

La independencia argelina y los sindicalistas revolucionarios franceses, por Roger Hagnauer 27

Países a medida del hombre, por Víctor García 29

De España a Moscú sin pasaporte, por Joaquín Maurín 34

La confusión tercerista, por S. Parane. 41

Gerald Brenan en el laberinto, por José Peirats 45

William Faulkner, por Juan García Durán. 51

La lengua, sangre del espíritu, por R. Piñeiro 54

Resón de "La Araucana", por J. García Pradas 57

Originales para el número 2

Franco y el Mercado Común Europeo, por M. Fabra.

La cuestión agraria, por V. Alba.

Cien años de pintura en Francia, por Jerónimo García.

Hacia la Federación Sindical Ibérica, por M. González.

Latinoamérica y el falso subdesarrollo, por Pedro Bargalló.

Necesidad de otra actitud, por J. Arana.

Talleres de imprenta de
la EDITORIAL B. COSTA-AMIC,
MESONES, 14 — MÉXICO, D. F.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30-3.º doha. - MADRID

"Comunidad Ibérica" a sus lectores

APARECE ESTA REVISTA en momentos de gran tensión internacional. Los dos bloques en pugna someten a prueba sus dispositivos militares sobre las zonas de influencia que la guerra fría ha ido poniendo a su disposición. Oriente y Occidente disputan su predominio, y en el forcejeo van incorporando en sus órbitas, violentamente casi siempre, naciones viejas y nuevas.

Estos acontecimientos mantienen alejado de la atención internacional el problema de España. No obstante, y de acuerdo con las exigencias de la guerra fría, ambos bloques están facilitando los medios que aseguran la pervivencia del franquismo. Uno, dándole el dinero que precisa a cambio de bases militares, y olvidando todo lo demás. El otro, asegurando su presencia en nuestro país mediante relaciones comerciales, directas e indirectas, que acrecientan el poderío de los sojuzgadores de nuestro pueblo. Y mientras, el más angustioso de los silencios en torno a nuestro problema esencial.

A casi un cuarto de siglo de distancia del momento en que se proclamó nuestra derrota, el pueblo continúa sufriendo el terror gubernamental. Como en el régimen ruso, nadie puede levantar la voz sin que la maza del Estado caiga sobre su cabeza: fusilamientos y encarcelamientos permanentes. Y si alguien, arrepentido de su pasado, como ocurrió en la cita de Munich, expresa fuera de la enorme prisión que es España su desacuerdo con aquellos a quienes en el pasado ayudaron a triunfar sobre el pueblo, se le cercenan su libertad personal y su derecho a manifestar ese desacuerdo.

No queremos, en esta revista que aparece por el esfuerzo de numerosos militantes cenetistas y la cooperación de otros amigos de la libertad, apelar al torpe recurso de la lamentación para defender nuestra causa. Estamos seguros de que, aparte de la conducta de quienes se consideran los sostenedores del derecho y de la democracia política, los españoles de fuera hemos contraído grave responsabilidad: la de no emplear el tiempo de que se ha dispuesto para establecer un plan capaz de poner en juego las energías propias y del país para luchar por su liberación.

Proclamar a gritos que la brutalidad triunfó en España, es inútil ya: lo sabe todo el mundo. Que los que pudieron ayudar dejaron de hacerlo cuando las circunstancias eran absolutamente favorables, está en la conciencia de todos. Que los emigrados nos hemos entretenido en pugnas torpes y lesivas a los intereses superiores de nuestro país, nos duele extraordinariamente. Si abandonamos esta senda trillada, nos inclinamos convencidos por la conclusión en la que parece va coincidiendo la mayoría: Que los españoles de dentro y de fuera, mediante los instrumentos adecuados, coordinen sus pensamientos y energías para acabar con la tiranía. Las organizaciones de carácter popular que ansían la hora de la libertad para proyectarse hacia el porvenir, deben apoyarla rápidamente. Cuanto más se tarde en cumplir con este deber, peor para todos. Hay que romper el cerco levantado por nuestra incomprensión y nuestras pequeñeces, pues de continuar como vamos España iría quedando cada vez más en la sombra, y llegaría un momento en que significaría, para la libertad y la cultura, menos que un país cualquiera del Africa Negra. Es decir, la continuidad inalterable del franquismo.

"Comunidad Ibérica" quiere alentar las preocupaciones mejores de los emigrados, y en lo que pueda, de los del interior, en su afán de ver el problema común en términos de eficacia. Si la libertad de España depende, en primer tiempo, de los españoles, lógico es que éstos se agrupen con esa principalísima misión: liberarla. Lo que hoy se hace para responder a esa necesidad no basta. Queda como expresión de buenas intenciones, pero no va más allá. Y a la vista está.

Estamos invitando a colaborar en esta publicación a hombres de pensamiento liberal, sin distinciones innecesarias. La obra de acabar con la tiranía para poner de nuevo a España de pie, nos importa a todos: obreros y técnicos, literatos y hombres de ciencia... Unidos por el mismo afán, debemos contribuir a la creación de un gran movimiento nacional del que surjan los instrumentos organizadores de una nueva España. En este primer número se inicia esa colaboración y esperamos que los sucesivos contengan materiales suficientes para justificar nuestra presencia.

El movimiento obrero debe contribuir poderosamente a este renacimiento de la lucha por España, cuya aspiración más importante es la de existir plenamente. Estamos convencidos de dos cosas: una, que el porvenir de nuestro país dependerá, en gran parte, de la disposición de los trabajadores a intervenir, a través de sus organizaciones naturales, en todas las expresiones de la vida colectiva; segunda, que para que el movimiento obrero pueda desarrollar sus ideas al mismo tiempo que asegure su indiscutible derecho a la legalidad permanente, necesita, como el cuerpo del oxígeno, un clima social favorable. No puede eludirse el paralelo. Una cosa condiciona la otra. Si quiere pesar en la conciencia colectiva, ha de interpretar, con posiciones inteligentes, las necesidades de la vida nacional. Si constituye una corriente social con derecho al porvenir por sus propósitos fundamentales, ha de confirmarlo apoyando y desarrollando todo cuanto signifique progreso, por mínimo que parezca en la evolución general. Para vivir con dignidad, necesita el respeto de los demás, lo que se logra con la práctica de la libertad, que lleva aparejada la responsabilidad de una acción vigorosa y persistente contra las tendencias que proclaman su identidad con la violencia como norma, con la tiranía de grupos o partidos, con el régimen monolítico que sólo depara derechos a los que nulifican al hombre y llaman "sus" pueblos a las poblaciones sobre las que ejercen su tiranía, a las que periódicamente "purgan" para evitar que los disconformes se organicen e influyan en los destinos de la sociedad.

Queremos mantener nuestra independencia ante los vaivenes actuales, en los que muchos se pierden o atienden con regusto, sin otra preocupación, las sugestiones del medio. Tenemos nuestra propia misión: ayudar a liberar a España. Tenemos nuestras organizaciones, abreviadas por las circunstancias: las que no han renunciado a la libertad y a la justicia social. Existen, además, minorías a las que debemos respeto mientras no intenten someternos, mediante la coacción o la violencia organizada en la sombra, a viejos conceptos sociales que la vida va superando, en algunos casos rescoldo de un pasado cercano que ha colocado a España en el estado en que se encuentra.

La divisa de la libertad debe señalar los núcleos que se van aproximando a participar en la contienda. Nadie que vaya por caminos contrarios puede ni debe ser nuestro amigo. Si tendemos la mano a alguien, que sea a una persona y no una cosa. La lucha por España es lucha de hombres cuyo espíritu trata de proyectarse en formas vitales para la nación.

Y al hablar de nuestro país, hablamos también de ese otro pueblo que gime, como el nuestro, bajo la dictadura: Portugal. De la misma manera que ambas dictaduras se hallan comprometidas en su mutua defensa, así la lucha del pueblo en una y otra zona debe estar coordinada; debería ser única.

A cuantos en España sufren por la libertad, nuestro más encendido homenaje de gratitud. Son representantes de nuestro pueblo. Y también nuestro respeto por lo que entre ellos acuerden para sostener la lucha contra la tiranía: como voluntad de sus respectivas zonas de opinión, que no pueden ni deben estar sometidas a los que nos hallamos fuera de las brasas, sino solidarizadas, y como compromiso formal para liberar a España.

Todavía la bandera del socialismo

Por Diego Abad de Santillán

Un mundo o ninguno

Cuántos milenios ha vivido el hombre en la Edad de la Piedra en condiciones relativamente equivalentes? Fue mucho menor el período del hierro, pero infinitamente más prolongado que estas nuevas etapas del mercantilismo que aparece como potencia con el Renacimiento, la de la era capitalista que apenas cuenta con dos siglos de vida, dos siglos que nos hicieron vivir la revolución del vapor, del motor a combustión, de la electricidad, revoluciones que significan muy poco frente a ésta en que nos encontramos, la de la energía atómica, torbellino que es casi incomprensible para los que vemos las cosas un poco como hombres del siglo XIX.

Se nos podrá acusar por nuestra incapacidad, por nuestra ineptitud para seguir el ritmo de la revolución de la era del átomo, para adaptarnos a ella, para ser sus intérpretes, pero aún nos queda suficiente razón para sostener que la Edad de la Piedra, la Edad del Hierro, el mercantilismo y el capitalismo pertenecen al pasado, a un pasado que no puede volver; para sostener que las conquistas logradas por la ciencia y la técnica han arrinconado métodos e interpretaciones que tenían cierta vigencia todavía en nuestra juventud, pero que hoy suenan a ridiculez y a manicomio. ¿Qué sensación daría a las nuevas generaciones el caballero revestido de armaduras férreas, de lanza y espada, que saliese como un Cid Campeador a combatir por cualquier causa? Pues no lleva el signo de mayor modernidad cierto armamento ideológico con el que aún se quiere lidiar por un mundo mejor, en todos los niveles, abajo, en medio y arriba. Sobre todo, es profundamente extemporáneo, quijotesco en el sentido peyorativo, el estandarte del nacionalismo en esta época de transportes aéreos, de comunicaciones radiales que vinculan al globo terráqueo con la noticia y la televisión al minuto. Y no es menos extemporáneo el nacionalismo cuando lo esgrimen los representantes del mundo capitalista en ruina moral, económica y financiera, que si lo toman en sus manos líderes populares de un Estado totalitario y proletario.

Sobran ideas generosas, sobran proyectos universales, y la Iglesia católica se esfuerza para anticiparse a un desarrollo inevitable tendiendo puentes y abriéndose al imperativo de los tiempos que corren; no sabemos hasta qué punto logrará quedar a flote, pero su esfuerzo actual, ecuménico, es un indicio de que la inquietud por el porvenir ha sacudido en parte a la más sólida construcción cesarista de los últimos dos milenios, precisamente cuando hay que considerar frustrados los objetivos políticos que llevaron al frágil andamiaje de las Naciones Unidas, que siguen el declive de la antigua Sociedad de Naciones, de todo lo cual no ha quedado o no queda más que un delicioso paraíso para la burocracia.

Pero si sobran ideas generosas y proyectos de universalidad, faltan verdaderos impulsos para realizarlos sobre un fundamento estable, sobre el fundamento de los pueblos mismos, no de sus presuntos representantes, los Estados nacionales.

Sin embargo, a pesar de todos los fracasos, a pesar de todas las desviaciones, es evidente que la aspiración a constituir *un* mundo debe ocupar el primer plano de todos los que piensan y sienten que el dilema de la esfinge es hoy más que nunca: *un* mundo o ninguno. Aunque el trabajo tendiente a la destrucción del mun-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

do, es decir, tendiente a que el hombre desaparezca de la faz de la tierra, es más intenso que el que se dedica a conservarlo. Justamente cuando el hombre ha sido armado por la ciencia y la técnica con mayor y más fecunda potencialidad, se nos presenta más impotente que nunca para tomar en sus manos las riendas de su destino.

La ideocracia

Todas las *cracias* nos producen inquietud y angustia, y no excluimos de ellas a la ideocracia, al culto a las ideas, que ha sembrado de males y de tragedias la historia moderna, primero con barniz religioso, luego con barniz social, socialista también. Generaciones enteras han sido sacrificadas casi ante nuestros ojos en nombre de las distintas *cracias* ideológicas; en su nombre han sido inmolados millones y millones de seres humanos. Por las ideas se ha ido a la muerte y se ha dado la muerte, pues el que es capaz de morir por sus ideas es también capaz de matar en nombre de ellas.

En nombre de las más nobles ideas, de las más generosas, que afirmaron su vigencia a través de ejemplares magníficos de apóstoles y de mártires, se levantaron cotos, muros de separación, iglesias intolerantes e intransigentes. Y se habló luego de la pureza de las ideas con la misma convicción con que se hablaba de la pureza de los dogmas religiosos o de la pureza de la sangre. Vestigios probados o no de sangre judía llevaban en los vastos dominios del catolicismo a las hogueras del Santo Oficio; vestigios de herejía llevaron en los dominios del socialismo también a la excomunión inapelable, a la persecución y a la muerte. Sin que el hombre se libere de todas las cracias, y también de la ideocracia, no sólo no se construirá *un* mundo, sino que hay que despedirse de la esperanza en una humanidad razonable y solidaria, para aprovechar en beneficio de todos los inmensos recursos que la ciencia y la técnica han puesto en sus manos.

Después de la caída

Surgió el socialismo en los primeros decenios del siglo XIX como síntesis de una antigua aspiración de justicia y fue una gran esperanza para el mundo, aunque todavía el sistema capitalista del monopolio de la propiedad, de los instrumentos de trabajo, del capital financiero, disponía de energía creadora y de vitalidad suficiente para sobrevivir un largo período. Sin embargo, el impulso generoso del socialismo alineó espontáneamente bajo su bandera a la parte más humana, más progresista, más dinámica de los pueblos de la Europa industrial y comercial. Fue el anuncio de un mundo nuevo y se multiplicaron los ensayos para vivir, para practicar el socialismo, aunque fuese en escala reducida, en colonias, en grupos afines. Las masas proletarias se sumaron con espontaneidad a esa corriente liberadora. No se concebía que un obrero que salía de las filas de la esclavitud moderna pudiese tomar otro camino que el del socialismo; un lazo fraterno unía a todos los explotados y a todos los que combatían contra la explotación en nombre de la justicia, algo así como aquella revolución cristiana que floreció desde Galilea dos milenios atrás y que quiso construir un mundo de hermanos al margen de los Césares y contra los fariseos. El socialismo fue una corriente de pensamiento y de acción internacionalista y despertó energías adormecidas, suscitó entusiasmos regeneradores; fue proscrito por los potentados, puesto fuera de la ley y anatematizado por los que se decían discípulos de Cristo.

Pero ninguna persecución hizo tanta mella en esa corriente vigorosa y saludable como su paulatina conversión en diversas iglesias, con sus sacerdotes into-

lerantes, con sus papas excomulgadores. Poco a poco, lo que fue una bandera de libertad y de justicia para todos, dejó de serlo y claudicó en el nacionalismo, en el compromiso con la política de los Estados nacionales, y la fórmula que un día llamaba a la unión a los trabajadores del mundo, exhortó a la matanza de los nacidos al otro lado de las fronteras. Cuando se produjo la primera Guerra Mundial, el internacionalismo socialista no era más que una palabra huera de sentido y de vida.

El proceso siguió su curso y el socialismo cayó al nivel de un partido más dentro del juego de los partidos parlamentarios de los diversos Estados, y no siempre se distinguió siquiera por una política socialista. ¿Es que hay que dar esa caída por un hecho definitivo y enterrar una bandera que fue la máxima esperanza de los oprimidos y que abría las puertas a la visión de otra estructura económica y social más en armonía con las exigencias vitales de las colectividades humanas?

Por nuestra mayor vinculación con los pueblos, por nuestro mayor desinterés en las conquistas inmediatas y por nuestra mayor adhesión a la visión de un mundo libre, la corriente libertaria del socialismo persistió, más que ninguna otra, en su fe de la primera hora. Explíquese como se quiera ese fenómeno, pero la verdad es que lo que se califica como pensamiento anarquista siguió apegado al socialismo y rehuyó todas las tentaciones para abandonarlo o cercenarlo. Tenemos en nuestra historia muchos defectos, hemos cometido muchos errores, también hemos gastado energías inmensas en batallas polémicas bizantinas, como aquella del colectivismo de la Primera Internacional contra el comunismo kropotkiniano; pero en general hemos permanecido fieles al espíritu socialista. ¿No tenemos, por tanto, un cierto derecho a llamar a la reagrupación, orgánica o ideológica, según las conveniencias, a todos los que se dicen socialistas, para formar juntos una corriente fecunda y una nueva esperanza?

Un profeta desoído

Decía Miguel Bakunin en un discurso de 1868, que hemos publicado por primera vez en 1938, durante nuestra guerra española:

"Somos socialistas, es decir, queremos:

"La igualdad de las condiciones políticas, económicas y sociales para todos.

"La igualdad de los medios de sostenimiento, de educación, de instrucción para los niños de ambos sexos, la de los medios de trabajo para los hombres adultos y las mujeres.

"Queremos la justicia social y la libertad real de cada ser humano por la solidaridad de todos.

"Queremos la fraternidad de los seres humanos sobre la tierra, sin distinción de naciones, de color ni de raza. Queremos que la paz reine en el mundo, fundada sobre la razón, esclarecida por la ciencia, fundada sobre la justicia humana, es decir, sobre la libertad en la igualdad y sobre esa fraternidad universal."

No hemos desistido de los postulados de esa brevísima síntesis.

Varios decenios atrás, ante la crisis mundial y el peligro de la guerra que se veía venir, machacó en vano Max Nettlau sobre la idea de una revalorización del socialismo como bandera promisora; podía constituir todavía una fuerza y disponía de un arsenal de soluciones capaces de salvar al mundo de la catástrofe inminente. Pocos han leído aquellos dramáticos llamados a la reflexión, y los que los hemos leído no estábamos maduros para reflexionar sobre su alcance y su pleno

significado. Valdría la pena recoger los artículos que dedicó a ese tema el sabio historiador, pasados por alto como un desahogo personal sin perspectivas. Pertenecemos a los que no comprendieron entonces la angustia de aquel hombre que veía más allá y mejor que nosotros. Habíamos considerado como un hecho irreversible la escisión del socialismo. ¿Nada nos ha enseñado la experiencia de los últimos treinta o cuarenta años? ¿Nada hemos aprendido en el drama que nos ha tocado vivir?

Páginas turbias

Constituimos, los que se llaman socialistas y se alejaron del socialismo, y los que nos llamamos anarquistas, por afán de distinción, pero que no hemos dejado de ser socialistas, una fuerza escindida que un día marchó bajo una misma bandera y que no habría de renunciar a mancomunarse, a pesar de sus diferencias y matices, para el logro de aspiraciones comunes a todo socialismo no dictatorial ni absolutista. Decimos socialismo no dictatorial ni absolutista, aunque podría ser superfluo ese esclarecimiento, pues no cabe duda de que un socialismo que no enarbola bien alto el pendón de la libertad no puede llamarse socialismo.

Nos preocupa desde hace muchos años, después de haber meditado en los llamados de Max Nettlau, la adaptación al hecho cumplido de la escisión y la hostilidad, heredada, fomentada por las pasiones y la irreflexión, entre el socialismo que hemos bautizado como autoritario, y el que llamamos libertario o antiautoritario.

Las voces autoritario y antiautoritario surgieron y entraron en circulación como consecuencia de la posición de las secciones regionales de la Primera Internacional ante el Consejo general con asiento en Londres, el cual, bajo la inspiración de Marx y Engels, pretendió ser una autoridad central en lugar de una simple comisión de relaciones, de coordinación y de información. La discrepancia surgió del deseo de vida regional autónoma dentro de la solidaridad común, frente al Consejo general de la Internacional cuyos hombres, muchos de ellos valiosos y meritorios, querían dictar la ley a las organizaciones de los países adheridos, cuyas características y modalidades ignoraban.

Contra ellos, contra su pretensión de ejercer autoridad sin cortapisas, se levantó el espíritu federalista de España, de Suiza, de Francia, de Italia, también de Bélgica y Holanda entonces. Y esa resistencia al centralismo autoritario del Consejo general de Londres irritó hasta un extremo inconcebible a sus hombres principales, talentosos y de vieja tradición revolucionaria, pero intolerantes y rígidos, para los cuales era preferible que se hundiese el mundo antes que hacer la menor concesión en lo que entendían ser una verdad indiscutible, su verdad.

Hoy se conoce un poco ese proceso interno de disgregación y de lucha intestina a través de la correspondencia personal, de las comunicaciones del Consejo general y del eco que tuvieron en algunos emisarios y adeptos, por ejemplo, en España a través de José Mesa, de Pablo Iglesias, de Paul Lafargue, entre otros. Son páginas turbias que habría que superar noblemente para volver al espíritu generoso y humanista del socialismo.

Todas las disidencias en el campo social suelen pecar por excesos de lenguaje, por malevolencias y tortuosidades deplorables; parece que la máxima "Todos los medios son buenos para alcanzar el fin propuesto", no es patrimonio exclusivo de los jesuítas.

Se entabló desde Londres una lucha tenaz y sin escrúpulos contra los críticos, contra los resistentes, contra los que no querían acatar incondicionalmente los dictados del Consejo general. La imaginación ardiente de los afectados por las

críticas de que eran objeto, buscó manipulaciones misteriosas, conspiraciones en regla movidas por el genio maléfico de Miguel Bakunin, el "maldito ruso", como lo llamaba Engels en sus cartas a Marx.

La odiosidad llegó a tal grado que se vio por aquellos hombres con alborozo el triunfo de los ejércitos de Bismarck en Francia, porque de ese modo habría en Europa un predominio de Alemania y de lo alemán, y a su amparo se tendría la prevalencia de las doctrinas marxistas sobre las corrientes proudhonianas y bakuninistas. ¿En qué quedaba ya, en 1870-1871, la loa solemne a aquello de "proletarios de todos los países, uníos"?

Comenzó la formación de los partidos obreros socialistas y lograron con el tiempo tener efectivamente gran predicamento los marxistas alemanes, cuya aspiración máxima no fue ya el socialismo, sino el parlamento, para compartir desde allí algunas migajas del poder con la burguesía dominante.

La bandera que había hecho surgir el socialismo en Europa e irradiar por el mundo como un gran impulso solidario, quedó hecha jirones, y en lo sucesivo tuvimos dos movimientos socialistas: el que centraba su ambición fundamental en las lides electorales, y en el ascenso a los parlamentos y eventualmente a los ministerios, y el que permaneció fiel a los postulados federalistas, obreristas, societaristas como se decía entonces, y que propició el alejamiento de toda contienda política parlamentaria como de un escollo para el socialismo.

Por un lado hubo el mayor interés en deslindar posiciones para que no hubiese contactos entre las dos modalidades del socialismo; por el otro, sin renunciar a sus tradiciones y actitudes, se siguió luchando porque el socialismo fuese una plataforma común, pese a las diferencias tácticas que lo habían escindido. En esta última corriente se halló Miguel Bakunin.

Los antiautoritarios continuaron asistiendo, como socialistas, a todos los congresos socialistas internacionales; se convocó uno en Gante, en 1878, para estudiar el modo de llegar a un entendimiento y a una convivencia, pero únicamente se pudo llegar a la recomendación de que se evitasen las polémicas internas agrias e intolerantes de uno y otro sector. En el congreso socialista de Bruselas en 1892, en el de Zurich en 1893, se tomaron resoluciones contra la admisión de los socialistas anarquistas en los congresos socialistas, y por fin, en el congreso de Londres, en 1896, se produjo la escisión definitiva. Es decir, los socialistas antiautoritarios lucharon durante veinticuatro años por la unidad espiritual del socialismo, dentro de su multiplicidad de tácticas. Pero a partir del congreso de Londres de 1896, el socialismo parlamentario y el socialismo antiautoritario se consideraron totalmente desligados y hostiles. Los unos llegaron a adquirir, a través de hombres notables, gran influencia en los parlamentos europeos; los otros, entre los que figuraban hombres de la talla de Domela Nieuwenhuis, Pedro Kropotkin, Eliseo Reclus, Errico Malatesta, Fernand Pelloutier, Emile Pouget, siguieron, junto al pueblo, sufriendo el peso de las viejas persecuciones y ensañamientos por parte de la reacción estatal y capitalista. ¿Fue una victoria del socialismo la victoria de 1896 sobre un Nieuwenhuis, un Reclus, un Kropotkin, un Malatesta?

No hagamos historia de los años que siguieron, capítulo turbio que nos preciamos de conocer un poco, y que deseamos pasar por alto. El hecho concreto es la escisión del socialismo, que llegó a ser considerada como algo definitivo sobre lo cual no valía la pena volver a debatir.

Un diálogo necesario

Sobre ese punto de la escisión de 1896, que movió a Nettlau a proposiciones constructivas treinta años más tarde, es sobre lo que queremos volver cumplido ampliamente el medio siglo.

¿Es que puede juzgarse hoy como un bien, como un beneficio, como algo saludable para la causa de la emancipación humana, la vieja escisión? ¿Es que no hay nada que hacer ya para volver a entablar el diálogo, para tender puentes de entendimiento?

Si la discusión que proponemos es oportuna o no lo es, no queremos decidirlo nosotros. Lo que decimos es que la escisión de 1896 ha sido una catástrofe para el desarrollo social de Europa y del mundo y que, si la reunión bajo la misma bandera de todos los matices del socialismo puede ser ya algo tardío y probablemente sin gran eficacia en los acontecimientos que se precipitan, o por lo menos sin la eficacia que hubiese tenido en otros tiempos, estimamos que el intento habría de hacerse, cualesquiera que sean los resultados prácticos.

Sesenta y seis años después del congreso de Londres, nos permitimos retomar la idea de un esfuerzo para que el socialismo de todos los matices vuelva a considerar la conveniencia de un cierto grado de comunidad y de convivencia.

Todos hemos hecho experiencias entre tanto, y si por nuestra parte no tendremos ninguna vacilación y ningún pudor dogmático en confesar que hemos podido estar equivocados en algunos aspectos, el socialismo autoritario, parlamentario, nacionalista, podría considerar oportuno también hacer un balance de su actuación y de los errores y desviaciones en que ha incurrido.

Luis Araquistáin era un antiguo militante socialista, un escritor político de los más agudos y claros de la España moderna. Hemos mantenido con él relaciones cordiales y amistosas; colaboró durante nuestra guerra en la prensa libertaria y hemos sostenido algunas iniciativas comunes. Poco antes de morir volvió a insistir en sus cartas en que no veía para España otro porvenir que el de una estructura gremial, sindicalista. La idea no era nueva en él. Si hubiese vivido, habríamos colaborado con mucho placer en esclarecimientos en torno a esa posición. Araquistáin era el puente más seguro y comprensivo para reanudar el diálogo interrumpido por la discrepancia sectaria y la hostilidad personal.

El socialismo puede ser todavía una bandera de esperanza para este mundo a la deriva de tiranías de viejo y de nuevo cuño. No renunciemos, unos y otros, por estancamiento mental, por fidelidad supuesta a decisiones y acuerdos de congresos y concilios, a reanudar el diálogo, la discusión fraternal, y no renunciemos a la solidaridad frente a un estado de cosas que amenaza con el peligro inmenso de la ruina definitiva para todos.

Es un período gravísimo de la historia humana en el que vale la pena elevar la puntería hacia objetivos trascendentes, que podrían ser salvadores. La mancomunidad solidaria y autónoma de fuerzas que un día marcharon unidas y que en la visión bakuniniana debían marchar unidas largo trecho, sería para todos una revitalización y una palanca de acción que daría la posibilidad de influir en otras corrientes politicosociales que no quieren apelar al instrumento bien conocido de la dictadura monopolista para el logro de sus aspiraciones.

Con vistas a España

Naturalmente, no hace falta aclarar que nos referimos al socialismo que no prohija la dictadura, ninguna dictadura, para dar cauce a la revolución, pues el socialismo que tal hiciera no sería más que una caricatura del socialismo, usaría un nombre que no le pertenece, pues el socialismo es inconcebible sin la libertad.

Lo que decimos sobre este tema tiene sentido general, pero con vistas especialmente a España y a su liberación. Si nos parece obvio el pacto de unión y solidaridad, la alianza con la Unión General de Trabajadores, asunto que al pa-

recer no se discute ya, aunque hubo años en que se discutió mucho, hasta que los asturianos tomaron por el camino del medio y zanjaron la cuestión en los hechos prácticos de octubre de 1934; si creemos obvia esa alianza, creemos que es también necesario que las dos ramas del socialismo español se acerquen con espíritu fraterno, y no con recelos y juegos de trastienda, apeándose cada cual de su cabalgadura favorita, para concertar una acción común que podría resultar fecunda para nosotros mismos y para nuestro pueblo en general.

Esa acción mancomunada vigorizaría la palanca para remover muchos obstáculos que ha de superar nuestro pueblo antes de ponerse nuevamente de pie; y cooperaría en el esfuerzo que se va perfilando en las nuevas generaciones españolas que no conocen ya a los socialistas parlamentarios ni a los antiparlamentarios más que a través de las leyendas y de los largos decenios de injurias y calumnias, según la historia que escriben siempre los vencedores contra los vencidos.

Ni unos ni otros tenemos hoy la fuerza numérica con que contábamos ayer, pero aunque la tuviésemos, insistiríamos en denunciar la escisión que llevó a tantas innobles actitudes, como un drama y una derrota del socialismo y de su papel mentor en la lucha por un mundo mejor.

RESOLUCION SOBRE ESPAÑA DEL VII CONGRESO DE LA CIOSL

El séptimo congreso mundial de la CIOSL, reunido en Berlín del 5 al 13 de julio de 1962:

SALUDA a la magnífica gesta de los trabajadores españoles, que con la participación activa de las organizaciones sindicales libres en la clandestinidad, han venido luchando contra las dificultades batiéndose valerosamente para conseguir mejorar sus condiciones de trabajo y su nivel de vida y obtener el establecimiento de derechos sindicales:

DENUNCIA, una vez más, al régimen actual vigente en España y la falta absoluta de representatividad de la pretendida organización sindical vertical;

ASEGURA, al pueblo español, y en especial a la clase trabajadora, toda la solidaridad y el apoyo total, constante y decidido del movimiento sindical libre internacional en su conjunto;

AGRADECE las pruebas de solidaridad y apoyo moral y material dado a los huelguistas españoles por organizaciones afiliadas y Secretariados Profesionales Internacionales;

CONDENA, ante la opinión pública mundial, las medidas represivas, torturas y deportaciones de huelguistas, estudiantes y personalidades de la oposición, que confirman una vez más el carácter totalitario y brutal del régimen de Franco;

REAFIRMA la declaración conjunta CIOSL-CISC de diciembre de 1960 y la declaración de la Conferencia Sindical Internacional sobre España de octubre de 1961, por la cual las dos Internacionales se comprometen a realizar una acción común hasta el restablecimiento en España de un régimen democrático, que garantice las libertades fundamentales, incluida la libertad sindical;

APOYA la resolución unánimemente adoptada por los delegados españoles del interior y del exilio presentes en el Congreso del Movimiento Europeo en Munich;

INSISTE en que los gobiernos libres y democráticos de todo el mundo han de cesar de dar toda clase de ayuda a España y toda cooperación económica y militar con la misma, que sólo sirve para prolongar la vida del régimen agonizante de Franco;

PROMETE que movilizará a la opinión pública de todos los países democráticos con vistas a ejercer presión sobre los gobiernos para que rompan sus lazos con la España de Franco;

REAFIRMA la oposición total del movimiento sindical libre internacional a la presencia, admisión o asociación de la España franquista en los organismos políticos, económicos, culturales y de otro género de los pueblos del mundo libre; y

HACE UN LLAMAMIENTO a todas las organizaciones afiliadas para que en el futuro respondan igualmente y den pruebas efectivas de solidaridad para con los trabajadores españoles en lucha, hasta el momento en que, restablecido en España un régimen democrático, garantizadas las libertades fundamentales y el ejercicio pleno de las libertades sindicales, puedan integrarse con pleno derecho en la gran familia del sindicalismo libre y democrático del mundo.

Los problemas internacionales y la clase trabajadora

Por WALTER P. REUTHER,
presidente del Sindicato del Automóvil (U.A.W.)

EL SINDICATO DEL AUTOMÓVIL, como parte del movimiento obrero libre, está total y profundamente entregado a la lucha universal por la paz, la libertad y la justicia social.

El movimiento obrero libre está a la vanguardia de esta lucha, porque siempre hemos entendido y actuado, a sabiendas de que la paz y la libertad no pueden asegurarse en el vacío, o en un laboratorio, mediante un tubo de ensayo.

La paz y la libertad deben asegurarse, en nuestro agitado mundo, donde cientos de millones de personas viven en la ignorancia, la enfermedad y una pobreza abyecta. Por consiguiente, la lucha por la paz y la libertad sólo puede ser sostenida con éxito si la enlazamos a la lucha diaria por la justicia social y económica.

Como parte de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres y de la Federación Internacional de Trabajadores del Acero, estamos ayudando a crear sindicatos libres en el mundo entero, para que los trabajadores tengan los instrumentos de su bienestar social y económico.

El Fondo de Solidaridad Internacional ha prestado ayuda financiera para que esta semilla, en forma de dinero, permita a los sindicatos democráticos enraizarse en todos los continentes. Así, lo ha hecho en diferentes crisis, como la lucha racial en Africa del Sur, la huelga general de Libia, la huelga de ferroviarios en Argentina, en Paraguay; el movimiento clandestino de España, la lucha contra Trujillo...

Todo ello es necesario, porque la paz, la libertad y la justicia social son indivisibles, y si hemos de asegurarlas, debemos hacerlas universales, para que todos los pueblos puedan gozar de sus beneficios.

El mundo está en el umbral de un potencial desastre, con la amenaza de una guerra nuclear, y, sin embargo, el mismo conocimiento técnico-científico que provee la capacidad de hacer la bomba H, y los cohetes dirigidos, ha dado al hombre la automatización y las herramientas de una abundancia económica sin precedentes.

El general Medaris, ex jefe del programa de cohetes dirigidos de Estados Unidos, en una conferencia patrocinada por la AFL-CIO sobre política internacional, presentó la dimensión destructiva de una guerra nuclear en términos comprensibles. Ha dicho que "*Estados Unidos tiene una capacidad nuclear destructiva igual a diez toneladas de TNT por cada hombre, cada mujer y cada niño en el mundo entero. Además* —dijo— *se estima que la Unión Soviética tiene una comparable capacidad destructiva nuclear*".

La reciente inmoral, y no provocada acción, de la Unión Soviética de romper la voluntaria prohibición de las pruebas nucleares, ha intensificado de nuevo la carrera de armas nucleares.

El presidente Kennedy tiene nuestro apoyo, en sus exploraciones para hallar una factible prohibición de las pruebas nucleares, con inspección y control internacionales.

El histórico discurso del presidente Kennedy ante la ONU, ha definido claramente nuestro compromiso total en busca de la paz, la libertad y la justicia social.

La elección, ante la familia humana, es urgente y clara, ya que en esta edad de terror nuclear y destrucción total, la cuestión de paz trasciende sobre todos los otros problemas. La paz se ha hecho condición de supervivencia humana. O la familia humana pone fin a la carrera nuclear de armamentos, a tiempo, o la carrera nuclear de armamenntos terminará con la humanidad.

Estados Unidos, por ser la nación más fuerte del mundo, debe proveer adecuados recursos y audaz dirección en una completa acción por la paz, y una guerra total contra la pobreza, el hambre, la ignorancia y las enfermedades.

Esta es la única guerra en la que nosotros queremos luchar.

Esta es la guerra que el mundo libre del trabajo está prosiguiendo, en su lucha por hacer que el pan, la paz y la libertad sean una bendición universal para todos los hombres.

Abraham Lincoln, en su profunda sabiduría, dijo hace un siglo que América no podría continuar la mitad libre y la mitad esclava.

Nuestro mundo, hoy, no puede continuar la mitad hambriento y la mitad bien alimentado.

El año pasado, 800 millones de personas han tenido un ingreso anual de menos de cien dólares. Y otros 250 millones han tenido un ingreso inferior a 200 dólares.

El presidente Kennedy, al anunciar su programa de Alianza para el Progreso, ha dado un toque de atención cuando dijo:

"*Nosotros no podemos salvar a los ricos, haciendo excepción, con nuestra ayuda, de los pobres.*"

Los pobres y los desposeídos, en el mundo, están en marcha. Están siendo arrastrados por el avanzar de una revolución de crecientes promesas. Nosotros debemos ofrecerles nuestra ayuda y darles esperanza, para que también ellos puedan construir una vida mejor y compartir los beneficios de más pan y más libertad.

El movimiento obrero libre del mundo, está comprometido en esta lucha positiva contra la injusticia social que, a la vez, es el medio más efectivo de enfrentar el desafío comunista.

La libertad sólo prevalecerá sobre la fuerza de la tiranía si demostramos que, en una sociedad libre, podemos hallar contestación a los problemas humanos básicos. Debemos enfrentar la propaganda comunista con la propaganda del hecho democrático.

Mr. Jrushchiov ha basado su estrategia en el supuesto de que Estados Unidos no es capaz de movilizar su máximo potencial económico en una empresa de paz.

Nosotros debemos probar que está equivocado y, para probarlo, debemos iniciar una ofensiva económica masiva contra la pobreza y la desesperación humana en todo el mundo. Confrontando con las dimensiones de un tal ataque económico, Mr. Jrushchiov (para enfrentar la acometida de este desafío) podría permanecer en la contienda únicamente aviniéndose a una reducción substancial de armamentos.

Una tal movilización de nuestro máximo potencial económico y el sometimiento de tales recursos a la empresa total de la paz, es la llave, creo yo, de los tres problemas básicos con que estamos encarados.

Estos problemas son: la cuestión de la paz; la cuestión de ayudar al pueblo, en las nuevas naciones; y la realización en nuestro país, de un empleo completo de la mano de obra.

Si podemos hacer un esfuerzo total, en tiempo de guerra, debemos estar preparados a no hacer menos al enfrentarnos con el reto de la paz.

Balance de una época

Por Marín Civera

Desde hace tiempo, los estudios sociológicos han centrado su atención en el problema que se ofrece al hombre en la nueva era de los grandes viajes y en la gran industrialización. Antes, la Sociología tenía su referencia principal en las doctrinas sociales que defendían una transformación radical del modo de vivir y del modo de trabajar. Se analizaba hasta el extremo la posibilidad de una transformación del mundo y del hombre con miras a lo utópico, al mejoramiento del alma y del cuerpo con fines perfeccionistas. Al ser humano lo embarcaban en un sistema que tenía predeterminados los cimientos, la casa y la salvación ultraterrena. Todo estaba delimitado; la felicidad se apuntaba en la meta final. El hombre era socialista, sindicalista, liberal o burgués. La burguesía era el coco, el diablo, al que había que exterminar. En esta lucha, los partidarios de una u otra doctrina han dado lo mejor de su vida y aun de su libertad. Si el oponente se resistía, se empleaba el medio más conveniente, sin importar la violencia. El ser humano se cobijaba en el sistema cerrado de sus creencias y avanzaba a golpes de intransigencia. Los instintos, la estructura somática y anímica del hombre quedaban encerrados en las cadenas de una concepción que lo abarcaba todo: desde el trabajo hasta la muerte. Se iba al cielo o al infierno, pero amparado por una concepción social o filosófica. Los principios y las ideas era invulnerables, y la tendencia era hacia el bienestar del cuerpo y del espíritu. El que discrepaba era un réprobo, digno del desprecio o de la hoguera.

Sin embargo, todas las filosofías sociales tenían un fin, un medio y una conducta. Lo mejor estaba siempre en el extremo opuesto del camino. Para unos era la idea el motor del universo; para otros, las condiciones materiales de la vida. Se obraba a golpe de principios o de teorías; la lucha de clases era un medio para llegar a una nivelación atinada y a la deseada justicia social. Y advino Marx y Kropotkin y muchos otros teorizantes que nos enmarcaron en el camino de la salvación. Recuerdo, a este propósito, la frase de nuestro Unamuno al decir que el hombre no debe hacer lo que quiera, sino lo que deba. Era un principio moral que no se podía transgredir, so pena de caer en la abyección. Lo mismo ocurría con las doctrinas sociales. Se imaginaban unos principios, se redactaba un estatuto o se confeccionaba un programa y se cerraba todo desvío.

Pero la era moderna modificó todo el andamiaje político, social, moral y religioso. Y el hombre se puso al desnudo. La ciencia y el adelanto técnico lo industrializó todo: la actividad, el alma y el cuerpo. Por medio de la electrónica se nos metió en el hogar todo el aire disolvente. La radio, la televisión y la prensa lo unificó todo, se nos perturbó el alma, trastornó las mentes y nos proporcionó una cultura media que niveló el pensamiento.

Vivimos en la era del consumo, y no de la producción. El público crea la demanda. Desde el aire nos meten en la cabeza que hay que consumir más y más de esto o de lo otro y, al pedirlo, obliga a determinar la producción. Habíamos creído hasta ahora que las condiciones de producción determinaban la conciencia y de ahí a la creación de una superestructura que, en espiral, llegaba a la cumbre de la perfección. Ahora la voluntad de unos hombres, llevada a las mentes por el canal publicitario del espacio, determina nuestra conciencia de consumidor y, por ende, encauza la producción. El hombre es ya un ente que consume y que

nunca está satisfecho con lo que adquiere. Su felicidad está en el bienestar, en el disfrute, en una carrera loca que nunca acaba de realizar. El ideal de la mayoría es vivir bien, rodeado de muchos artefactos mecánicos, hacer el amor con los menos tapujos morales y tratar de mantenerse joven con cosméticos y vida distraída.

La lucha de clases ha quedado casi anulada al mejorar el nivel de vida. En los países altamente industrializados, son ya más cada vez los que comen, duermen, pasean y hacen el amor ateniéndose a cánones estereotipados que nos imponen desde fuera. Se ven y escuchan los mismos programas, se lee lo mismo, se ríe con las mismas historietas cómicas, que aceleran la adultez del niño y rebajan la inteligencia de los mayores. Se piensa como jóvenes de dieciséis años. La cultura elevada y el refinamiento del saber es la excepción. El sentido moral del respeto ha sufrido un colapso. La responsabilidad se ha esfumado. Se toma una esposa o dos, o tres, o doscientas. Esto antes se llamaba prostitución; ahora, sentido natural de la vida, actuación directa del "esto es lo que me interesa", lo que necesito, lo real, sin metafísicas inconvenientes. Los hijos hacen su vida e increpan a los padres, y éstos transigen. La vejez es ya una traba para los gustos.

Hoy manda la filosofía del bienestar y a ella se sacrifica todo. Es una filosofía de lo real, de lo cotidiano, del ahora; es el grito de "necesito más dinero para vivir mejor". Hay que triunfar, patear al prójimo, para llegar al éxito, a la comodidad, a la riqueza. La solidaridad es ya un mito. Priva lo existencial, la vida, el goce, sin el más allá atormentador. La justicia es una entelequia. El más fuerte impone las normas. La angustia ya no es moral o religiosa, sino la imposibilidad de adquirir fama y dinero. Los ideales son un estorbo.

Uno de los sociólogos que con más acierto se han preocupado del espíritu del tiempo es Edgar Morin. De su último libro se puede sacar un balance de lo logrado en la era atómica y de la abundancia de objetos. De la parte de las ganancias: una vida menos esclava de las necesidades materiales; una vida mejor; un trabajo menos penoso; una familia menos opresiva; una sociedad protectora y un Estado asistencial; un acrecimiento de las relaciones de persona a persona; un amor más libre; la emancipación de la mujer; menos desigualdad. De la parte de las pérdidas: una vida esclava de las futilidades; una insatisfacción latente; un trabajo desprovisto de interés; una soledad más opresiva; una muerte siempre irreductible y más absurda que nunca; inestabilidad de las relaciones; lo precario de los amores; las nuevas neurosis de la mujer; mayor egoísmo.

Este balance es poco halagador, a menos que se considere la partida del beneficio material. El hombre ha ganado en ocio y en amparo, pero ha quedado sumido en el desamparo cósmico y en aquellas otras virtudes que le hacían considerar la vida como un todo, que le conducían hacia la salvación o, al menos, hacia la dignidad ante la muerte, pues ésta, quiérase o no, llena y determina la vida, en mayor medida que los logros del cotidiano vivir.

El hombre, el trabajador, ha aumentado su individualidad. El trabajo de equipo, parcial y monótono, le lleva a querer vivir su vida independiente; es una protesta contra la sujeción sin gracia de la ocupación forzada, sin iniciativa, sin opción, y cuando se desprende de ésta, llega a su hogar y quiere resarcirse con otra ocupación de pasatiempo, o anestesiando su conciencia bebiendo, o sentándose ante el aparato de televisión para gozar del espectáculo compensador de otras vidas de violencia o de amor que no puede vivir en la realidad, o se va de vacaciones, no para descansar, sino para aturdirse o para salirse de sí mismo en la batahola de la muchedumbre, de la incomodidad, volviendo un poco hacia la naturaleza. Se cansa, pero ve; mira y mira lo variado que encuentra en su paso, pero no penetra en el fondo de la vida ni de los hombres. Es avaro de su individualidad

reducida, proporcionada por un mayor bienestar; pero esa individualidad no le salva. El individualismo de antes, al que se aspiraba como meta de independencia y de satisfacción completa, por la armonía de su comprensión y de su solución perfeccionista, no es el de ahora. Se cree vivir libre, aunque sólo sea las horas de descanso, pero es un reposo y un aislamiento turbado por la preocupación del mañana, de la ganancia, de la posibilidad de poseer más y más para llegar a mayor comodidad. No es, ni mucho menos, el individualismo absoluto, filosófico, de Max Stirner, ni tampoco la meta final, liberadora y utópica de Carlos Marx. El desarrollo de los medios de producción y aun la puesta en común de muchos de éstos, nos ha conducido a mayor abundancia de productos. La técnica ha liberado al hombre en los grandes países, pero no ha conseguido que el hombre viva más feliz. Ha perdido un poco el espíritu, y con él, la paz y la tranquilidad del alma. El bienestar es la meta por sí misma, sin que haya desarrollado la solidaridad ni la mayor convivencia.

Aun en los países de ideología comunista, la gente, la juventud, trata de imitar las costumbres de los países capitalistas, por la determinante de la misma industrialización. Quiere vivir, consumir más y más, adoptar las mismas costumbres y la añagaza de los cosméticos y las modas para aparentar más juventud, para olvidar la muerte, para llegar al ocio y al juego por sí mismo, sin ennoblecerlo. El modo de producir no ha creado los *epifenómenos* marxistas, sino que la idea, la cultura, las consignas y el pensamiento único ha nivelado todo, pues el hombre, contrariamente a lo que creíamos, no se pule ni perfecciona, sino que atiende a su solo bienestar. La socialización de la mente y del espíritu le ha dejado ciego e indiferente ante el problema eterno del ser: el mejoramiento de nuestra animalidad. La democracia capitalista, por un lado, y la pretendida democracia comunista, por el otro, han creado un hombre sin ideales de orden superior. Ya no se piensa; se ejecuta la orden superior. Las reacciones nobles del corazón no cuentan ya. El sentimiento no es válido. El cerebro ha quedado en blanco para que se llene y moldee con la dureza impositiva del mando. La gran producción faraónica obliga al hombre a obedecer, sin otra objeción. ¡El pan, el pan... y el amor, sin freno ni respeto! El hombre es *conducido*, nunca consultado. Se le obliga a que consuma, a que pida, para obligarle a la gran producción. La idea dirige la economía; no ésta a aquélla. Al final, la organización del trabajo será llevada y ordenada por un pansindicalismo regimentado en el que cada hombre será un número, una pieza que tendrá que ejecutar ciegamente las órdenes del día. Después, al final de la jornada, se vengará satisfaciendo a colmo sus instintos, y caminará al paso que le indiquen los generales de la producción y del mando, como en aquel sueño de Saint-Simon, que pretendía la democracia industrial y política regida por ingenieros y técnicos. Pero en aquel soñador todavía quedaba un resquicio por donde se filtraba la justicia y aun un ocio que apuntaba a la salvación eterna.

Claro que no todos los países se encuentran en esta situación. En los llamados subdesarrollados, la miseria cuenta poco para determinar la conciencia, y los dictadores tienen que hacer avanzar la industrialización a golpes de látigo, con el fin de ponerse a tono con la marcha ascendente de la nueva civilización, aunque el sentido de libertad quede muy atrás, y la moral sea muy baja. Sin embargo, la radio, la televisión y la prensa penetran en los cerebros ignaros y les moldea sus gustos, les crea el deseo de consumir y de parecerse a los demás pueblos, aunque sólo sea en lo físico y en sus costumbres banales, lo cual hace que den el salto sobre la zona temperada del humanismo europeo para llegar a la filosofía del puro bienestar. Priva el dinero, la comodidad y la ausencia de espíritu, acentuándose todavía más la ley del retardo continuo de Bolk, que prolonga la infancia y la *juvenilidad* en el adulto, y que, en el aspecto metafísico, es como una

protesta latente contra la vejez y la muerte. La gente de baja cultura llega antes al bienestar material que a la formación de la personalidad y ya no conoce más filosofía que la propia satisfacción. Todo ello impuesto por la cultura de masa predominante. Desconoce, naturalmente, aquel impulso romántico social de principios de siglo por el cual el hombre sacrificaba su bienestar para salvarlo por entero y para darle a su vida un sentido humano y libre, preparándolo para el tránsito vital y consolarlo ante la desaparición. El propio comunismo es ahora una especie de superestructura ideológica que recubre las relaciones sociales reales, al igual que el amor cristiano, en un Estado teocrático y ampara las relaciones sociales cínicas. La fraternidad humana, el amor al prójimo, el vencimiento del egoísmo, la expansión personal en la vida colectiva no son, por ahora, sino mitos. El determinismo histórico pasó a mejor vida. El modo de producir ya no determina nada, sino el bienestar material, y el aparato de producción queda determinado, a su vez, por la incitación publicitaria del mayor consumo, meta ésta insaciable. El consumo imaginario acrece la demanda consumidora, y la insatisfacción es el origen de la revuelta, del desafío, de la inconformidad social. El patrón arquetípico es el rico, el que goza, el que consigue mujeres, el que viaja, el que tiene la mente virgen de preocupaciones trascendentes. Y, no obstante, el hombre necesita preocuparse de su vida y de la relación moral, del respeto y de la dignidad. La gente hace mofa de esto; prefiere el autógrafo de un astro de cine a la afirmación seria y formal de cualquier virtud; la contemplación y la libidinosidad de las artistas, a la preocupación y moderación digna de una vida plena.

Se me argüirá, tal vez, que todo ello son tonterías y que lo importante es que la gente coma. Esto, en efecto, es la actual filosofía del bienestar; pero hay que tener presente que una civilización que se precie de digna ha de tener otros fines. Pasar por la vida sin otro deseo que el de satisfacer sus necesidades animales es volver al primitivismo social. El hombre tiene otras aspiraciones que le hacen vivir con mayor intensidad, con mayor paz, con mayor goce, que le hacen afirmar su personalidad y creerse un ente superior, como entretenimiento noble. Desde el humanismo de siglos pasados, el hombre se creía un fin en sí mismo y no un simple animal condenado a sus instintos. Le tomó gusto a la libertad y hacia ello iba, amparado por las ideas y las doctrinas. Pero esa libertad no se parece en nada al nuevo concepto de ser fuerte y hacer uno lo que le venga en gana, desligado de toda responsabilidad social. Antes se pretendía dirigir el propio destino, tanto en la economía como en la política, y de ahí hacia la superación. Ahora el hombre, en general, no dirige nada: le imponen las ideas y le marcan un trabajo determinado, que le convierte en máquina. No hay opción. Al perder el gusto del razonar y de los deseos nobles, cuando termina el trabajo reacciona de manera primaria, buscando el aturdimiento. La satisfacción material y aun la abundancia de productos le han creado un gran vacío. El hombre actual, con la mente en blanco, puesto que le dan las ideas hechas, sólo *recibe* instrucciones, de acuerdo con un plan de alcance faraónico. No le interesa ni el origen ni el fin de la vida, ni tampoco el sentido ético; es decir: es un hombre sin filosofía, que equivale a no tener pensamiento ni inquietudes ni dudas. Nace, vive y muere simplemente satisfaciendo su indispensable necesidad.

Este *individualismo de masa* tiene ya mal remedio. O se acostumbra uno a vivir así o estará siempre amargado. Los pequeños placeres, las pequeñas cosas van a privar en lo sucesivo y las ideas perderán su vigor. Hemos cambiado una esclavitud por otra menos noble. ¿Es eso lo que se pretendía? El sociólogo Morin llega a una conclusión desesperanzada al decir que se está llegando a un bosquejo simiesco del hombre —el cosmopiteco— que podría afrontar el porvenir y asumir una condición cósmica.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Munich y el cambio incruento

Por Fidel Miró

"...mientras nuestros directores políticos sólo quieren mostrar al mundo la ingenua bondad de sus corazones. En tanto que los demás gobiernos, incluso los conservadores, piden el castigo de los crímenes de guerra, nosotros hemos llegado a indicar que se marche Franco tranquilamente, ya que el pobre señor no tiene la culpa de nada."—A. Ossorio y Gallardo.

En lo que se ha dado en llamar el "Coloquio de Munich", donde por primera vez los opositores del franquismo, de dentro y de fuera, se reunieron y establecieron puntos fundamentales de coincidencia para terminar con el franco-falangismo e incorporar a España al mundo democrático, se convino en la necesidad —unánimemente aceptada, por lo menos públicamente— de evitar los medios y procedimientos violentos, "antes, durante y después".

Dicho acuerdo, si en realidad cuantos se reunieron en Munich piensan seriamente en terminar con el régimen de Franco, no puede ser otra cosa que una resolución de cara a la galería: la galería oficial del mundo gubernamental y cancilleril internacional, que no de cara al mundo de los trabajadores ni al pueblo español. Este con sobrada razón cansado de violencias, ya que violencia ininterrumpida significa el régimen actual con todo su aparato represivo. El acuerdo de Munich constituyó una nota de buen efecto dada la espectacularidad del comicio, y posiblemente una necesidad indispensable. Pero el acuerdo no tiene nada de transcendental y menos de efectivo, sin negar que el comicio en sí fue de gran utilidad y señala el inicio de nueva etapa que podría ser decisiva. Como suele decirse, una cosa es la realidad y otra muy distinta los buenos deseos.

El momento, el lugar y los medios a emplear no dependen únicamente de los programas políticos y los principios éticos que animan a los diversos partidos y corrientes de pensamiento situados frente al franquismo. Dependen, en primer término, de la naturaleza del régimen a combatir. Toda dictadura, más cuando es de signo totalitario, constituye un régimen de fuerza que se sostiene por el empleo continuado de la violencia, la arbitrariedad y el crimen. Sería cándido y absurdo de nuestra parte creer por un momento en las falaces y repetidas promesas de democratización, principal ardid de Franco en su ya clásica política de ganar tiempo. Esperar confiados en tales promesas y en los posibles apoyos internacionales sin una firme decisión del conjunto democrático español para un esfuerzo combinado decisivo, dispuestos a afrontar todas las consecuencias, sería tanto como posibilitar la perduración del franquismo por algunos años más.

Los mismos sostenedores de ayer, hablando en términos generales, son los principales puntales de hoy. Las clases, castas e instituciones que se levantaron contra la República siguen apuntalando a Franco y no pierden ocasión para exteriorizarle su adhesión. Burguesía y finanzas, Iglesia y Ejército, burocracia del Estado, residuos del falangismo, aprovechados y favorecidos, indiferentes y timoratos..., más temor bien cultivado al comunismo, a la guerra, a la violencia... Así las cosas, pensar en un próximo cambio pacífico, en la vuelta a la democracia más o menos como vino la Segunda República, sin un esfuerzo colectivo decisivo, decididos a ir hasta donde sea menester para acabar con la actual situación, sería poco inteligente y menos responsable.

La actitud de Don Juan y de la Iglesia

Después de Munich, el pretendiente al trono demostró por enésima vez su condición de badulaque vividor y de mendigo pusilánime. Está claro que lo que le interesa es el bien vivir a lo gran señor, adulado y reverenciado por unas docenas de momias políticas con escaso cerebro, mucho estómago y más miedo. La continuidad de Franco significa para Don Juan garantía de tranquilidad y seguridad de buena renta. Al margen de sus simpatías políticas, no para la demòcracia y el parlamentarismo por supuesto y menos para el liberalismo progresista, lo que le interesa al pretendiente es la *dolce vita.*

La Iglesia, por su parte, continúa al lado del régimen con su influencia y sus enormes recursos. Que a tiempo sabrá situarse, es ya otro asunto. Tiene para ello saber y experiencia. Y... ductilidad. Con motivo de las huelgas de mayo pudo comprobarse, por si fuera menester un ejemplo más. Cierto que en su seno, en los medios obreros y en el bajo clero, existe una fuerte corriente disconforme y protestataria que se opone al franquismo, corriente que se va definiendo y estructurando en lo que tal vez constituirá mañana un fuerte movimiento socialcristiano siguiendo las directrices y experiencias de los movimientos similares de la Europa democrática. Sin duda habrá que tenerlo en cuenta, lo mismo en el terreno político que en el sindical. Esta corriente, esos grupos, son alentados y protegidos por las altas jerarquías eclesiásticas, pero a la vez adoctrinados, dosificados, controlados, para que en ningún momento puedan salirse de madre en forma efectiva. El juego tiene sus riesgos, pero la Iglesia confía en su saber, su astucia y su poder. Constituyen su mejor garantía futura. Y esa garantía bien vale algunas misas y ciertos riesgos, que fuera de toda lógica política y de sentido histórico pretenden eludir los señores de Munich.

Pero mientras se alienta y ayuda a los grupos afines disconformes, la Iglesia sigue oficialmente con el régimen, apoyándole y sosteniéndolo firmemente. Los altos jerarcas, a fuer de buenos católicos españoles, decididamente reaccionarios, confían más en el Opus Dei que en las Hermandades Obreras de Acción Católica. Estas, por si el cambio se produjera antes de tiempo; el Opus, por si hay tiempo suficiente para tomar todas las posiciones claves del aparato político y económico. La Iglesia sueña también con el cambio incruento, pero no se confía en exceso. El cambio incruento puede llevarlo a cabo el Opus Dei dentro de unos años, no muchos. Si así fuera, el cambio radical que España necesita no será, o será por el año 2000. La democracia con predominio del Opus sería muy *sui generis.* Sería católica-tradicionalista, aunque en el campo social-económico se produjeran cambios importantes. El régimen económico no le importa al Opus Dei en definitiva tanto como el régimen político y la hegemonía eclesiástica. Se ha dicho que el Opus no es franquista ni antifranquista, monárquico ni republicano, capitalista o partidario de otras estructuras económicas más o menos socializantes. El Opus Dei es hoy el alma de la Iglesia Católica de España. Y lo que le interesa por encima de todo es mantener al pueblo español bajo su tutela, con las riendas gubernamentales bien empuñadas y retardar todo lo posible la verdadera y plena incorporación al mundo de la libertad y el progreso efectivo. Retardar la emancipación social e intelectual.

Podemos de nuevo perder el tren

Podría ser suicida poner demasiado énfasis propagandístico en la necesidad de un cambio incruento. Posiblemente perdimos la única oportunidad de cambio no

violento al terminar la segunda Guerra Mundial, precisamente por confiar excesivamente en que ello era posible, deseable y casi ineludible; por tener en mente fija la idea, aunque no se proclamaba abiertamente (en especial por aquellos que se consideraban designados por legalidad y por pretendidos méritos a regir nuevamente los destinos de España), de que la República nos sería entregada en bandeja de plata por las potencias vencedoras como un don del que éramos merecedores y como un acto de justicia ineludible.

No volvamos a cometer el mismo error ahora que determinadas circunstancias, nacionales e internacionales, parecen propicias a un cambio estructural en España. Cambio que debemos procurar, especialmente los cenetistas, que no sea superficial o simplemente aparente. Debe ser profundo, esencial en la estructura política y en la ordenación económica, en lo social y en lo cultural, si queremos una España auténticamente democrática y salvar en el menor tiempo posible el trecho enorme que nos separa de la Europa democrática, de la que necesitamos formar parte plenamente y cuanto antes.

Bien está que tengamos presente el hondo sentir de nuestro pueblo, temeroso de una nueva guerra civil. Somos enemigos de mantener dividida España en dos bandos irreconciliables que hagan imposible la convivencia nacional. Sin convivencia sería imposible el colosal esfuerzo constructivo necesario para alinear España en el concierto de las naciones libres y progresistas. Pero de ahí a pretender que para evitar los peligros inherentes a todo acto de violencia estemos dispuestos a que nuestro pueblo pague el precio de la paz con la prolongación indefinida de ese vivir en la indignidad, la esclavitud y la miseria, hay un abismo.

Los antifranquistas españoles, aun los de tendencia política más moderada, deben estar dispuestos por lo menos a correr los mismos riesgos que enfrentaron los demócratas venezolanos y colombianos en situación parecida. No hay otra manera de salir del atasco. Esto es tan elemental que resulta inconcebible no estén perfectamente convencidos de ello hombres con largo historial político y de reconocida inteligencia.

El temor a toda violencia, el miedo todavía mayor, aunque no confesado, a la irrupción de las clases populares en el escenario político para obligar a un cambio verdadero, puede frustrar todo esfuerzo coordinado con miras al propósito fundamental: terminar con el franquismo y conseguir el cambio profundo en todos los órdenes que España necesita como cualquier otro país subdesarrollado dirigido por castas eminentemente reaccionarias.

Como en 1945-47, se puede nuevamente perder la oportunidad si se pone demasiado empeño en un cambio incruento. Podemos hacernos responsables de contribuir a hundir más aún a nuestro pueblo en la ignominia política y la ruina económica.

El peligro comunista

Todo gran propósito nacional presupone sacrificios, mayores esfuerzos y riesgos, cuanto más grande y difícil es. Por tal razón, grande debe ser el empeño y la aportación de todos los comprometidos y mayor el de aquellos que anhelan un cambio sustancial.

Para nadie es un secreto que determinadas fuerzas y grupos del conglomerado antifranquista no comparten el anhelo de un cambio trascendental. Los hay inclusive que se conformarían con algo aparente, especialmente en el orden económico-social. Pero tales fuerzas —sin hablar de las que siguen sosteniendo al régimen y que le harán defección sólo cuando la nave esté materialmente hundiéndose— deben convencerse, cuanto antes mejor, de que un cambio superficial en España

no es posible ya y que cuanto más se retarde mayor será el peligro de la violencia, con mejores posibilidades para sistemas de totalitarismo político, que habrían de sernos tan fatales como el franquismo.

Lo dicho no debiera requerir mayores explicaciones. No olvidemos que "los enemigos de mis enemigos, son mis amigos", cosa que tan presente tiene Franco. Se ha repetido hasta la saciedad por los voceros del franquismo que la inmensa mayoría de quienes se oponen al régimen son comunistas. Si se deja en silencio esa afirmación, así como la de que cuanto se hace contra Franco es obra de los comunistas (hábilmente explotado por éstos a través de sus emisiones de Radio Praga, las únicas emisiones clandestinas para vergüenza del antifascismo democrático), no es de extrañar que vaya prendiendo en el alma del pueblo un sentimiento de simpatía, o por lo menos de respeto, hacia el comunismo. Para explotar el "coco", Franco necesita —y en forma indirecta lo favorece— que en suelo español exista un fuerte partido comunista. Y necesita también presos comunistas, procesos ruidosos contra los comunistas, manifestantes del partido comunista, que en el área nacional y en el internacional son difundidos o cotizados por ambos.

El golpe militar

Un golpe militar —por el que suspiran muchos de los recién incorporados al antifranquismo y también algunas de las figuras republicanas—, además de poco deseable, dada la experiencia nacional e internacional, es casi quimérico. Mientras exista alguna posibilidad de perduración del régimen, los militares no pensarán en la deserción, por ser la casta más favorecida del régimen. Además, un golpe militar no sería garantía de cambio verdadero. Lo más probable es que significara un simple aplazamiento a la solución de los problemas nacionales y sociales. *Tampoco sería una garantía de no violencia.* Por el contrario, un pronunciamiento militar contendría el riesgo de desencadenar las mayores violencias: porque podría chocar con otras fracciones del ejército que siguieran adictas al régimen; con otros cuerpos represivos como la Guardia Civil; con organizaciones políticas semimilitarizadas del régimen... Y hasta con las fuerzas de la oposición, con el verdadero pueblo español, que habría de aprovechar la coyuntura para lanzarse a la calle haciendo frente a unos y a otros e intentar la revolución social.

El único camino lógico

La salida posible estriba en la coordinación responsable e inteligente de las fuerzas que se oponen a Franco, con excepción de los comunistas, para un gran esfuerzo. Trazar un bien meditado plan de largo alcance, aprovechando todos los medios de que podamos echar mano: desde el apoyo internacional de las organizaciones sindicales, los partidos liberales y algunos gobiernos democráticos, hasta la utilización de los recursos disponibles, humanos y económicos, que pueden movilizar los exilados. Simultáneamente habría de llevar a término, con el asesoramiento y participación principal de los del interior, una gran campaña propagandística dentro de España, a la que habría de seguir un período de efectiva resistencia pasiva. Todo ello, repito, obedeciendo a un inteligente plan de acción bien coordinado para el que no habrían de faltar recursos y que las huelgas de mayo demostraron plenamente que es posible. Unas semanas de resistencia pasiva, de bajo rendimiento en el trabajo, de boicot a espectáculos, prensa, etc., negando en lo posible toda aportación económica al Estado, para desembocar en una nueva ola huelguista, acompañada de una gran campaña internacional, podría ser algo decisivo. Por lo menos nos daría la medida de nuestras fuerzas y posibilidades dentro y fuera.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Se ha repetido en el exilio, antes de las manifestaciones pacifistas de Munich, que nuestro pueblo no tenía más alternativa ni más obligación que emplear los mismos procedimientos de los chipriotas, los tunecinos, los judíos o los argelinos. No hacerlo denotaba decadencia y falta de valor. No deja de ser una manifestación alegre y hasta irresponsable. Al menos, poco meditada. No es lo mismo enfrentarse a un régimen fascista o totalitario que a un régimen más o menos democrático. No ha sido igual combatir la dictadura de Primo de Rivera que al régimen de Franco. Valdría la pena que sobre el particular meditáramos todos, especialmente los "compañeros de camino" y los que de buena fe piden la entrada de los comunistas en el conglomerado franquista, "para terminar cuanto antes con Franco, aunque al día siguiente nos rompiéramos la crisma". Las experiencias de Checoslovaquia, Polonia, Hungría y más recientemente la de Cuba, son bien aleccionadoras.

La Alianza Sindical Española y la Unión de Fuerzas Democráticas —a la que esperamos ver pronto incorporada a la C.N.T., admitidas sus justas premisas, dados su condición de fuerza sindical y su ideario— deben y pueden inaplazablemente movilizar todos los recursos, dentro y fuera de España, para dar al régimen la batalla definitiva en todos los terrenos posibles.

Las ayudas internacionales estarán en razón directa del grado de esfuerzo, valor e inteligencia que los antifranquistas seamos capaces de aportar.

LOS PRESOS ANTIFRANQUISTAS

Las recientes huelgas y otros hechos políticos que se han producido en nuestro país, han llevado a las cárceles a numerosos opositores al régimen de Franco y Falange. Por centenares. Obreros e intelectuales, de éste o del otro partido u organización, o de ninguno, en virtud de actividades clandestinas o de simple manifestación de desacuerdo con la dictadura. Esta represión ha alcanzado a todas las zonas de la nación y a sectores de significación social diversa. En la lucha contra la tiranía se establece automáticamente un nivel que no puede desconocerse ni silenciarse, ni intentar capitalizarlo sin rebajar el tono y el valor sustancial de las acciones individuales.

Estos hechos han ocultado, accidentalmente, que en las prisiones de España sufren numerosos antifranquistas desde hace cerca de veinte años, a los que no se aplican beneficios de indultos por considerárseles "reincidentes", es decir, hombres que no han cesado de luchar contra el régimen, que fueron libertados en un momento determinado y a su regreso al pueblo se incorporaron de nuevo a sus organizaciones clandestinas, volvieron a caer en manos de la policía y condenados a numerosos años de prisión por Consejos de guerra, y cuya modestia y claro sentido de los acontecimientos en los que son actores anónimos les lleva a decir, al entrar en las prisiones, a sus compañeros de cadena: "Mala suerte", evitando con ello todo conato de lamentación.

La ayuda a estos hombres es un deber ineludible. Unas veces, contribuyendo a las numerosas suscripciones abiertas por las organizaciones de exilados en su favor; otras, aprovechando las oportunidades que se ofrecen en actos públicos, organizados por quien sea, recordando esta realidad.

Tengamos presente a nuestros hombres encarcelados: son una expresión de nuestro pueblo.

Nueva faz de las desigualdades económicas

Por Manuel Díaz Marta

En muy pocos años el panorama económico del mundo ha cambiado en forma radical. La supresión de la pobreza, que se juzgaba una empresa quimérica, se ha logrado en algunas comarcas y está en vías de conseguirse en otras. Y no siempre por los mismos caminos. En ciertos países, el progreso económico y el bienestar social han podido ser, en parte, la consecuencia de revoluciones violentas. En otros —justamente en los de más alto nivel—, estos resultados se han conseguido por vías pacíficas y métodos democráticos.

La ampliación de los conocimientos científicos y el sorprendente desarrollo de la técnica han hecho posible este cambio. Las utopías de antaño aparecen hoy perfectamente realizables. Es justo decir, en favor de los que lucharon y luchan por la justicia y por las reivindicaciones sociales, que muy poco se habría logrado en este campo de no haber sido por sus campañas denodadas. Gracias a ellas, los conceptos sociales generalmente admitidos han cambiado; sin lo cual, los adelantos técnicos no hubieran desembocado en un mejoramiento social.

La ciencia de la economía —una de las que más han progresado— suministra un mayor y mejor conocimiento del complejo mecanismo que forman las actividades humanas en constante interdependencia. Aunque es mucho más lo que queda por explorar que lo ya conocido, esto último ha ayudado mucho a prever los fenómenos económicos y a mejorar los niveles de vida.

No obstante, esto sólo es válido para las sociedades adelantadas y no en todos los aspectos. Los problemas no resueltos son tan graves como antes, pero se plantean de otra manera y en otras zonas.

Dentro de una sociedad altamente industrializada, ya no es la explotación del hombre por el hombre lo que prevalece. Se explotan los recursos naturales, técnicos y económicos y la habilidad del hombre, pero no sus escasas energías físicas. Los trabajadores pueden alcanzar beneficios nada despreciables. La situación, en cambio, es pavorosa para los que quedan desplazados, al margen de las actividades económicas. Las instituciones de previsión social sirven para aliviar la penuria, pero no pueden evitar la depresión moral de los desafortunados.

Las desigualdades que existen entre países adelantados y países subdesarrollados son por ahora las más alarmantes; sobre todo por su tendencia a aumentar. La misma técnica que ha originado el auge económico en unos lugares está produciendo la ruina de otros.

Es bien sabido que el posible desarrollo, o crecimiento, de un país depende de su nivel económico. En otras palabras, los países ya ricos y cultos están en aptitud de aumentar su bienestar y su instrucción con más rapidez que los países pobres y atrasados. De seguir así las cosas —y así seguirán si no se pone remedio— tendremos a la humanidad dividida en dos grandes grupos: países sumamente cultivados nadando en la abundancia, y países sumidos en la ignorancia y la pobreza.

En otros tiempos esta ley cuantitativa se dulcificaba a causa de algunas ventajas económicas de los países débiles. Entre ellas, la abundancia de riquezas na-

turales por aprovechar y la baratura de la mano de obra. Pero, por muy paradójico que parezca, dichas condiciones han dejado de ser atractivas.

Las materias primas que se obtienen de esas riquezas y con esa mano de obra han perdido importancia relativa. La industria química es capaz de producir materiales sintéticos que reemplazan a los más simples ofrecidos por la naturaleza. Tales son los casos del palo Campeche, del tanino, del mismo caucho y de otros muchos productos cada vez menos solicitados a pesar de que el consumo de sus derivados aumenta. La causa de esta disminución de la demanda —trágica para los productores de primeras materias— está en que los sustitutos se obtienen con mejores calidades y precios y a distancias más cortas de los centros de consumo.

La mano de obra barata también está dejando de ser un buen negocio. Se prefiere la altamente calificada, es decir, la de las regiones industriales, aunque tenga mayor costo. La consecuencia es la posición marginal respecto a la economía de grandes masas humanas y su secuela de desocupación y miseria.

Hasta hace poco, y aquí de nuevo la paradoja, los fuertes desniveles entre unas zonas y otras tendían a equilibrarse por dos conductos que desempeñaban un papel análogo al de los tubos de unión entre vasos comunicantes. Los conductos eran el interés del lucro y el del poder. O en otra forma, la empresa explotadora y el coloniaje. Ambos, afortunadamente, están en vías de desaparición y con ellos desaparecerán las más fuertes relaciones entre poderosos y débiles. Urge establecer otras relaciones que las sustituyan, y que sean infinitamente más humanas, pero no menos intensas.

La humanidad se ha enfrentado a algunos problemas económicos y sociales en los países desarrollados y los está resolviendo. Igualmente, aunque el camino sea arduo y penoso, logrará vencer las desigualdades entre comarcas pobres y comarcas ricas. Esta es la nueva y más importante faz de la desigualdad en el mundo, que no puede ser permanente ni irremediable.

Las organizaciones obreras constituyen una fuerza poderosa en la vía de la evolución social. Su mantenimiento da origen a las reformas que se producen continuamente. Sin esa presión de cada día, muchos de los beneficios que hoy se disfrutan no habrían llegado a ser realidad. Los trabajadores se sienten menos alejados de la sociedad de que forman parte en la medida que la sociedad les devuelve parte de sus ganancias en servicios y atenciones de carácter económico. Cuidar y alentar el desarrollo de los sindicatos para que cumplan sus funciones naturales, es misión de todos los que se sienten presentes en la ingente tarea de transformar las relaciones sociales. Por pequeño que sea el esfuerzo individual en esa dirección, contribuye en gran medida a los fines colectivos.

Necesitamos una juventud creadora

Por Juan Rueda Ortiz

Cuando hablamos de la juventud estamos cubriendo con un denominador común una tercera parte de la vida humana. La idealizamos paternalmente y su examen es pocas veces práctico. La audacia de su poder físico y creador produce una admiración temática constante hasta confundir lo que en ella es objetivo y subjetivo. Habremos de convenir que lo primero es el paso natural por un cúmulo de circunstancias en donde el individuo se ve ampliamente favorecido y lo segundo es una participación generosamente concedida en la estructura orgánica de la sociedad.

Se han hecho numerosas lucubraciones para determinar la duración del proceso que corresponde a lo que se ha dado en llamar *generación* y la coincidencia histórica la fija en 25 años. Sin embargo, sería más honesto seguir al hombre a través de sus "generaciones" sociales, ya que sus sentimientos ideológicos, sus creaciones y su realidad genética se manifiestan dentro de fases que tienen límites —por llamarlos de alguna manera— de quince años. Para nosotros, socialmente, el individuo permanece en estado de larva durante la niñez; sus primeros quince años son de educación y emulación, sin precisar conscientemente la amplitud de cuanto le espera. De los quince a los treinta y cinco años pertenece a la generación que llamaremos "testigo"; presencia cuanto a su alrededor acontece y se prepara para las grandes responsabilidades; formación del hogar, estudios superiores, profesionales, concepción social y utilización de los instrumentos que la sociedad puso a su alcance. De los treinta a los cuarenta y cinco pertenece a la generación "creadora", con ella forja el mundo que habrá de recordar como suyo: da vuelo a su creación, fija principios, planifica e impulsa su economía y entrega a la sociedad lo mejor de su obra. A los cuarenta y cinco comienza a ser desplazado por sus seguidores y pasa a formar parte de la generación "asesora", hasta los sesenta años: su vigilancia será activa, culminará sus realizaciones superiores y será obligado a orientar técnica e intelectualmente el proceso que dejó inconcluso por el desplazamiento. De los sesenta a los setenta y cinco formará parte de la generación "consejera", será objeto de consulta en casos determinados, habiendo perdido toda eficiencia rectora. De ahí en adelante y en tanto llega la hora de su silencio, tendrá una existencia contemplativa, reintegrándose a la intimidad familiar.

Estos ciclos no pretenden ser exactos, sino módulos interpretativos de la función social que realizamos. A su tenor, el ciclo juvenil puede quedar delimitado entre los dieciocho y los treinta y cinco años, según la estimación más generalizada. En ese lapso las cosas se ven bajo la influencia del poder personal. El mundo mental es cambiante y está regulado por un manifiesto poder emocional. Entre la concepción y la realización sólo media la fuerza del impulso, que siempre despierta simpatía, como un fenómeno primario de culto a la juventud. Por regla general, el músculo supera a la estética.

Pero la juventud tiene sus propios y muy peculiares movimientos. Por asociación explicable, hace suyas las grandes causas del mundo y las tamiza a su modo. En los comienzos de la Era Moderna rompió el formalismo artístico y filosófico dentro del Renacimiento, y a lo largo de la Etapa Contemporánea que tiene su arranque en las postrimerías del siglo XVIII con la primera Revolución

Francesa, ha tenido magníficos aciertos originando corrientes muy valiosas dentro de la Literatura, del Arte, de la Música, de la Sociología, del Derecho y de la Poesía. El despertar dramático de este siglo le condujo a una ruptura del conformismo ambiente y más tarde, su participación en la primera Guerra Mundial, la puso en los umbrales del desquiciamiento moral. Ciertamente no fue una participación voluntaria. Sin embargo, fue la guerra de 1914-1918, con sus consecuencias y su desorientación, el principio de un drama mental cuyos resultados tendrían tremendas repercusiones.

El paroxismo angustioso es hijo de la psicosis y ésta anula al individuo. El poder destructor del hombre tenía que ser elevado a su quintaesencia y para ello había que reproducir sus más ancestrales atavismos. Fue convertido en fiera; se desataron sus ligaduras morales y fue lanzado a la conquista, con toda su cohorte de impudicias. Nacía en ese momento un espécimen nuevo. Una juventud neurótica y narcisista que se sentía incómoda dentro del pacifismo convencional de la tercera década del presente siglo. Junto a ella crecía otra juventud erótica, de formas desenvueltas, que huía de las obligaciones del estudio para entregarse a vacuas diversiones superficiales. En el fondo, ambas huían de la preocupación y de lo que habían sido sus obligaciones. Este estado de cosas, como puente invisible y producto de una confusión ética, se precipitaría en el seno de otro conflicto bélico, de mayor trascendencia mundial.

Aquellas viejas banderas que un día levantó la juventud en el seno de las universidades y en los cenáculos del arte, de la filosofía y de los ideales de vanguardia, habían sido arriadas. Ya no clamaba por participar en los debates del mundo sino que se apartaba de él. No era una inconformidad con sus sistemas, sino una ruptura suicida, que poco a poco iría desdibujando sus épicas jornadas. En la poesía llegaría hasta el "ultraísmo"; en la pintura, al "cubismo"; en la música, a las estridencias del "jazz", y en otros órdenes de la vida, a un giro en redondo de las formas conocidas. Recordemos el "vargasvilismo" en el mundo de habla española, con su asalto a la gramática, que no pasó de ser una interpretación *snob* y fugaz, a pesar de que caímos en él, viéndole una insurgencia social que no adquirió carácter de doctrina. Vargas Vila buscaba algo que habría de encontrar más tarde Jean Paul Sartre: un escenario teatral y permanente de la filosofía existencialista. Vargas Vila se quedó en la encrucijada gramatical y se extinguió entre "puntos y comas", sin darle a su *Ibis* una luminosa realización. Sartre, en cambio, creó una plástica popular con sujetos que querían ser una bofetada y un insulto a la sociedad y que se redujo a una interpretación casuística de la Bohemia en obscuros cafetines del Barrio Latino de París. La concepción vigorosa de Soren Kierkegaard, doctrinario del existencialismo, y la "hermenéutica de la existencia" de Martin Heidegger —"ser es trascender"—, únicas que salían del recinto metafísico para servir de base a una juventud sin objetivos ni ideales propios, sucumbían en el desconcierto, rodeadas de neurosis y erotismo. Esa situación caía en la expresión de don Miguel de Unamuno, cuando señalaba que "el hombre de carne y hueso es la mejor manifestación animal del existente".

Sin embargo, iluminados o intérpretes de una mística sin acierto, Jean Paul Sartre debería ser considerado, con su movimiento, como los clientes pobres de esa representación. No así los *beatnicks* norteamericanos, que con una carencia superior de valores éticos y una sobra brutal de exhibición, readaptaron las prácticas de los seguidores de Sartre y elevaron al cubo el erotismo, inclinándolo por las rutas de la delincuencia profesional y derramando su impudicia por las ventanas del cine, hasta generalizarlas con uniformes de *sweter* negro, peinado de copete, barba sucia y pantalón de dril descolorido. La muchacha que se "inicia" en ese peligroso estrambotismo, exacerba con naturalidad desconcertante la extroversión.

Me decía la esposa de un buen amigo mío, durante mi reciente estancia en Ginebra, que una muchacha de esos grupos "se consideraba desgraciada si llegaba virgen a los dieciocho años de edad".

¿Qué hacemos por llegar al núcleo, en un examen a fondo del problema —uno de los más graves que el mundo confronta porque representa la pérdida casi total de la fuerza creadora— para fijar límites lógicos al caso? Específicamente, nada. El Estado lo considera un problema policíaco. Los juristas, un caso de revisión legal. En realidad, sus aspectos principales, independientemente de las consideraciones que radican el origen en el desenfreno de la xenofilia, deben ser considerados del orden socioeconómico, médico y pedagógico. La personalidad se integra con un cúmulo de elementos que requieren un examen individual. Mientras haya clientes para la prostitución y el alcoholismo, habrá casas de lenocinio y tabernas; mientras haya hambre y miseria, habrá delincuentes, así considerados por una sociedad que califica sin juzgar; mientras haya guerras que tomen a la juventud como fuerza para dirimir inconfesables intenciones políticas, más incontrolable será ese sector humano que vaga sin rumbo ni ideales.

El desequilibrio entre la alimentación y la educación origina la insalubridad mental. A poco que investiguemos se verán ambas cosas. El joven deficientemente alimentado —como le ocurrió cuando iba a la escuela primaria— no asimila. Ahora que es ya alumno universitario regirá su débil talento por las fichas y se lanzará violentamente sobre el título. sin tener base para merecerlo y practicarlo. Ellos no saben que pensar como piensan los demás es tener una vida intelectual prestada. Lo que les importa es "colocarse". Esto ya lo han advertido los psiquiatras y los psicólogos desde Pfänder hasta la fecha. Lo concibieron pedagogos de la talla de Decroly y Montesori. Es del dominio público. El silencio es una prueba de agresión al medio. La familia produce constantes casos de frustración en la niñez, que al llegar a una edad conveniente se lanza sin defensa por los caminos del mundo. Mas esa ruptura del cordón umbilical familiar ha existido siempre y no con resultados negativos. No es una base punible en sí. Debemos fijarnos en otros aspectos. Por ejemplo: el neurótico huye siempre de la realidad, considera contrarios para su tranquilidad el trabajo, el estudio y las obligaciones sociales. El erótico aumenta su debilidad mental viviendo en estado instintivo y justificando una especie de "nueva moral de convivencia pública", que tiene fácil imitación. El psicótico, por su parte, es casi siempre un perdido mental que se recupera en muy escasas ocasiones.

Es propia del ser humano la capacidad de razonar, de amar, de imaginar, de crear y de sentir, y todas estas manifestaciones están dentro de la ontología, de la órbita de la gnoseología y del existencialismo activo, que formalizó Gustav Theodor Fechner en 1860 con su *Psicología científica* y que razona con clarividencia ejemplar Erich Fromm en su *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea.* El hombre se relaciona porque es parte de la Naturaleza. Las leyes que rigen su convivencia, al margen de toda concepción personal, es un tácito convenio para la práctica de una libertad que beneficie a todos, sin provecho exclusivo de nadie. Moral ésta que habrá de cambiar, naturalmente, cuando cambien las estructuras social y económica del mundo en que vivimos.

Todo se relaciona. Todo converge al gran conflicto de nuestra hora. Las soluciones se dificultan. Por una parte, el progreso demográfico mundial amenaza con llegar a tres mil millones de seres en 1980 y exige el aprovechamiento integral de los recursos en todos los países; por otra, la pugna entre dos colosos que han parcelado políticamente la superficie del globo, son caminos que conducen a la Tecnocracia. La vieja y cómoda vida institucional está siendo obligada a transformarse como ofrenda a ese nuevo panorama. Y la juventud que debía estar prepa-

rada para defender los derechos del individuo frente al Estado, se desentiende y busca el fácil camino de la irresponsabilidad y la molicie.

Necesitamos llevar a ella nuestro mensaje. Buscarla en el campo, en el taller, en la fábrica, en la universidad. Demostrarle que la transformación social hemos de hacerla juntos; que no vale ni es suficiente la embriaguez de lo novedoso para forjar plataformas nuevas; que la juventud, como el hombre mismo, mantiene a lo largo de los siglos una cadena de hereditarias esperanzas por un mejor vivir; que los remedios desesperados sólo originan psicosis y éstas anulan el poder creador.

Recordemos el interés que en el cambio republicano español mostraron los jóvenes de todas las tendencias políticas; la pasión y la mística que aleteaba en el seno de las Juventudes Libertarias, a las que se hubo de conceder el privilegio o rango de sector, dentro de nuestro Movimiento. A ella pertenecimos los que estamos ya entre los cincuenta y sesenta años. Con el fin de nuestra Revolución y el paréntesis trágico de la guerra mundial se produjo nuestro tránsito a otros estados de actuación. Se perdió aquel vigoroso interés juvenil por el problema español. Nuestra juventud fue arrastrada por los sucesos nuevos que planteaba la emigración, por el acomodo económico y por la edad. Y perdidos en ese nuevo drama descuidamos a nuestros retoños, con honrosas excepciones, dando al olvido un compromiso que trajo implícito la pérdida de grandes y estimulantes fuerzas, hoy necesarias. Aunque no muy numerosa, hay ahora en España una juventud que se pregunta asombrada por qué vivimos en el exilio medio millón de españoles, como ínsula demográfica, separada por el grave maremoto de la guerra. Y la respuesta debemos darla de manera que convenza, si no queremos defraudarla.

Considero, sinceramente —porque todos hemos pasado por la zona que va de los dieciocho a los treinta y cinco años—, que la juventud no tiene problemas específicos, sino peculiares. La razón la fundo en los ciclos creadores expuestos al principio. Conocedores de que todo se deriva de una causa: el desequilibrio y la desigualdad en el usufructo de todo lo creado y que el desquiciamiento que las guerras originan anulan el poder creador de los pueblos, nuestro esfuerzo debe encaminarse a forjar una conciencia nueva, revisando cuanto ha fracasado para podar teorías que ya no rinden ni convencen. Alguien dijo alguna vez que "el que tuviera a la juventud de su lado" caminaría seguro hacia el futuro del mundo. La metáfora es buena. Primero habremos de dialogar con hombres y mujeres que, por estímulos propios o circunstancias especiales, se han salvado de la vorágine angustiosa y desconcertante del "rebeldismo sin causa". Después, habremos de convenir en las líneas renovadoras. Y finalmente, la juventud habrá de ir a ocupar su sitio en las zonas de protección que a la sociedad conviene. Hay muchos jóvenes que desean una explicación para hallar la salida de este laberinto. Ellos consideran, digámoslo otra vez, que causas muy hondas han debido provocar este estado de cosas. Es una fuerza limpia y generosa que se brinda voluntaria para contribuir al gran examen. No la desorientemos. Pongamos a su alcance cuanto necesita. Las comunes necesidades y el propósito que todos tenemos de alcanzar metas mejores, harán lo demás y lo harán pronto y bien.

Un libro sobre Suecia:

EL ANARCOSINDICALISMO EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

Por Evert Ardvisson

La independencia argelina y los sindicalistas revolucionarios franceses

Por Roger Hagnauer

El núcleo de sindicalistas revolucionarios franceses que se agruparon en 1925 alrededor de Pedro Monatte, Roberto Luzon y Alfredo Rosmer para fundar *la Révolution Prolétarienne* —que el día 1º de enero de 1963 entra en su treinta y nueve año de vida—, puede felicitarse por el derrumbamiento del colonialismo francés.

Fue nuestra revista la primera en Francia que llamó la atención de los militantes obreros sobre el régimen de explotación y opresión sufrido por los indígenas de Magreb, Madagascar, Indochina, publicando una copiosa documentación particularmente interesante sobre los movimientos de oposición, a un tiempo nacional y revolucionario, representados por la Estrella Norafricana de Messali-Hadg, el Neo-Destour tunecino, el Vietminh de Indochina, el partido de Ghandi y de Neru, etc....

El reconocimiento, después de siete años de guerra cruel, de la independencia argelina debería cerrar definitivamente la era del imperialismo colonial.

A decir verdad, se trata esencialmente de los imperios inglés y francés. El imperialismo y el colonialismo no han desaparecido por completo. Y desgraciadamente, la impostura estaliniana ha colocado una bandera... "socialista" (?) sobre un nuevo imperio del tipo colonial más reaccionario.

Pero, por otra parte, la solución del conflicto argelino muestra con claridad meridiana el agobiante problema del porvenir de los pueblos ex colonizados.

Internacionalistas, pensamos que la evolución de las técnicas y de los progresos sociales imponen *salir de la nación.* Pero para ello es necesario que *todos* los pueblos de *todos* los continentes alcancen la etapa nacional. No para gozar del orden, de la paz y de la seguridad, sino para que, desembarazados de una opresión política extranjera, los obreros indígenas se organicen libremente y comiencen su propia acción de clase.

La situación argelina, desgraciadamente, no puede estudiarse con criterios simplistas.

En primer lugar, porque una minoría europea se había instalado desde hace numerosas generaciones en las ciudades y en el campo.

Después, porque las necesidades de la guerra civil llevaron a la constitución del Frente de Liberación Nacional (FLN), naturalmente dominado por militares y políticos de tendencia totalitaria. Los sindicatos de la Unión General de Trabajadores Argelinos, constituídos por sus militantes, sometidos a su dirección política, se oponían a la Unión de Sindicatos de Trabajadores Argelinos, que agrupa a la mayoría de los trabajadores inmigrados en Francia, animados por militantes del partido de Messali-Hadj [1] —actualmente el Partido Popular Argelino (PPA)— que se había negado a adherirse al FLN.

---

[1] Por la débil mayoría de un voto, la Confederación Internacional de Sindicatos Libres ha aceptado la adhesión de la UGTA, y por consecuencia, rechazó la de la USTA.

No podemos analizar hoy las causas de esta oposición que se manifiesta por luchas sangrientas, por el asesinato de militantes mesalistas y que explica, sin justificarla (al contrario), la proscripción actual del PPA en Argelia independiente.

Se padece, sin extrañeza, las agitaciones y desórdenes que han seguido a los acuerdos de Evian, firmados por los representantes del gobierno francés y del FLN. Habíamos aceptado el principio del famoso tríptico: cese del fuego, autodeterminación del pueblo argelino, formación de un Estado argelino.

Que los rebeldes no hayan aceptado elecciones controladas por las autoridades francesas, lo justifica plenamente el resultado de múltiples experiencias.

Que las abominables exacciones cometidas por los fascistas (en el sentido propio de la palabra) franceses de Argelia hayan impedido una consulta inmediata, libre y leal de todos los argelinos, no tiene discusión.

Pero Argelia descolonizada no puede ser motivo de una lucha de fracciones por el poder político o la víctima de un partido fatalmente totalitario.

Las reacciones espontáneas de las multitudes indígenas, la amenaza de huelga general lanzada por la UGTA, han impedido el estallido de una nueva guerra civil. Pero queda por cumplir lo esencial. Es decir:

Una nación argelina basada sobre la plena igualdad de derechos entre todos los argelinos, cualesquiera que sean su origen, su raza, su religión, su partido político.

Y sobre todo, la formación de un movimiento obrero libre, donde se encuentren todos los sindicatos de trabajadores argelinos, sin discriminación ni exclusivismo.

Este es el voto que formulamos. Y es en este sentido que se afirmará la solidaridad que desde hace cuarenta años nos une a los pueblos rebelados contra el colonialismo francés... u otro.

Posdata.—Escribimos estas líneas en víspera de las elecciones fijadas para el 20 de septiembre de 1962. Se votará una lista única de candidatos, sin poder tachar nombres ni cambiar el orden de presentación. Esta ofensa a la democracia más elemental es igualmente una ofensa al pueblo argelino, al que sus jefes nacionales actuales desprecian tanto como sus opresores extranjeros de ayer.

ACABA DE APARECER

LA INDUSTRIALIZACION DEL ESPIRITU

(EVOLUCIÓN DE LAS DOCTRINAS SOCIALES DE VANGUARDIA)

Por MARÍN CIVERA

En este libro el autor estudia, con profundidad y sencillez, la evolución de las doctrinas de vanguardia, comparándola con la transformación de la vida social, económica y moral de esta época.

Países a medida del hombre

Por Víctor García

Charles Taylor, en una vivisección que le hace a la Inglaterra contemporánea confiesa el pánico que produce el hiper-desarrollo de nuestra sociedad moderna en la que las superestructuras de toda índole: económicas, industriales, culturales, urbanas, financieras, universitarias, sociales llegan a empequeñecer al hombre como nunca en el pasado habíase dado. Para Taylor no hay más posibilidad de salvación que la de propiciar "sociedades viables más pequeñas, a la medida del hombre", coincidiendo, sin previo acuerdo, con Iris Murdoch, quien en *Conviction* da una angustiosa voz de alerta por la "destrucción de la vida comunal, la degradación del trabajo..." Con mayor detalle se expresa E. P. Thompson en el número 6 de la *New Left Review* de Londres: "Sólo presionando nuevas vías *desde abajo* podremos abrir brecha en las actuales convenciones políticas, ayudando al pueblo a pensar que el socialismo es algo hecho por y para el pueblo... Un determinado Concejo Municipal probando la posibilidad de nuevas modalidades de propiedad comunal frente a la oposición de gobierno; una asociación vecinal con una dinámica nueva, llevando a cabo, por propia iniciativa, nuevas formas de bienestar social: centros recreativos, guarderías infantiles, servicios de comunidad por y para la mujer, envolviendo a las gentes en la discusión y en la solución de los problemas de planificación de la localidad..."

Panorama de la "Vall" desde el Puerto de Envalira (2,407 m). (*Foto Víctor García.*)

¿Hasta qué punto es ilusión el concebir, para el futuro, esta estructura económico-social del pasado: la comuna, el municipio, cuando todo, en nuestra civilización occidental, es empujado hacia lo mastodóntico, la complejidad, la concentración, el centripetismo?

Pareciera más bien propio de razonamiento anacrónico lo postulado por Taylor, Iris Murdoch y E. P. Thompson, si no fuera por el impacto que en Europa nos producen las arcadias felices de los pequeños países como Andorra, Mónaco, San Marino, Liechtenstein, en donde un príncipe o un soberano simbólico queda oscurecido por la acción determinante de los concejos y los municipios de la comunidad que, fieles a tradiciones remotas, trazan, a través de sus asambleas populares, la vida del país y le salvaguardan de los conflictos bélicos que sus vecinos, grandes y potentes, no han podido o querido evitar a lo largo de su historia.

Ya lo ha dicho Carlyle: "Los pueblos felices no tienen historia". Es decir, no han tenido guerras que hayan sentado jalones de destrucción, vicisitudes, vejaciones en sus gentes y desgarres en sus suelos. La historia de los pueblos es la historia de la conquista del fuerte sobre el débil, la de la maquinación palaciega para adueñarse del trono, la de la vigilia constante frente a las amenazas de fuera y de dentro y, entre guerra y guerra, pequeñas treguas en las que el espíritu creador del hombre, la cultura y los ideales progresistas tratan de abrir los ventanales de la luz y el amor.

Cuando tratamos de escudriñar en la historia de Andorra nos encontramos frente a unas páginas blancas en las que, de vez en cuando, aparecen unas tímidas efemérides que son todo cuanto los cronistas han podido reunir a lo largo de un milenio de existencia. Ninguna guerra aparece en el *Talmud andorrano*, que así hay tendencia a llamar al *Manual Digest* que escribiera Antonio Fiter Rosell en 1748 y en donde está todo el *curriculum vitae* del pequeño país pirenaico. Esta obra, que consta de seis volúmenes, trata de todas las facetas que puedan enmarcar una sociedad humana: su historia, su religión, sus tradiciones, sus costumbres, sus prerrogativas, su forma de administrarse, y es de rigurosa consulta en todas las sesiones que celebra el Consejo General y el Tribunal de Cortes.

Sus orígenes, como país independiente, datan del reino de Carlomagno si es que se desea dar crédito a la tradición. Hay inclusive un diploma "Carta de la Fundación de Andorra" que Carlomagno y su hijo otorgaron en el año 784, cuya autenticidad, empero, es discutida por algunos. Otro documento otorgado por Luis *el Piadoso* en el año 805 choca también con la oposición de una minoría estudiosa que considera, como los que desestiman el del año 784, que son cartas apócrifas redactadas posteriormente por parte de los que quisieran ver la tradición respaldada por el espaldarazo del documento.

El propio nombre de Andorra no llega a poner de acuerdo a los que han tratado de profundizar en su etimología. Unos afirman que Carlomagno es el autor y ello porque, tanto el rey cristiano como sus célebres Caballeros de la Fama, cuando vieron ese rincón pirenaico lo compararon con unos valles de idéntico nombre que había en Palestina, entre los montes Hermon y Tabor. Otros dan un origen vasco al vocablo y significaría *carbón de leña*. Existe otra palabra vasca: *ondarra*, fondo, concavidad, arenal, que la estructura geográfica del país también la admite plenamente. Por último, uno de los estudiosos del principado, Francisco Pallerola, estima que el origen de la palabra es similar al de aquellas localidades cuyo nombre contenga la partícula "Or" o "Ur", que significa agua, fuente: Urgel, Ur de Cerdeña, Organyá, Sicur (nombre del río Segre), Ordino.

Donde ya se discute menos la veracidad del hecho es en la efeméride del año 819, en el que el hijo de Carlomagno hizo donación al obispado de Urgel de varias localidades, entre las cuales todas las que incluyen la Andorra actual.

Los obispos, por su parte, no disponiendo de fuerzas para el control efectivo de sus dominios, se pusieron bajo la protección de nobles, quienes se transferían el privilegio a través de casamientos, uniones, herencias hasta que en 1203 una tal Ermesinda de Castelló casó con un tal Roger Bernat II, conde de Foix. Desde entonces, Andorra, todo y permaneciendo feudo del obispado de la Seu D'Urgell, no sufrió más mutaciones por parte de los protectores nobles y ello quedó definitivamente soldado con el acuerdo de los "Pariatges" que Bernat III, Conde de Foix y Pedro d'Urg, obispo de Urgel, efectuaron el 7 de septiembre de 1278.

De esta manera se legalizaba una dualidad de autoridad que, a medida que pasaron los años, se hizo patente, debilitaba esta misma autoridad y fortalecía, en consecuencia, a los administrados de los Valles. La división del poder implica una debilidad de poder y ello en beneficio de quienes sufren dicha hegemonía. Henos,

pues, frente a una de las principales causas que hacen que los andorranos sean, por hallarse en el fiel de la balanza de dos poderes que se equilibran pero que también se contrarrestan, ciudadanos de un país donde se realiza la máxima inglesa de que: el mejor gobierno es el que menos gobierna.

La dualidad de poder se hizo sentir inmediatamente ya que el conde de Foix tuvo que demoler un castillo que había hecho construir en Sant Vicens de Montclar y quedó establecido que niguna de las dos partes podía levantar castillo o fortaleza en los valles sin el consentimiento de la otra parte.

Paralelamente que los dos poderes se balanceaban surgía de la base el organismo genuinamente popular llamado Consejo General.

En principio el Consejo lo integraba cada cabeza de familia y para evitar la tendencia dimisionaria de ciertos hombres que por abulia o pereza prefieren delegar sus privilegios y atribuciones a otros, causa y origen del profesionalismo político, era rigurosa obligación asistir a las reuniones y la ausencia injustificada, según consta en diferentes escritos, era inclusive multada. Aún hoy, que el Consejo General ha quedado establecido en un número de 24 miembros, 4 por cada parroquia andorrana, todo andorrano tiene la obligación ineludible de aceptar el cargo que se le asigne.

Este Consejo, conocido indistintamente como *Consell de la Vall* o *Consell de la Terra*, se reúne seis veces un año y cinco el siguiente en forma fija y establecida, reuniéndose, además, todas las veces que las circunstancias fuercen a una reunión extraordinaria.

El primer Consejo tiene lugar en Semana Santa y se lleva a cabo para recoger las *quistias* que anualmente deben pagarse, un año a Francia y otro al Obispado de la Seo. El segundo se reune para establecer los pagos a médicos, barberos, nombrar censores, mudar consejeros y establecer un censo de animales, abejas, etc.

En el tercero, llamado de Afor, se establece el precio del trigo, que todo andorrano debe respetar y tiene lugar en los últimos días de verano, primeros de otoño.

El cuarto, llamado de Todos los Santos, se convoca un año sí y otro no y tiene relación con la *quistia* a pagar a Francia. El quinto y el sexto incumben a pagos a efectuar, sea a médicos, nuevamente, a los que hayan efectuado trabajos para la colectividad, las gratificaciones a los que han matado fieras enemigas de los rebaños, se establecen talas y reparaciones y son, en definitiva, los más importantes del Valle.

En todos los Consejos, además, se resuelven un sin fin de otros problemas, se media entre querellantes, se afronta un imprevisto y, en definitiva, tanto económica como administrativamente, el Consejo General es el soberano incontestable de Andorra.

El poder judicial, en primera instancia, va a cargo de dos *batlles* que reciben la investidura de dos *veguers*, ambos andorranos pero nombrados uno por el obispo de la Seo y otro por el prefecto de los Pirineos Orientales.

La *quistia* que, como pago simbólico, se entrega un año a la Seo y otro año a Francia es de 460 pesetas y 960 francos respectivamente, cantidades bien mínimas, como podrá apreciarse en esta perenne inflación de la moneda.

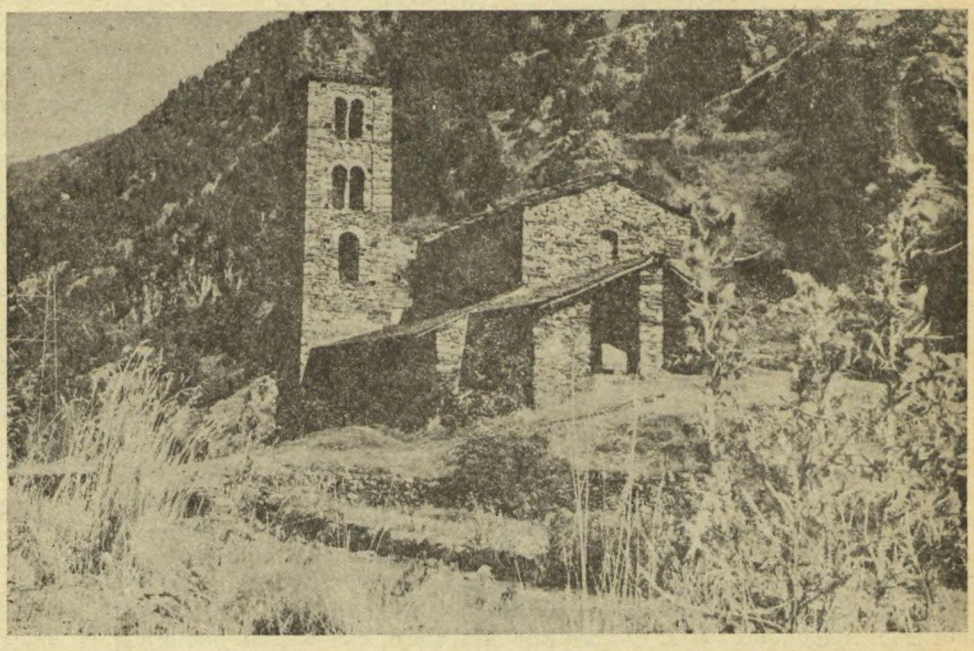
En realidad el Consejo General no disfruta de enormes cantidades de dinero porque no hay propiamente impuestos, de donde se colige que tampoco hay presupuesto. La red telefónica se debe a Radio Andorra, que es una empresa privada y el mantenimiento de las carreteras, en gran parte, lo lleva a cabo otra empresa privada: Fuerzas Hidráulicas de Andorra, Sociedad Anónima (FHASA). Sobre los artículos importados pesa un pequeño gravamen que es, en definitiva, la única fuente de ingresos de que dispone el Consejo.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Las leyes, propiamente, están sepultadas bajo el polvo de los siglos. El Consejo se basa en el sentido común de sus integrantes y en dos obras estimadas, la ya mencionada: *Manual Digest* y la que en 1763 escribiera Antonio Puig: *Politar Andorra*. En el *Manual Digest* se surte el andorrano sin necesidad de códigos, leyes, reglamentos, y todas estas montañas de papeleo a que debe acudir el ciudadano de la mayoría de los países. Hay en el libro de Antonio Fiter y Rosell un capítulo de máximas que los andorranos se han ido trasmitiendo de padres a hijos y que son las que, en definitiva, trazan la conducta de Andorra. Así, por ejemplo, en las repetidas veces que España y Francia se han visto frente a frente, la máxima que Fiter y Rosell inserta bajo el número 37 ha estado presente salvaguardando al país del conflicto armado: "En tiempo de guerra entre Francia y España no demostrar, en particularidad, parcialismo hacia una corona, contra la otra, sino conservar la neutralidad."

No es que todas las máximas se apliquen estrictamente, porque el andorrano, ya lo hemos dicho, sabe posponer aquello que pueda perjudicarle aunque conste en escritos venerables.

Así, la máxima número 38: "Prohibir que pasen de los Valles las cosas que para su uso les concede el rey de Francia y prohiba pasar a España, y viceversa", que implica la condena del contrabando no tiene el mismo éxito que las otras máximas aplicadas y se comprende. Andorra tiene diversas fuentes de ingresos, entre las que destacan el ganado y el turismo. Hay otra no confesable, que es el contrabando. Nadie menciona esta palabra en Andorra. Cuando alguien tiene que transportar mercancía ilícitamente no hace contrabando, sino que *va cap amunt* o *va cap avall* (va hacia arriba o va hacia abajo), según se encamine hacia Francia o hacia España. Durante la guerra última, Andorra registró una actividad única y los contrabandistas formaban verdaderas caravanas. Mercancía tan voluminosa como



Iglesia románica de San Juan de Caselles. (*Foto Víctor García.*)

los automóviles iba *cap amunt* y *cap avall*, ignorando la carretera y franqueando los elevados picos que jalonan todo el perímetro del país. Mientras en Francia se tomaba el café de achicoria durante la guerra, en Andorra le servían chocolate cocido en el hotel al visitante. El oasis andorrano brillaba con todo su esplendor en medio de una Francia devastada por la guerra y la ocupación alemana y una España uncida a la miseria por el franquismo.

Hoy Europa vive una tregua de paz y los países situados al norte de los Pirineos arremeten hacia el auge industrial y económico. El Mercado Común reduce las actividades de los que van *cap amunt* y *cap avall*. No importa, Andorra acaba de ser descubierta por los turistas, que hacen fila interminable en el Pas de la Casa (frontera franco-andorrana) y se desparraman por todos sus 452 kilómetros cuadrados. La carretera principal, que se convierte en Avenida de Carlomagno en los trechos poblados, registra una actividad motriz ininterrumpida y lugares tan remotos como el bosque de la Rabasa o el Tossal de la Portella se convierten en paseo del visitante que prefiere la naturaleza y no el bullicio de Andorra la Vieja y Las Escaldas. Ya no faltan las agencias de turismo organizando excursiones a Ordino, al Serrat, al lago de Engolasters, La Massana...

Algún español irrumpe también en el principado franqueando el puente del Runer, frontera natural entre España y Andorra. Son catalanes la mayoría, que vienen a practicar un idioma que intermitentemente es yugulado en España mientras que en Andorra es lengua oficial desde siempre.

Andorra es un país hecho a la medida del hombre y sus instituciones, sus costumbres y sus usos salvaguardan su personalidad y su idiosincrasia. Es un atisbo de federalismo que nos proyecta a *Las Nacionalidades* de nuestro gran Francisco Pi y Margall y a su afirmación vertebral de que los fueros humanos se ven respetados en las pequeñas naciones y no en las grandes.

COMUNIDAD IBÉRICA no es órgano de ningún partido ni organización. Es una publicación independiente, en la que podrán tener cabida distintas expresiones del pensamiento democrático, liberal y revolucionario que coadyuven a canalizar una vasta corriente de opinión humanística que tenga como finalidad liberar a España de la tiranía que la degrada y posibilitar un régimen social nuevo, de hondas transformaciones de sus estructuras, donde la libertad individual sea invulnerable; donde la justicia social no sea una promesa vaga, una consigna electorera.

De España a Moscú sin pasaporte

Por Joaquín Maurín

Primavera de 1921. La Internacional Comunista —uno de los grandes errores de Lenin— iba a celebrar su III Congreso y había invitado a sus organizaciones adherentes, una de las cuales era la Confederación Nacional del Trabajo. La C.N.T., en el pleno nacional celebrado en Barcelona a fines de abril, había nombrado, para que asistiera al congreso internacional, una delegación integrada por Andrés Nin, Jesús Ibáñez, Hilario Arlandis y Joaquín Maurín. Los grupos anarquistas de Barcelona nombraron el quinto delegado: Gastón Leval.

Nin y yo decidimos hacer el viaje juntos. Naturalmente, ni él ni yo teníamos pasaporte.

A Nin, que era, desde la detención de Evelio Boal, secretario general de la C.N.T., lo buscaba activamente la policía de Martínez Anido y Arlegui, y si lo hubiera descubierto, implacablemente le hubiera aplicado la "ley de fuga".

Convinimos que el paso de España a Francia se llevaría a cabo por la zona pirenaica de la provincia de Lérida, en donde yo conocía personas que podían ayudarnos. Aprovechamos las fiestas y ferias de Lérida, que se celebran a mediados de mayo, para disimularnos en el movimiento general de forasteros y viajantes.

La ruta trazada era: Lérida, Seo de Urgel, Andorra, Francia.

Durante el trayecto de Lérida a Seo de Urgel, en el mismo coche de línea en que viajábamos nosotros, iban una pareja de la guardia civil y su sargento. Cuando vimos la compañía que nos tocaba, Nin y yo, disimuladamente, nos dimos un golpecito de codos, como diciendo: "¡A ver qué pasa!" Pero en aquellos tiempos, la guardia civil raramente desempeñaba funciones de policía política, y no pasó nada.

En Seo de Urgel, un amigo nos explicó cómo pasar de España a Andorra sin dificultad. Y el día 14 de mayo atravesamos la frontera, llegando a mediodía a la capital de Andorra, esa reliquia histórica, colgada como un nido de águilas en lo alto de la escarpada cordillera pirenaica. Por la tarde, bordeando el riachuelo que corre por el fondo del valle, turbulento y sucio ahora por el derretimiento de las nieves, fuimos andando hasta el último pueblo de la República, Soldeu, aldea de campesinos y contrabandistas, pegada a la ladera de una montaña, al pie del puerto.

Para escalar la cordillera y atravesar el puerto, solicitamos la compañía de un guía. Nos extrañó que el único disponible no fuese andorrano. Nos dijo que era de Zaragoza, y cuando le preguntamos qué es lo que le había llevado a Soldeu, se sonrió haciendo un gesto evasivo. Decididamente, se trataba de un personaje barojiano despistado.

Cuando ya estábamos internados en la sierra, el "maño", en un momento de sinceridad, nos confesó que él desconocía los vericuetos del puerto. Nin y yo nos miramos con inquietud. Para aumentar aún más nuestra incertidumbre, nos envolvieron las nubes, y no podíamos dar un paso sin peligro de despeñarnos. Iba intensificándose el frío. Ya nos considerábamos perdidos, cuando un soplo de aire providencial disipó las nubes y descubrimos dónde estábamos: en la cresta de la sierra, al borde de un precipicio. Tratamos de orientarnos: observamos huellas

humanas en la nieve, que iban hacia un desfiladero situado en la vertiente opuesta. Supusimos que era el sendero de los contrabandistas y nos confiamos a él. Despedimos al guía, y nos agarramos al sendero en la nieve, iniciando el descenso. Pronto nos convencimos de que íbamos sobre seguro. Y al anochecer, distinguimos un poblado. Estábamos en Francia.

A la entrada de la aldea, encontramos a un hombre, y le preguntamos por la posada. Nos dijo que era el alcalde del lugar y el posadero. Un alcalde que, además, es posadero, no pide los papeles a los clientes. Debió suponer que éramos contrabandistas, y como tales, personas honorables. Así ocurrían las cosas, hace cuarenta años, en Hospitalet, Pirineos Orientales.

*

Al día siguiente, hicimos cuentas y calculamos el tiempo. Contábamos con los francos indispensables para poder llegar a París, y nada nos apresuraba. Debíamos estar en Moscú a mediados de junio. Teníamos aún un mes por delante.

Sobre esa base francamente optimista —más de tiempo que de dinero— decidimos saborear la dulce tierra de Francia, yendo a París en tres etapas. Francia en primavera es un jardín maravilloso, sobre todo para el que llega de un país como España en donde la naturaleza es generalmente áspera e ingrata.

El primer trayecto fue: Hospitalet, Oix-les-Thermes, Toulouse. Era el lunes de Pentecostés. Los trenes estaban rebosantes de viajeros y excursionistas. ¡Cómo desbordaban de satisfacción, alegría, salud y bienestar los franceses! ¡Qué diferencia con la pobreza y austeridad españolas! En ese contraste —el que hay entre el blanco y el negro— uno veía, no la mano avara de la Naturaleza, sino la del hombre. Lo que había hecho la Francia que veíamos en el compartimiento del tren y desde la ventanilla del vagón era la Revolución. Y lo que, en cambio, mantenía a España esquilmada y triste era su atraso político.

El segundo trayecto: Toulouse-Capdenac. Y el tercero: Capdenac-París, Viajábamos sólo durante el día, para poder admirar desde nuestro balcón ambulante los cambiantes panoramas: verdes prados, campos floridos, risueñas colinas, ríos, bosquecillos, caseríos, ciudades...

*

Llegamos a París al atardecer, ebrios de la campiña francesa. Bajamos en la estación de Austerlitz, y después de consultar el plano de la ciudad, nos dirigimos a la Plaza de la República. Teníamos la dirección de un sindicalista español residente en París, domiciliado en ese barrio popular.

Después de cenar, contamos el dinero que nos quedaba: lo suficiente para pagar el hotel esa noche y almorzar el día siguiente. Sintiéndonos ricos, nos lanzamos a la conquista de París: recorrimos los bulevares y nos internamos en Montmartre. Bien vale París una noche. Regresamos, callejeando, a la Plaza de la República y nos instalamos por allí, en el hotel más modesto que encontramos. Con sorpresa, descubrimos que era el albergue de unos cuantos sindicalistas españoles. ¿Qué imán nos había conducido hasta allí? Parecía un milagro. El mismo milagro que, tres días antes, hizo desvanecer las nubes en la cúspide de los Pirineos, salvándonos de una muerte segura. Me ha parecido observar que la juventud está llena de milagros. A medida que los años van aumentando, los milagros disminuyen, hasta desaparecer por completo.

Todavía otro "milagro" vino a favorecernos en seguida. Nos perseguía la suerte... Cuando nuestras existencias en metálico estaban a punto de alcanzar la cifra

cero, recibimos la visita de Augustin Souchy, destacado sindicalista alemán, que se encontraba de paso en París, y nos entregó una pequeña suma de dinero procedente de la organización sindicalista de Suecia, en concepto de ayuda fraternal a la C.N.T. Souchy, joven e inteligente, claro en sus ideas y en su exposición, nos informó del giro que habían tomado las cosas en Rusia después del aplastamiento de la insurrección de los marineros de Cronstad, hecho ocurrido en marzo de ese mismo año.

Entre los anarquistas y sindicalistas españoles que entonces se encontraban en París, el más destacado era "Wilkens", seudónimo de un emigrante del norte de la península que, por su cuenta y riesgo, había ido a Rusia, y sintetizaba sus impresiones pesimistas en una serie de artículos publicados en el semanario anarquista *Le Libertaire*. Lo que a Wilkens le preocupaba, sobre todo, era la suerte que en Rusia hubiera podido correr el anarquista Bieto, nacido en Reus (Tarragona), peluquero que había sido de la zarina... Entre los sindicalistas españoles reinaba una gran excitación acerca del caso de Bieto, y se nos encargó que, una vez en Rusia, hiciéramos lo posible para aclarar el misterio.

Entre los concurrentes a nuestras reuniones había un anarquista de Sabadell (Barcelona), Bruno Lladó, zapatero, gordito, afrancesado en la apariencia, que hablaba poco y siempre muy ponderadamente. Los demás eran gente joven y anónima, en el pecho de cada uno de los cuales hervía un poderoso afán de aventura. Había uno, muy simpático, valenciano, guapote, con aires de Don Juan; otro, castellano, vivía del cuento de la "mosca": una llaguita permanente que cultivaba con esmero, y que le permitía, socorrido por la sociedad de seguros contra los accidentes del trabajo, pasar todos los días de la semana sin dar golpe. Decía que almacenaba energías para la hora de la lucha final...

Un domingo por la tarde —tarde deliciosa de primavera— nos reunimos en un claro del Bosque de Bolonia, y abordamos muy en serio el problema de la revolución mundial. El más demoledor fue el de la "mosca". Sin embargo, a pesar de lo allí discutido, que era apocalíptico, al día siguiente la ciudad de París seguía haciendo su vida normal...

*

Otro contacto muy valioso que tuvimos fue el de Pierre Monatte. Continuador de las doctrinas del sindicalismo revolucionario de Pelloutier, Lagardelle, Sorel, Berth y Pouget, Pierre Monatte era casi una institución en el movimiento obrero francés de la época. Era tan inteligente como sencillo. En sus ojillos traviesos parecía que se asomaba tímidamente la malicia; pero en realidad era la sana alegría francesa la que brillaba en ellos. Dirigía el semanario sindicalista *Vie Ouvrière*. Como otros sindicalistas, se había acercado al comunismo creyendo que la revolución rusa iniciaba una nueva fase de la humanidad en marcha hacia su liberación. Y cuando se convenció, poco después, que lo que había empezado siendo una revolución se convertía en la contrarrevolución más negra de la historia, volvió a sus antiguas posiciones del sindicalismo revolucionario, en las que siguió bregando con heroísmo y humildad hasta su muerte, ocurrida hace un par de años.

En la redacción de *Vie Ouvrière*, instalada en un edificio pobre de la rue Pelleport, Pierre Monatte, con un mapa extendido sobre la mesa, nos explicó a Nin y a mí cómo cruzar la frontera franco-alemana sin pasaporte.

Nos dio una carta para el director de un diario obrero que se editaba en Metz, y allí nos explicarían cómo debíamos proceder.

*

Por la mañana, tomamos un tren en la estación del Este, rumbo a Metz.

El itinerario que nos señaló Monatte nos había decepcionado por razones artísticas. Hubiésemos preferido pasar por Estrasburgo para ver la catedral. Pero nuestro objetivo era el Kremlin, y no la catedral de Estrasburgo con sus cigüeñas y los recuerdos de Goethe.

Era un magnífico día primaveral de fines de mayo (1921).

El tren iba corriendo por la región que fue el teatro principal de la guerra tres años antes. Se notaban aún las cicatrices de las batallas: montañas de escombros, granjas derruidas, bosques arrasados, trincheras abandonadas, extensos campos de cruces...

A primeras horas de la tarde, llegamos a Metz. La estación ferroviaria, construída por los alemanes, parecía mitad catedral y mitad fortaleza. Estábamos en la sonriente Lorena. Todo era alemán allí: el estilo arquitectónico, las tiendas, la manera de vestir de las mujeres, el habla.

El periodista al que íbamos recomendados por Monatte era un hombre de media edad, campechano, como buen francés. Nos atendió, y nos entregó dos cartas: una para un obrero de Forbach, y otra para el director de un diario obrero, en Sarrebruck.

Llegamos a Forbach, la última población francesa, al caer de la tarde. Salimos de la estación para ir al encuentro del obrero a quien íbamos recomendados. Preguntamos, y nos indicaron el tranvía que nos conduciría a la calle que buscábamos. Mientras esperábamos la llegada del tranvía, se nos acercaron los gendarmes, y nos invitaron a abrir nuestra maletita para ver qué llevábamos dentro. ¡Y no nos pidieron papeles!... ¿Qué hubiese ocurrido si nos piden los papeles de identificación, que no teníamos? Como primera providencia, la detención. El viaje hubiese quedado interrumpido, fracasando nuestra misión.

Alrededores del Soldeu. El Inclés lleva sus aguas al Valira. (*Foto Víctor García.*)

Encontramos fácilmente la dirección que buscábamos. El destinatario de la carta era un obrero minero. Nos recibió muy cordialmente en su modesta vivienda. Hacía calor, y nos invitó a beber. Nos dijo que el paso clandestino de la frontera había que efectuarlo por la noche.

Cuando ya había obscurecido, salimos de su casa, y por entre bosques, bordeando a veces un riachuelo, y a campo traviesa, seguimos veredas y senderos que el guía conocía. En el firmamento titilaban las estrellas; de los campos llegaba una fragancia primaveral; crujían las ramas secas bajo nuestros pies, y producía un ruido sospechoso algún roedor o alimaña que huía al oír nuestros pasos.

Al cabo de algo más de una hora de marcha, el guía nos dijo en voz baja:

—Ya estamos cerca de Sarrebruck.

Delante fosforecía la ciudad. Silenciosamente y a obscuras habíamos entrado en Alemania.

*

Dijimos a nuestro diligente guía que nos acompañara hasta el primer hotel que encontrase, y su misión se daría por terminada.

Llamamos al primer hotel que vimos, y nos contestaron que no había habitaciones disponibles. En el segundo, ocurrió lo mismo. Y en el tercero, en el cuarto y en el quinto... *¡Keine zimmer!* (No hay habitación.)

Extrañados, dijimos al acompañante que nos condujera hasta la proximidad de la estación de ferrocarril, dispuestos a pasar la noche en la sala de espera, y nos despedimos de él.

Reflexionamos que lo mejor que podíamos hacer era entrar en un restaurante: comer y beber bien, permanecer allí un par de horas, y luego, con el estómago lleno y la conciencia tranquila, ir a pasar el resto de la noche en la sala de espera de la estación.

Dimos un vistazo por los alrededores, y escogimos el restaurante que nos pareció mejor. Era ya tarde: serían alrededor de las diez.

La sala del restaurante estaba vacía. Pero en una habitación contigua se oía una animada charla masculina, subrayada de vez en cuando por grandes risotadas.

El camarero nos presentó el menú. Como estábamos en Alemania, decidimos comer a la alemana: tortilla de cerezas, salchichas y patatas. Y para beber, cerveza negra, claro está. El todo nos fue servido en un gran plato dividido en tres compartimientos: uno para cada manjar.

Nos íbamos animando, y pedimos otro bock de cerveza. El camarero era amable y hablábamos con él en francés. Cuando creíamos haber ganado su simpatía le preguntamos:

—¿Cómo explica usted que no hayamos podido encontrar habitaciones para pasar la noche en ningún hotel?

El camarero se quedó pensativo unos instantes y nos dijo:

—Quizá porque ustedes son franceses...

—No somos franceses; somos españoles —le contestamos.

—¿Españoles? —preguntó, asombrado.

—Sí, españoles.

—Aguarden un momento —dijo, dejándonos solos.

Nin y yo nos miramos intrigados, preguntándonos qué es lo que iba a ocurrirnos por el hecho de ser españoles.

Entonces, la policía alemana estaba superexcitada por el millón de pesetas que el gobierno español había ofrecido como recompensa al que lograra descubrir el paradero de Ramón Casanellas, uno de los ejecutores de Eduardo Dato, presidente

del Consejo de Ministros. La policía española sospechaba que Casanellas trataría de llegar a Alemania para buscar asilo en Rusia.

La perspectiva de que el camarero pensara en participar en el reparto de un millón de pesetas estaba a punto de paralizar nuestra digestión.

Unos instantes después aparecieron en la sala varios caballeros impecablemente vestidos, altos, distinguidos, con un pequeño bigote, el pelo cortado al rape o la cabeza afeitada. Se dirigieron a nosotros, con los rostros iluminados por la más ancha de las sonrisas:

—¿Españoles? —preguntaron, conmovidos.

—Sí, españoles —contestamos, poniéndonos de pie, como auténticos caballeros españoles.

—¡Oh! —exclamaron con admiración los caballeros alemanes, a la vez que nos saludaban con una profunda inclinación.

Se daba el caso de que eran la Junta del Gremio de Hoteleros de Sarrebruck, que esa noche se habían reunido en la habitación contigua a la sala del restaurante, y a los cuales nosotros habíamos oído hablar y reír.

Teníamos todos los hoteles de Sarrebruck a nuestra disposición. No sabíamos cuál elegir. Diplomáticamente, dijimos que sería preferible para nosotros el hotel que estuviese más cerca de la estación del ferrocarril. Así, la elección quedaba hecha sin ofender a nadie. Tuvimos espléndidas habitaciones en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Comentamos:

—¡La suerte sigue pisándonos los talones!

España y, como consecuencia, los españoles gozaban de una simpatía enorme en la Alemania de los años que siguieron a la primera guerra mundial. España había permanecido neutral, cultivando en su neutralidad grandes simpatías germanófilas. El rey, el ejército, la Iglesia, políticos de altura como Maura y Vázquez de Mella y escritores de la categoría de Pío Baroja y Benavente fueron germanófilos.

La honorable Junta de Hoteleros de Sarrebruck vio en Nin y en mi modesta persona la representación auténtica de la España germanófila. Se equivocaban por completo.

Nin y yo, quijotescamente hubiésemos podido reaccionar diciéndoles:

"¡Por favor, no nos confundan con Alfonso XIII, Maura, Vázquez de Mella, Baroja y Benavente, ni con los generales y los obispos! Nosotros somos nosotros. Vamos a Moscú a tomar parte en el tercer Congreso de la Tercera Internacional, como delegados de la Confederación Nacional del Trabajo..."

Ahora bien, cuando se ha comido una tortilla de cerezas, salchichas y patatas y se ha bebido abundante cerveza, y, además, se está cansado y se tiene sueño, la verdad, no hay ganas de quijotear.

Decir la verdad, toda la verdad, en este caso, nos hubiera dejado a la intemperie, con la perspectiva de pasar la noche en la sala de espera de la estación.

Dejamos, pues, a los hoteleros con su ilusión.

*

A la mañana siguiente, nos despertó un eco agradable de música wagneriana. No supimos si era un concierto especial en honor nuestro o que la orquesta del hotel amenizaba el desayuno de los clientes.

Encontramos a Alemania muy atrayente.

Fuimos al encuentro del director del diario obrero para el que llevábamos una carta de presentación de su colega de Metz. Nos dijo que había que recorrer cautelosamente la región del Sarre, zona fronteriza, para soslayar un control policíaco

posible. Debíamos subir en un tren ómnibus hasta Francfort, y una vez allí, tomar el expreso de Berlín.

De Sarrebruck a Francfort viajamos en un vagón de cuarta clase (con asientos laterales únicamente), en compañía de obreros que subían y bajaban en las diferentes estaciones del trayecto. Atravesamos la zona del Sarre, negra y humeante, con sus chimeneas y hornos encendidos.

Esos obreros con los que viajábamos, mineros y metalúrgicos, eran la espina dorsal del movimiento obrero organizado alemán. Parecían niños mayores. En el semblante del obrero alemán hay rasgos de ingenuidad, bondad y firmeza que no he encontrado en otras partes.

Llegamos a Francfort al anochecer, y allí sí que pasamos la noche en la sala de espera.

Al día siguiente tomamos el expreso que había de llevarnos a Berlín.

Si en Francia lo que nos había maravillado eran la campiña y las carreteras, aquí lo que nos llamaba la atención era la industria: chimeneas de fábricas por todas partes y la maravilla del sistema ferroviario: cuatro vías férreas: dos para los trenes ascendentes (una para los ómnibus y otra para los expresos) y dos para los descendentes.

Al final de la tarde, llegamos a Berlín.

COMUNIDAD IBÉRICA no es una empresa comercial. Su aparición y sostenimiento es resultado del esfuerzo entusiasta de un grupo de idealistas. No remunera las colaboraciones ni el trabajo de su presentación. Para comprobarlo, periódicamente dará cuenta de su vida económica. A fin de mantenerla así, esperamos que los Amigos de "Comunidad Ibérica" se esfuercen en recaudar fondos para ella que nos permitan, al mismo tiempo, mejorarla.

En números sucesivos completaremos los aspectos informativos que en el presente nos hemos podido atender.

La confusión tercerista

Por S. Parane

El "tercerismo" existe como estado de opinión en la mayor parte de los países de América Latina, y más particularmente en Argentina y Uruguay. Su definición varía de acuerdo con los grupos, partidos o gobiernos que lo defienden. Esquemáticamente, corresponde a la voluntad de crear una fuerza y desarrollar una acción independiente de la política de hegemonía practicada por los Estados Unidos de América y la Unión Soviética.

El éxito de las fórmulas "terceristas" corresponde, sin duda, a una reacción de autodefensa de los pueblos que no quieren ser llevados a una guerra mundial —o estar ligados a su preparación— entre los dos bloques y que se niegan a jugar el papel de peones que no pueden controlar.

La impresión que se obtiene del examen de las corrientes de tercera fuerza —o de tercer frente— es la de un conglomerado de intereses y de aspiraciones sin otro común denominador que el lenguaje de la propaganda. Esta confusión es peligrosa, pues favorece las combinaciones políticas y las maniobras económicas. Y es por lo que nos parece útil tratar de disiparlas, ya que no puede concebirse una acción social o adoptar una posición militante sin los debidos esclarecimientos.

*

Veamos en seguida las diversas corrientes que se consideran terceristas. En Argentina son los peronistas, los partidos socialistas de izquierda y los nacionalistas. En Uruguay figuran los grupos superpatriotas, diversas agrupaciones socialistas, fuertes fracciones de intelectuales de izquierda y los militantes de la federación anarquista uruguaya. A simple vista, no es posible la amalgama entre estas tendencias tradicionalmente opuestas. No obstante, se percibe, por la prensa y los discursos, numerosos, que el equívoco está mantenido por los paladines de cada tendencia, los cuales emplean un mismo lenguaje para ganar un público indiferenciado.

Marcha, un semanario representativo de la tendencia tercerista en Uruguay, ha publicado hace pocas semanas una entrevista con el jefe nacionalista extremista argentino Kelly, actualmente detenido en un campo de Patagonia. Se trata del antiguo dirigente de las tropas de choque del peronismo, íntimamente unido al terrorismo oficial y oficioso de la época justicialista, que se presenta hoy como un nacionalista de izquierda, anticapitalista, favorable a la constitución de una tercera fuerza.

En Argentina, en los medios universitarios, las organizaciones estudiantiles que hacen profesión de fe tercerista, recurren a la defensa de la autonomía universitaria en compañía de los "62", es decir, del grupo de sindicatos peronistas, los mismos que, bajo Perón, luchaban contra los estudiantes al grito de "¡Alpargatas, sí; libros, no!"

Incluso en Buenos Aires, una consigna tercerista llena la prensa y la calle: "Defensa de las industrias nacionales". Es lanzada y retomada a la vez por las organizaciones obreras y las agrupaciones patronales.

Para orientarse en este caos de pasiones y de palabras, parece indispensable adoptar un criterio. El hecho de que el empleado por los terceristas no permite escapar al barullo ni a las contradicciones, demuestra que no es suficiente.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

*

Declararse decidido a ver los problemas nacionales e internacionales desde un ángulo distinto al de la lucha entre los Dos Grandes, constituye una buena precaución, pero no garantiza la seriedad de los juicios ni el valor de las soluciones propuestas. No es suficiente tampoco para impedir la propaganda o las intervenciones imperialistas, de manifestarse a pesar de ostracismos formales.

Es fácil observar que la mayoría de los terceristas no ven las cuestiones de su propio país, o las que afectan las relaciones entre naciones, partiendo de un examen objetivo y desapasionado de las distintas situaciones. Al contrario, y a pesar de sus declaraciones de principios, lo más frecuente es que actúen de acuerdo con las posiciones —verdaderas o supuestas— de las capitales de la guerra fría. El ejemplo de los proyectos de la Alianza para el Progreso, lanzada hace más de un año por el gobierno norteamericano, aporta una nueva prueba. Los terceristas han rechazado la idea de la Alianza *a priori*, y no después de analizar el contenido de las proposiciones norteamericanas. Para ellos, toda proposición que parta de Washington tiene que ser fundamentalmente mala.

Si bien los terceristas se encuentran alineados, sin ofrecer una política propia, sobre las posiciones de las castas más reaccionarias de la América Latina, terratenientes e industriales mercantiles, también son antiyanquis, también son partidarios de la independencia nacional. Y en esa misma línea —curioso tercer frente— los propagandistas de la diplomacia soviética gritan contra la intervención imperialista.

Excusado decir que el estudio un poco más profundo de las posibilidades manifiestas en los ofrecimientos norteamericanos, han podido determinar, entre los terceristas serios y de espíritu social, la idea de una acción: la de aprovechar la nueva orientación de la Casa Blanca para atacar los privilegios locales y nacionales, conservadores de la decadencia. Es necesario recordar que los primeros motivos de Washington eran de orden estratégico. Es preciso hacer tabla rasa de todas las consideraciones sentimentales y filantrópicas que dan color a los discursos de los gobernantes norteamericanos; pero también es necesario, en buena táctica social y obrera, poner a los gobiernos locales entre la espada y la pared, exigir reformas de estructura y programas de realización a costa de las clases dirigentes y en provecho de las clases explotadas. Y de informar no sólo al propio país, sino también a las otras naciones interesadas, sin excluir la opinión norteamericana, la cual no es monolítica ni se halla completamente controlada.

Es esa una posición tercerista que nos ha parecido simpática y susceptible de dar resultados, pero que no ha sido adoptada por ninguno de los componentes de esa corriente de opinión. Ni por los nacionalistas empedernidos —generalmente sostenidos por los jefes de empresa que prefieren la explotación de la mano de obra "en familia"—, ni por los intelectuales ebrios de literatura revolucionaria, ni desgraciadamente por los militantes obreros que confunden el antiimperialismo verbalista con la lucha concreta contra los explotadores, sean nacionales o extranjeros.

Así, pues, se podía —y se puede todavía— haber constituido una fuerza para obtener, de la inquietud de Washington por la evolución de América Latina, resultados positivos en favor de los pueblos abandonados y en servidumbre. Aparte de cierto número de sindicatos obreros y campesinos, existen grupos de intelectuales y técnicos que comprenden, por experiencia personal o como resultado del estudio, que las viejas estructuras sociales de la mayor parte de las naciones latinoamericanas constituyen el principal obstáculo al progreso y a su desenvolvimiento. Pero esta fuerza sólo podría constituirse y manifestarse por un esfuerzo realista y no sobre una serie de clisés. Este agrupamiento sólo podría hacerse apoyándose sobre

organizaciones e instituciones auténticamente democráticas —es decir, sobre la base de una participación voluntaria y responsable— capaces de sustituir los sistemas feudales, latifundistas o de corrupción parlamentaria actualmente vigentes.

*

¿Cuáles son los resultados de este tercerismo que desemboca únicamente en la autorrepetición? Que los dólares de la Alianza, pagados por los contribuyentes norteamericanos, se emplean en los regímenes corrompidos de la América Latina, sosteniendo algunos de carácter militar; se han perdido para ahora y para el futuro, y finalmente, conducirán a los elementos más liberales e inquietos de los Estados Unidos a dejar hacer a los técnicos del Pentágono por no encontrar las organizaciones y las corrientes de opinión latinoamericanas capaces de pensar, actuar y comportarse como fuerzas democráticas. Es ver —posible variante— a los regímenes de fuerza, militares sobre todo, reinstalarse en la mayor parte de las capitales de América Latina para imponer, sin ninguna participación de los movimientos de libertad, las indispensables transformaciones sociales.

El criterio que nos permite juzgar el tercerismo es, pues, social. No podemos admitir, bajo pretexto de antiimperialismo, que se nos confunda con las fuerzas reaccionarias, con las castas estancadas que perpetúan la explotación en lo que ésta tiene de más brutal y caduco. No juzgamos a un propietario de millares de hectáreas de terreno porque sea chileno, brasileño o norteamericano, sino en tanto que propietario de la tierra. Tampoco denunciamos la nacionalidad de un industrial explotador, sino la posición y el papel social de este industrial. Con mayor razón, nos parece absurdo defender los tipos de empresas nacionales, retrasadas, especulativas, protegidas por las barreras aduanales, produciendo caro y de mala calidad, sostenidas en definitiva por los asalariados consumidores con el pretexto de una lucha antiimperialista.

El único camino, para un tercerismo digno de este nombre, sería el del esfuerzo, difícil, para tomar conciencia de los datos reales de los problemas e imponer las soluciones que corresponden a los intereses de los pueblos, descartando las de los privilegiados nacionales y las de las sociedades internacionales. Pero para esto sería necesario abandonar, de una parte, las consignas fáciles, y de otra, entregarse a las tareas de crear y reforzar las organizaciones y estructuras que permitan la intervención, el control y la participación de los trabajadores de los campos, de las fábricas y de las oficinas. Es decir, pasar de la democracia de opinión, con frecuencia formal, a una democracia funcional, cuyos elementos existen: sindicatos, cooperativas, universidades.

El abandono del trabajo ingrato y sin cesar reanudado, en las organizaciones de base, en provecho único de la agitación, y el empleo de estas células primarias de toda verdadera democracia como cajas de resonancia para propagandas confusas, nos parece muy peligroso. Ello significa, en definitiva, el abandono de la construcción de una sociedad sin privilegios, en beneficio de una demagogia que acaba necesariamente en un poder fuerte, ya sea ejercido en nombre de los explotados o contra ellos.

Este esfuerzo de creación y de hacer funcionar los mecanismos societarios, no significa el abandono de la idea de la violencia revolucionaria. Pero quita a la violencia todo aspecto apocalíptico, toda esencia mítica, para convertirla en uno de los posibles métodos a emplear por un movimiento que exprese libremente la voluntad de las clases explotadas al grado exigido por las necesidades y las circunstancias.

*

¿Es necesario evocar la experiencia cubana? Sin duda, ya que la revolución y la contrarrevolución de la isla nos proporcionan el ejemplo de un movimiento de inspiración popular cuyos animadores no han tenido más preocupación que la técnica de la toma del poder y no la valorización de las organizaciones de base obreras y campesinas.

Paradójicamente, el tercerismo latinoamericano continúa considerando el gobierno cubano como ejemplo de "tercera vía", mientras éste se encuentra abierta y públicamente en uno de los campos internacionales, cuyas decisiones han colocado la economía del país bajo el control del bloque soviético, y que el tipo de partido único, los métodos de regimentación, los sistemas de policía y de censura son copias del ejemplo estaliniano.

Se nos dirá que hay, en esta posición del tercerismo, cierto espíritu de maniobra. Algunos de sus animadores consideran que los pueblos del Sur pueden sacar provecho del antagonismo entre Estados Unidos y la Unión Soviética por la práctica del juego de báscula. Otros piensan que el castrismo es utilizable como catalizador de los movimientos sociales. Pero lo que es menos dudoso de estas especulaciones sobre el porvenir y estos maquiavelismos de barrio, es que hoy Cuba se halla en el centro de la guerra entre Washington y Moscú y no en el centro de la guerra social, que es lo que nos interesa.

Ya es tiempo, para los terceristas latinoamericanos que no son sólo candidatos al poder y portavoces de las nuevas clases privilegiadas, de considerar a Cuba como el ejemplo del método que no debe seguirse y de buscar en las situaciones y las organizaciones propias de América Latina las vías y los medios de una transformación social auténtica, alejada tanto de la dictadura pro estaliniana como de la seudodemocracia de los terratenientes o de la industrialización bajo el machete.

En el próximo número comenzaremos la publicación de una obra literaria inédita de nuestro estimado amigo y gran novelista

RAMÓN SENDER

que lleva por título:

CAROLVS REX
(Informe confidencial)

Gerald Brenan en el laberinto

Por José Peirats

El libro de Gerald Brenan que acaba de publicar "Ruedo Ibérico" [1] en castellano fue quizá el primer libro serio escrito durante nuestra contienda de 1936-39 y publicado poco después en edición inglesa. El título es por demás expresivo. Aventurarse en el laberinto español, más intrincado que los famosos de Moeris y Creta, es una proeza que no puede abordarse impunemente.

Lo es tratar de comprender a los españoles en sus complicadas reacciones, siendo proverbial que éstos no han conseguido todavía comprenderse ellos mismos.

Esta primera constatación resalta los aciertos del autor y le dispensa de sus errores, crasos o involuntarios.

No podrá decirse de Brenan, como de otros autores, que ha tratado el tema a la ligera; que haya puesto perifollos bibliográficos a su obra, ni gustados ni digeridos, para deslumbrar al público académico y cubrir el obligado expediente de erudición. Se ve claro que ha estudiado a fondo su tesis, que ha tratado de comprendernos, y que si no ha conseguido su intento plenamente es debido a las tretas, despistes y remolinos naturales en la problemática.

Brenan ha captado bien, a nuestro ver, los datos fundamentales y también las líneas generales. Sólo en los detalles muy ceñidos, allí donde es menester la competencia del especialista, resbala, se agarra con las uñas donde puede, dándonos a veces la impresión deplorable de un hombre perdido.

Su competencia es indiscutible en los planteamientos históricos; al situar los factores estáticos concretos, como la geografía, el clima, la agricultura, la ganadería, el comercio, la industria. Parigual en el enfoque de la dinámica institucional: Iglesia, militarismo, caciquismo rural y urbano, el centralismo y el nacionalismo periférico. Así en las conexiones económico-industriales del problema político. En esto, su labor ofrece un consultorio de gran utilidad.

No vamos a ocuparnos de estos aspectos sino de aquellos donde la perspicacia pierde de vista quizá el bosque enmascarado por el topar con los primeros árboles. Entremos sin más rodeos en el análisis crítico sin reparar demasiado en la cronología a que el autor ha ajustado su relato.

Asegura Brenan que la clase en que se reclutaban los primeros internacionalistas españoles no era el proletariado. Era lo normal puesto que éste, según se le comprende ahora, era casi inexistente en un país de industria incipiente. Lo incuestionable es que no eran aquéllos intelectuales. Que la Internacional estaba en el subconsciente de los trabajadores españoles lo demuestra el rápido incremento que tuvo entre los obreros catalanes, artesanos o proletarios potenciales, y entre los jornaleros del campo andaluz. Véase *El Proletariado Militante* de Lorenzo, y véanse aquellos preciosos manifiestos que abarrotan el libro, firmados por albañiles, zapateros, barberos, tejedores, tipógrafos, mecánicos, curtidores, toneleros, sombrereros, mineros, campesinos y algún que otro diplomado en ciencias.

Señala también con extrañeza que el credo federal de Pi y Margall no echase raíces entre aquellos internacionalistas y sus descendientes. El examen detenido testimonia que en Cataluña la Internacional se fraguó en los centros federales, y que

[1] Gerald Brenan: *El Laberinto Español*, Ediciones Ruedo Ibérico, 300 páginas, gran formato. París, 1962.

muchos de los militantes federales evolucionaron hacia el anarquismo entonces y en épocas sucesivas. Lo interesante es la adaptación que hizo el anarquismo del federal pimargalliano adaptándolo para su propio consumo. Los primeros congresos de la Internacional a que asistieron delegados españoles se maravillaron de una cosa: la estructura orgánica federalista muy rigurosa que practicaban en España las secciones y los organismos de enlace. Aquello chocó profundamente a unos y provocó el desagrado de quienes ya estaban haciendo de la AIT un comprimido supercentralizado.

Ello era debido a la influencia de Pi y Margall, influido a su vez por Proudhon; a la influencia de Bakunin, que la tuvo directa sobre Barcelona; y muy principalmente a que el espíritu federal era una realidad hereditaria en la vieja España.

Brenan sabe mucho de esto y de otras cosas, pero reprocha a aquellos anarquistas de atenerse demasiado a las ventajas y no a los inconvenientes del federalismo margalliano, el cual dosificaban siempre que se trataba de no comprometer su libertad de acción. Es exacto, pero no vemos la razón del reproche. La explicación es quizá que el anarquista dejaría de serlo si llegase a caer en un federalismo encarnado en el poder gubernamental, que fue la gran ilusión truncada de Pi y Margall. El anarquista está convencido de que el poder político, aun con los mejores propósitos, no puede librarse del centralismo que le es consubstancial y que constituye la antítesis del federalismo.

Ya de cara a nuestros días hay una confusión de que pocos autores extranjeros y criollos escapan. Brenan reconoce que los dos polos del anarquismo español estuvieron situados, formando eje, en la industrial Cataluña y en la Andalucía campesina. Pero se empeña en que el ardor revolucionario ácrata del catalán procede de las inmigraciones de braceros agrícolas del Sur, lo que deja el problema en esto: que en el fondo estaría la miseria, el analfabetismo, la desesperación senequista o ascética, cuando no el rencor producto de una mentalidad primitiva.

El Sur español cuenta con su anarquismo típico, y los hechos históricos enseñan que Cataluña hacía anarquistas de inmigrantes económicos de otras regiones, andaluces o no, campesinos u obreros, desprovistos de la más elemental cultura social y de otra clase. Basta abrir la memoria de un congreso catalán sindicalista, fijarse en la nómina de los delegados, cotejar sus apellidos, para que se venga a tierra el mito del extranjerismo. Este infundio ha sido prefabricado por los políticos electorales del catalanismo. Estos, de larga fecha, sobre todo desde la autonomía de la Generalidad, solían decir del anarquismo autóctono algo así como lo que la zorra de las uvas que no podía alcanzar. Inventaron el tópico del "murcianismo" cuando no podían cabalgar en la C.N.T. Brenan, seguramente por otras razones, ha convertido el "murcianismo" en "andalucismo".

Pero vayamos a cuestiones más serias.

Vemos un fallo muy psicológico en el enfoque de Brenan cuando trata del encadenamiento de ciertos hechos, que son favoritos en los reparos antianarquistas. El terrorismo anarquista español de fin de siglo no es más que la versión española del terrorismo anarquista internacional contemporáneo. Pero en España, como en Francia, tiene unas secuencias, no por lo incruentas menos lógicas. El gesto de Paulino Pallás contra el general Martínez Campos es una réplica a las represiones militares contra las sublevaciones desesperadas de los campesinos andaluces. Ejecutado Pallás, su vengador es Santiago Salvador, autor de las bombas del Liceo. La ejecución de Salvador produce la carnicería de la calle de Cambios Nuevos. Y los martirios producidos en el castillo de Montjuich, que vengan a las víctimas de Cambios con un refinamiento digno de los secuaces de Torquemada, producen el asesinato de Cánovas del Castillo por Angiolillo, que quiso castigar al padrino del

gran inquisidor Narciso Portas. Se justifiquen o no estos hechos, la secuencia no puede desmentirse. En todo caso no hay terrorismo anarquista por el placer de matar, sino un encadenamiento de golpes de parte y parte. La cuerda se rompe siempre por el lado más débil y la historia la escribe siempre el que puede pronunciar la última palabra.

Hay una segunda etapa de terrorismo en la que tampoco hay que minimizar la iniciativa oficial. A primeros de siglo, cuando Cataluña empieza a insinuarse como una fuerza política contra el caciquismo nacional, desde los altos sitiales del gobierno se estipendia el terrorismo con la complicidad de los gobernadores civiles y las autoridades militares que, como es notorio, no necesitan estímulos de ninguna clase. Se trata de desbaratar el movimiento de regeneración política que tenía fatalmente en Cataluña balbuceos nacionalistas.

Escudero sempiterno de la integridad nacional, el ejército quería justificar sus fechorías contra el espantajo separatista, que es su dogma, después del de la Inmaculada Concepción. Lo que hay en verdad en todo esto es el espíritu de cuerpo del ejército, que ve un atentado a su razón de ser profesional en todo amago de desmembramiento de la nación, fundado o sin fundamento. Infundado era el separatismo de Solidaridad Catalana que abarcaba a los ultraintegristas requetés. Es ya agua que no mueve molino el origen gubernamental de la tormenta de bombas que azotó a Barcelona por largos períodos. Los terroristas eran unos desgraciados anónimos teleguiados por el gobernador civil, quien tenía a su disposición el fondo de reptiles del ministerio de la Gobernación.

Hay una tercera etapa terrorista: el terrorismo anticlerical. El movimiento anticlerical no se puede separar del clericalismo terrorista propiamente dicho. Antecede aquél de largas décadas a las ideas anarquistas, y se diluye un poco por todos los partidos liberales. La historia moderna española, desde la revolución francesa acá, la cubren réplicas violentas contra la Iglesia fanática, ultrarreaccionaria, antipopular y terrorista que ha tomado el partido de los ricos y de los mandones antes de que los adversarios de Carlos María Isidro atentasen a los privilegios territoriales eclesiásticos y monacales. Hubo degüello de frailes en Madrid antes de que en Barcelona unos amotinados sacrílegos quemasen iglesias y bailasen con monjas momificadas.

El anarquismo español es anticlerical por principio. Pero es sin duda el menos anticlerical sistemático. Los grandes panfletos anticlericales (algunos con ribetes francamente pornográficos) han sido publicaciones de liberales burgueses. Que este anticlericalismo burgués era activista lo prueban las represalias al provocativo Rosario de la Aurora en Valencia. Cristeros y republicanos blasquistas iban a trabucazos por las esquinas cuando casi no se hablaba de anarquismo en la ciudad del Guadalabiar. El prototipo de libelo anticlerical no era *La tramontana*, sino *El motín*, del venerable librepensador Nákens, por cierto un título que sugiere el garrote, y que encarnaba la larga trifulca entre las logias masónicas y los altares. Los anarquistas tuvieron siempre muchas cosas de que ocuparse. España es un país de incendiarios de iglesias que largan el mochuelo a los anarquistas.

Lerroux, un inductor calificado de los hechos sacrílegos de julio de 1909, se decía republicano, y era encomendero en Cataluña de la política centralista de los caciques castellanos o de tierra adentro. Estos intervinieron en el torbellino político de Cataluña expidiendo al demagogo aventurero autor de "Rebeldes, rebeldes" para confundir, desviar o amortiguar el renacimiento político y social de aquella región. Se pidió y se obtuvo la cabeza de Francisco Ferrer y salvó la suya fácilmente el "emperador del Paralelo".

Otra secuencia dudosamente establecida es la del terrorismo anarcosindicalista. El sindicalismo es también producto de una época de saturación sindical europea.

El señor Brenan nos da un perfecto análisis de las contradicciones económicas que produjeron violentas escaramuzas entre la industrial Barcelona y el Madrid burocrático. Pero es reacio en admitir iguales efectos en el plano social. Los hechos siguen una secuencia lógica que no se presta a negligencias inocentes. Los plutócratas catalanes van a sus negocios cuando pelean con Madrid. Los intereses de los trabajadores no entran en sus cálculos egoístas. Cambó y Maura llegan a un *modus vivendi* y Solidaridad Catalana se disuelve como un azucarillo en un vaso de agua. Pero ante Solidaridad Catalana se levanta en son de réplica Solidaridad Obrera; réplica a un gran chantaje político, económico y bancario. Después de la "semana trágica" barcelonesa, Solidaridad Obrera se convertirá en la Confederación Nacional del Trabajo.

Y entramos en la vorágine del cuarto período terrorista: el llamado pistolerismo. También es agua pasada la explicación fidedigna de esta génesis. La burguesía catalana se ha dado una *dolce vita* durante la guerra europea que fue mundial. De las fabulosas ganancias de los mercaderes de la muerte están excluidos los trabajadores. Para capitalizar sus operaciones de exportación de guerra, la burguesía catalana exporta hasta la despensa del pueblo. Las grandes huelgas de la época giran en torno a la crisis alimenticia y a la carestía de los artículos de primera necesidad. Si los trabajadores no se mueven ahora para obtener mejores jornales o alimentos asequibles a sus mezquinos salarios, ¿cuándo van a hacerlo? Sin embargo, se pretende que estas huelgas estén movidas por los espías y demás agentes alemanes cuando hay causas explicables que saltan a la vista. Las provocaciones alemanas, incuestionables, habría que reducirlas a sus exactas proporciones para que no fueran árboles que ocultasen el bosque.

También es cosa del otro jueves que el pistolerismo fue inaugurado por la banda del falso barón de Koenig a cuyas órdenes estaba Bravo Portillo, inspector de plantilla de la Jefatura de Policía, desenmascarado precisamente por el diario *Solidaridad Obrera*. Asesinando patronos y obreros se creaba una tensión de guerra social que servía los fines encomendados a estos aventureros.

Pero el *boom* económico-comercial de guerra dio lugar en Cataluña a una clase de nuevos ricos, corsarios enriquecidos venidos de la nada, que había de refrendar el aforismo de que no hay cuña como la de la propia madera. Se trata de una clase tan desalmada, pero más intransigente e ignorante que la clase capitalista tradicional. En apoyo de esta nueva clase confluyeron todas las viejas estructuras reaccionarias de la meseta, y el diablo de por medio, no hubo manera de que el sindicalismo llegara a entenderse con esta clase, ligada a la antigua clase, a todos los gobiernos, liberales o conservadores, a los gobernadores civiles que fueron poncios con ligeras excepciones y, por encima de todo, a las intromisiones de las autoridades militares. No hubo manera de entenderse con procedimientos pacíficos con quienes se apoyaban en la violencia sistemática que caracteriza a los cuerpos armados. Y, sin embargo, lo que había de desencadenar las hostilidades fue un conflicto pacífico, pero tremendo desde el punto de vista de su organización, la precisión y la intensidad: la huelga de "La Canadiense".

Este conflicto —lo reconoce el señor Brenan— fue agravado por la actitud de las autoridades militares que no quisieron saber de arreglos ni componendas ya intervenidos, y presionaron, invalidaron y encarcelaron arbitrariamente, haciendo de petroleros de la situación.

Se trata de dar la batalla, de aniquilar a un movimiento compacto, disciplinado, capaz de movilizar a la hora, al minuto preciso, a centenares de miles de trabajadores, con sólo levantar un dedo. Todos los demás pretextos son detalles insignificantes ante esta realidad que asombró primero, asustó después, y encolerizó seguidamente a los estamentos económicos, políticos y militares. La réplica fue la

Federación Patronal (sindicalismo de los patronos) frente a la C.N.T; el locaut contra la huelga; el "sindicato libre" facineroso contra el Sindicato Unico; la violencia organizada, oficiosa, impune, implacable, contra la violencia dispersa, desesperada, impuesta. En fin, el virreinato de tarados mentales investidos de gobernadores civiles con carta blanca para el exterminio.

Prenda de la tolerancia de los gobernantes, según parece, también afirma el señor Brenan que ninguna insurrección anarquista llegó seriamente a incomodar a aquéllos, cuando en cambio habían de ser implacables con los levantamientos de los *mansos* socialistas. Señala como ejemplo concluyente la que llama "revolución de Oviedo", de octubre de 1934. ¿Será necesario aclarar que el levantamiento fue de toda Asturias, y que si en Oviedo cortaban el bacalao los socialistas hacían la ley en Gijón los anarquistas? Pues bien, le parece al señor Brenan que el ejército se reservaba solamente para los primeros, y que en sus duelos con los segundos se hacía representar por la policía, como hacían los nobles espadachines enviando a sus domésticos a batirse con los villanos.

He aquí un breve muestrario que ofrecemos nosotros: en Barcelona, en 1909, se movilizó el ejército, quien llegó a aislar completamente a Cataluña de España (el corresponsal de *Blanco y Negro*, afirma que llegó a Barcelona por Francia); en 1932, la República movilizó a los soldados para reprimir la insurrección anarquista del Alto Llobregat; Aragón fue ocupado por el ejército cuando los hechos insurreccionales de diciembre de 1933; y en Andalucía, para desalojar un sindicato de la CNT (la Casa de Cornelio) el ejército destruyó aquella casa a cañonazos. Sin la alianza CNT-UGT posiblemente no hubiera habido revolución asturiana y, naturalmente, tampoco intervención del ejército. El movimiento revolucionario de agosto de 1917, que tan severamente aplastó el ejército, tuvo importancia por otro pacto CNT-UGT.

Para finalizar —damos de lado a detalles de poca monta— nos referiremos a una acusación muy grave. Es aquella por la que Brenan señala como particularidad del anarquismo el admitir en sus filas a malhechores profesionales.

Desde que Lombroso declaró al anarquista criminal nato se han venido repitiendo estas acusaciones con más o menos desenvoltura. La ética burguesa se ha ensañado siempre con el delincuente común a extremos de no admitir en su favor los atenuantes que la ciencia penalista ha tenido que reconocer. Brenan alude —*trop beau pour être vrai*— a "la falta de habilidad, típicamente española, para no distinguir entre aquellos que se han enriquecido dentro de la ley y aquellos que intentan lograrlo por medio del robo y de la violencia". Es decir, que el ser o no ser declarado ladrón o criminal, aun siéndolo, sería una cuestión de saber cubrir las apariencias con el disfraz de la legalidad.

Si la ciencia penal ha tenido que hacer muchas concesiones sustanciales en favor del delincuente común por tener que tratar de cerca los casos particulares, y asimismo han tenido que proceder el pedagogo y el psiquiatra dentro de sus respectivas esferas, los anarquistas, revueltos continuamente en cárceles y presidios con esos desgraciados que la ley y el convencionalismo hecho ley condenan a ciegas, no pueden partir de la alergia vulgar en que cae el convencionalista o el leguleyo. En los establecimientos carcelarios han descubierto a monstruos empedernidos procedentes de los bajos fondos de la sociedad y de las altas esferas sociales. Han descubierto también a diamantes en bruto, sentimentales, solidarios, incapaces de una acción infamante salvo la que les llevó a presidio. Y a seres de una complejidad infinita, debatiéndose en una confusión para ellos insuperable, entre la ignorancia, el vicio y la virtud, dotados a la par de dureza y de ternura de corazón y de una inteligencia natural relampagueante. El encargado de aplicar la ley según los rígidos cartabones del código penal distingue poco o nada entre

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

todos y cada uno de estos casos, pero el hombre de letras, el pensador, el crítico, el historiador no puede caer en el automatismo frío y ciego del procurador.

Las circunstancias de una vida de lucha, violenta casi siempre por necesidad de la violencia contraria, invitan a reparar poco en los límites de la violencia misma; en esto estaremos de acuerdo. Pero el mismo concepto de la delincuencia tiene un amplio margen de interpretación según el punto de vista del observador, la clase social a que pertenece, los prejuicios políticos, económicos o religiosos que acarree. Ser delincuente o persona respetada, o respetable, depende en nuestros días de un juego de azar a veces muy simple: ser vencido o vencedor. Los procedimientos de que se ha servido el acreedor al trofeo honorífico por exterminio del adversario importan hoy poco o nada al derecho internacional por el que se rigen los Estados políticos y también amplios círculos de personalidades de buen tono. No es necesario precisar ejemplos de criminales vulgares y abyectos asesinos, ornados con las taras morales más repelentes, que evitaron por segundos, o por centímetros, la roca Tarpeya para ascender al Capitolio. Y viceversa.

Observado el problema que nos ocupa con esta elevación, ¿qué representa un puñado de desgraciados emergiendo del pozo ciego en que yace por una situación turbulenta, no necesariamente anarquista? Quiere decir que estas situaciones igual puede provocarlas una conmoción social, un movimiento político, un conflicto militar o un terremoto. Pasado el período de inestabilidad las aguas (valga la figura) se posan y las llamadas impurezas vuelven a precipitarse al fondo.

Por lo que a la inmisión de elementos delincuentes del bajo fondo se refiere, la exageración malintencionada ha sido siempre difundida por la propaganda política y la publicidad policíaca en cantidades comerciales. Lo hizo la primera con un fin premeditado o inconscientemente. La verdad es que los pocos casos susceptibles de tenerse en cuenta fueron rápidamente asimilados y pasaron por las organizaciones de solera sin dejar huella apreciable. El anarquismo cuenta con defensas propias que pueden ser sorprendidas en cualquier momento, pero que a la larga resultan inexpugnables. En nuestra península la ética colectiva del movimiento anarquista formaba algo más que una circunstancia improvisada. Los anarquistas formaban allí como un vasto grupo étnico dentro de la comunidad nacional. Ese fue precisamente el secreto de su vitalidad como movimiento y el quid de su capacidad de resistencia ante las frecuentes y brutales represiones.

Y terminamos. En su libro *Los elementos de la civilización y del carácter de los españoles*, Rafael Altamira habla en los siguientes términos de la influencia gitana en el cuerpo del pueblo español: "...se ha llegado en nuestros días a sostener la tesis de que algunas de nuestras pasiones colectivas proceden directamente de los gitanos: y nada menos que por 'la sangre gitana' mezclada a la de los españoles puros. Ya sería fenómeno notable y excepcional que un puñado insignificante de hombres y mujeres que no constituyen, ni aun en Andalucía, un núcleo apreciable de población, hubiese comunicado a millones de españoles (...) un rasgo capital de sentimiento y de conducta".

Ya sería fenómeno notable y excepcional la pretendida influencia de delincuentes comunes, pocos y muy eventuales, en un movimiento tan vasto y hondo como el anarquismo español.

William Faulkner

25 de septiembre de 1897 — 6 de julio de 1962

Comentario de J. García Durán

Lo que más destaca en la obra de Faulkner, es un sentido moralista, con tono sentimental, aunque sin caer en el sentimentalismo; más aún, con frecuencia es cruel.

Su moralismo está basado en la tradición social y económica del Sur, que lo penetran hasta los huesos, y que forman la unidad de su obra. De tal forma, que cuando habla del corazón humano —tema predilecto— lo hace a través de esta sociedad que ve desaparecer con la muerte en el alma.

Esta actitud le ha valido una crítica en la televisión francesa y en *Match* (Nº 692), que estimamos exagerada.

En la televisión, Max-Pol Fouchet, a la vez que le calificaba como el "más grande escritor vivo", añadía que era un ingenio y un imbécil. La imbecilidad provenía, según el locutor, de sus ideas sobre el problema del negro y la pintura abstracta. Esta charla tuvo lugar unos días antes de la muerte de Faulkner.

Match, que se hace eco de este comentario, aunque considerándolo excesivo y producto de la pasión, habla de las contradicciones y del misterio Faulkner.

Tratando de resumir, cita la frase que Malraux escribió en el prefacio de *Santuario*, publicado en Francia en 1933: "Es la intrusión de la tragedia griega en la novela policíaca". La crítica de *Match* está firmada por Guillaume Hanoteau.

Es de notar que, independientemente de lo que en *Match* o la televisión pudo haberse dicho, Europa —sobre todo Francia— ha interpretado siempre a Faulkner mejor que Estados Unidos. A tal punto, que en la entrevista que insertamos después, le preguntaron: "Alguna gente dice que no puede entenderle aún después de leerle dos o tres veces. ¿Qué sugiere usted?" Y respondió: "Que lean cuatro veces".

Jean-Paul Sartre, al analizar la obra de Faulkner (en 1939), considera como trazo principal el absurdo de la vida humana.

En unos quince ensayos críticos que hemos leído, a raíz de su muerte, ninguno colocó a Faulkner en el plano de lo absurdo, que tanto caracterizó a Camus y otros escritores modernos.

Nosotros no consideramos que el estudio de lo absurdo sea un trazo principal en su obra. Muy por lo contrario, cuando leemos a Faulkner inmediatamente nos sentimos transportados por el personaje, cuya experiencia es la nuestra. Es el diario vivir, con las emociones, remordimientos y aterradoras tragedias que dejan el corazón en suspenso. No es el lado absurdo del vivir lo que cuenta en su obra —aunque su humorismo lo destaca—, sino lo trágico de una vivencia atormentada, o la muerte de una tradición sin recurso.

Su fuerte, y hasta diríamos su obsesión, es la descripción de un mundo que muere por sus propios pecados, y sin esperanza de redención.

Y con este mundo, que una época irreversible de revoluciones viene a enterrar, prefiere bajar a la tumba antes que buscar en el futuro la esperanza de una nueva verdad que, por sí misma, es la razón que viene a terminar con *su* verdad y *su* mundo.

Toda su obra se caracteriza por una gran brillantez de lenguaje, en el que las palabras adquieren su plenitud por su precisión, y toda su belleza por lo poético de la imagen.

FRAGMENTO DE UNA ENTREVISTA

Pregunta.—¿Hay alguna fórmula a seguir para ser un buen novelista?

Respuesta.—Noventa y nueve por ciento, talento...; noventa y nuevo por ciento, disciplina...; noventa y nueve por ciento, trabajo. Nunca se debe estar satisfecho con lo que se hace, porque nunca es tan bueno como lo que puede hacerse.

Hay que soñar siempre, y apuntar más alto de lo que se sabe poder alcanzar.

No preocuparse por ser mejor que sus contemporáneos o predecesores. Procurar ser mejor que uno mismo.

El artista es una criatura impulsada por los demonios. No se sabe por qué éstos lo han escogido y, con frecuencia, está demasiado ocupado para preguntarse por qué.

Es completamente amoral en cuanto a aquello que roba, toma prestado, pide o hurta a cualquiera para realizar su obra.

P.—¿Quiere usted decir que el escritor debería ser completamente insensible?

R.—La única responsabilidad del escritor está ante su corazón. Si es bueno, será absolutamente insensible. Su sueño lo atormenta tanto, que debe deshacerse de él; y hasta que lo consiga, no tendrá paz. Todo lo lanza por la borda: honor, amor propio, decencia, seguridad, felicidad; todo, con tal de escribir su libro.

Si un escritor tiene que robar a su madre, no vacilará; la *Oda en una urna griega* vale por cualquier cantidad de señoras vetustas.

P.—¿Podría la falta de seguridad, felicidad y honor, ser un factor de importancia en la creación del artista?

R.—No: son solamente importantes para su paz y contento. Al arte no le preocupa la paz y la satisfacción.

P.—Entonces, ¿cuál sería el mejor ambiente para un escritor?

R.—Al arte tampoco le concierne el medio ambiente; no le preocupa dónde está...

P.—¿Necesita el escritor libertad económica?

R.—No: no necesita libertad económica. Todo lo que necesita es lápiz y papel.

Yo nunca conocí nada bueno, en literatura, que provenga de la aceptación de un regalo en dinero. El buen escritor nunca solicita nada de una fundación. Está demasiado ocupado escribiendo. Si no está en primera fila, se engañará a sí mismo diciendo que no ha dispuesto de tiempo o de dinero. Arte bueno puede salir de ladrones, contrabandistas o cuatreros.

P.—Usted ha mencionado la experiencia, la observación y la imaginación como de importancia para el escritor. ¿Incluiría usted la inspiración?

R.—Yo no sé nada acerca de la inspiración, porque no sé qué es inspiración. He oído hablar de ella, pero nunca la he visto.

P.—Se dice que, como escritor, está usted obsesionado con la violencia.

R.—Eso es lo mismo que decir que el carpintero está obsesionado con el martillo. La violencia es, simplemente, una de las herramientas del carpintero. El escritor no puede construir más, con una herramienta, de lo que puede el carpintero.

P.—¿Lee usted a sus contemporáneos?

R.—No; los libros que yo leo son aquellos que he conocido y querido cuando joven, y a los cuales vuelvo, como se vuelve a los viejos amigos: *El Viejo Testamento*, Dickens, Conrad, Cervantes —*Don Quijote*—, el cual lo leo cada año, como algunos leen la Biblia. Flaubert, Balzac —que creó un mundo intacto de sí mismo, una corriente de sangre a través de veinte libros—, Dostoievski, Tolstoi, Shakespeare. He leído a Melville ocasionalmente, y de los poetas, Marlowe, Campion, Johnson, Herrick, Donne, Keats y Shelley. Todavía leo a Housman.

He leído estos libros con tanta frecuencia, que no siempre empiezo en la primera página y leo hasta el fin. Leo justamente una escena, o acerca de un carácter, de la misma forma que se ha encontrado y charlado con un amigo unos minutos.

P.—¿Y Freud?

R.—Cuando yo vivía en Nueva Orleáns, todo el mundo hablaba de Freud, pero nunca lo he leído. Ni tampoco lo leyó Shakespeare. También dudo de si lo leyó Melville, y estoy seguro de que Moly Dick tampoco.

P.—M. Cowley dice que es ardua para usted la creación de caracteres, entre los veinte y los cuarenta años, que sean simpáticos.

R.—La gente entre la edad de veinte y cuarenta años no es simpática. El niño tiene la capacidad de hacer, pero no sabe. Solamente sabe, cuando ha dejado de ser capaz: después de los cuarenta. Entre veinte y cuarenta, el deseo del niño se hace más fuerte, más peligroso; pero todavía no ha empezado a aprender cómo.

Cuando su capacidad de hacer ha sido forzada en canales de perversidad, con su medio ambiente y sus presiones, el hombre se hace fuerte antes que moral.

La angustia del mundo, es causada por gente entre los veinte y los cuarenta años.

La gente en torno de mi casa ha causado toda la tensión interracial: los Milams y los Bryants (en el asesinato de Emmet Till —un negro—) y las bandas de negros que, en revancha, raptaron una blanca y la violaron. Los Hitler, Napoleón, Lenin; toda esa gente son símbolos de la angustia y el sufrimiento humano. Todos ellos, entre los veinte y los cuarenta años.

P.—Usted hizo unas declaraciones a la prensa, cuando Emmet Till fue asesinado. ¿Tiene algo que añadir?

R.—No; únicamente repetir lo que dije entonces: que si nosotros, americanos, hemos de sobrevivir, será porque escojamos, elijamos y defendamos, antes que nada, el ser americanos; presentando al mundo un frente homogéneo e irrompible, sea de americanos blancos, o negros, o púrpura, o azul, o verde.

Puede que el propósito del lamentable y trágico error cometido en mi nativo Misisipí por dos adultos blancos, en un sufrido niño negro, sea para probarnos si merecemos sobrevivir o no. Porque si nosotros, en América, hemos alcanzado ese punto en nuestra desesperada cultura, cuando tenemos que asesinar niños, no importa por qué razón o color, no merecemos sobrevivir y, probablemente, no sobreviviremos.

PREMIO NOBEL

(Discurso pronunciado en Estocolmo el 10 de diciembre de 1950)

Tengo la impresión de que este premio no me ha sido concedido a mí, en tanto que hombre, sino a mi trabajo. Una vida de trabajar con el sudor y la agonía del espíritu humano; no por la gloria y mucho menos por el provecho, sino para crear con los materiales del espíritu algo que no existía. Así, este premio es mío sólo como depositario.

En cuanto al dinero, no será difícil encontrar a qué dedicarlo relacionándolo con el propósito y significación de su origen. Pero, también quisiera hacer lo mismo con los honores, utilizando este momento como pináculo desde el cual pueda ser oído por los jóvenes, hombres y mujeres, dedicados a la misma angustia y trabajo, entre los cuales ya está el que algún día se hallará aquí, donde yo estoy ahora.

Nuestra tragedia, hoy, es un temor físico, general y universal, sostenido por tan largo tiempo, que incluso podemos soportarlo.

Ya no hay problemas del espíritu. Hay sólo la pregunta: ¿Cuándo seré volado en pedazos? En razón de esto, el joven que escribe hoy ha olvidado los problemas del corazón humano en conflicto consigo mismo que, por sí solo, puede producir buena literatura, porque sólo eso tiene valor para ser descrito, y es merecedor de la agonía y del sudor.

El joven escritor debe aprender esto de nuevo. Debe aprender, por sí mismo, que la bajeza más grande es tener miedo; y al aprenderlo, debe olvidarlo para siempre, sin dejar lugar para otra que las viejas verdades, las verdades del corazón, a falta de las cuales toda historia es efímera y condenada —amor, honor, piedad, orgullo, compasión, sacrificio—. Mientras no haga esto, trabajará bajo una maldición. No escribirá sobre el amor, sino sobre la lujuria; sobre las derrotas en las que nadie pierde nada de valor; sobre las victorias sin esperanza y, lo peor de todo, sin piedad o compasión. Sus pesares no afligirán a nadie, ni dejarán huellas. No escribirá sobre el corazón, sino sobre las glándulas.

Hasta que aprenda estas cosas, escribirá como si se sintiera solo y contemplará el fin del hombre.

Yo declino el aceptar el fin del hombre. Es bastante fácil decir que el hombre es inmortal, simplemente porque resiste; porque cuando el último *ding-dong* de la sentencia haya sonado y se haya desvanecido desde la última insignificante roca, colgando inmóvil en el rojo mortecino del atardacer, aún entonces habrá, todavía, un sonido más: aquel de su débil voz inagotada, hablando aún.

Rehuso aceptar esto. Creo que el hombre no aguantará; simplemente, prevalecerá.

Es inmortal, no porque sólo él, entre las criaturas, tiene una voz inagotable, sino porque tiene un alma, un espíritu capaz de compasión, sacrificio y sufrimiento.

El deber de los poetas y los escritores es escribir acerca de estas cosas. Es privilegio suyo ayudar a sostener al hombre, exaltando su corazón, recordándole el valor, el honor, la esperanza, el orgullo, la compasión, la piedad y el sacrificio que han sido la gloria de su pasado. La voz del poeta no necesita ser únicamente el testimonio del hombre; puede ser uno de los sostenes y pilares que le ayuden a aguantar y prevalecer.

La lengua, sangre del espíritu

Por R. Piñeiro

Para que una colectividad humana tenga la categoría de pueblo, para que tenga una unidad íntima y trascendente, ha de tener un alma propia. Y un pueblo tiene alma propia cuando posee *idioma*, cuando habla una lengua propia, que tal es el significado de la palabra idioma.

La lengua viene a ser el alma viva del pueblo que la habla, viene a ser su comunidad esencial. Entre todos los factores de la naturaleza comunal que gobierna la vida social, la lengua es el más espontáneo, el más íntimo y también el más común y duradero.

El más espontáneo, porque expresa el curso inmediato de la vida anímica, tanto individual como colectiva, que en la palabra se hace luz.

El más común, porque la necesidad íntima de comunicación abraza la totalidad de la comunidad social. La convivencia se basa en la comunicación, en el intercambio de ideas y sentimientos que es la misma función esencial del idioma.

El más duradero, porque goza de una estabilidad dinámica, viva, superior a la de los demás factores de cohesión social.

Cuando un pueblo crea una lengua propia, le da expresión, le da vida fecunda a la comunidad de ideas y sentimientos. Una lengua propia manifiesta una espiritualidad propia, una comunidad vivencial peculiar.

La forma de convivencia típica de los pueblos es la convivencia fraternal, la participación en común —la comunión— en algo también común. Hay una forma primaria de fraternidad, que es la fraternidad étnica, basada en la comunidad de sangre. Pero hay también una fraternidad superior, una hermandad espiritual, basada en la comunidad de lengua. La lengua viene a ser, por lo tanto, algo así como sangre del espíritu, sangre espiritual que vivifica e imprime identidad familiar a todos los que la hablan.

Como si se tratara de una impalpable cadena anímica, la lengua ciñe en hermandad espiritual única a cuantos la hablaron en el pasado, la hablan en el presente y la hablarán en el futuro.

En cada momento del tiempo, la lengua conserva y muestra, convertidas en palabras —que vienen a ser como vivos estuches sonoros— todas las experiencias espirituales de los que las fueron creando en el pasado; recoge y asimila todas las que le incorporan los que la hablan en la actualidad; y le entrega este caudal expresivo, este inmenso tesoro espiritual, enriquecido sin descanso por sucesivas generaciones, a cada uno de los que comienzan a aprenderla cada día.

He aquí un tesoro, un bien, que siendo obra de todos, presentes y pasados, se le da entero a cada nuevo ser que llega a la comunidad. Es una herencia espiritual que les pertenece por igual a todos los que nacen en el mismo terruño idiomático. Con él, cada uno recibe el legado colectivo de cuantos pertenecen al mismo pueblo. Y aun se puede decir que es la única herencia que verdaderamente recibe de la totalidad histórica de su pueblo. En ella están latiendo, cobijados en el sámago de cada palabra, las ansias, las emociones, las esperanzas, las tristezas, los pensamientos, las dudas... la entera vida espiritual de cuantos le precedieron. Por la posesión del idioma, entra el hombre en comunicación íntima y trascendente con todos los contemporáneos, con todos los antepasados y con todos los sucesores que, a lo

largo del tiempo, formaron, forman y formarán la unidad histórica que él llama "mi pueblo". Por el idioma entra en comunicación —y en comunión— con esa totalidad humana que constituye una hermandad espiritual, que constituye un pueblo. Por eso todo hombre nacido de buena casta, siempre sentirá amor y sagrado respeto por su idioma.

Además de ser el nudo esencial entre el hombre y su comunidad, el idioma también juega un papel decisivo en la formación de la personalidad espiritual del hombre mismo, pues sin la luz que las palabras infunden en el espíritu, estaría eternamente condenado a vivir a tientas en la oscuridad intraindividual. Esa riquísima profusión de experiencias humanas a las que la lengua les da transparencia objetiva, viene a ser como un espejo ideal en el que el hombre va, poco a poco, identificándose a sí mismo. Y es que el hombre pasa del reino de lo natural al reino de lo espiritual, por medio del habla. Nace en el mundo biológico y muy pronto, tal como va aprendiendo a hablar, comienza a ascender al mundo del espíritu. Las nuevas palabras que va aprendiendo vienen a ser como alas invisibles que surgen dentro de su ser, y que lo elevan al reino del conocimiento, de la luz, de la libertad: el reino del hombre, el mundo específicamente humano. Y sí en el mundo biológico necesita de la nutrición orgánica para su subsistencia y desarrollo, también para su desarrollo espiritual necesita alimentación, que la encuentra en el idioma, porque el espíritu sólo se alimenta de substancia espiritual. Así, para el espíritu del hombre son pedazos de pan las palabras de su idioma; es éste el camino estrellado que lo lleva desde la oscuridad biológica inicial, hasta el mundo lúcido del pensamiento y de la libertad.

Un idioma es siempre una creación colectiva, la mayor creación de todo pueblo; creación incesante, cotidianamente innovada, en la que se va plasmando el mundo espiritual de la comunidad que le da aliento. El espíritu colectivo del pueblo se hace forma viva en el idioma, que es de todos, que es patrimonio comunal, y que, por eso, anida en el interior de cada uno, de donde van saliendo y saliendo palabras que, revoloteando perennemente de boca en boca, llevan y traen la intimidad de cada hombre cerca de los demás, así como si las palabras fuesen monedas maravillosas acuñadas con la fiebre alucinante de todos los labios de la comunidad idiomática. Formando, finalmente, la expresión objetiva de esa constante intercomunicación en que descansa la vida de los pueblos.

Cada pueblo crea y habla su idioma propio. Si los idiomas son entre sí distintos, es porque también cada pueblo tiene un mundo espiritual propio, y ese mundo espiritual crea su lenguaje expresivo, o sea, su idioma. Este idioma hecho con substancia espiritual de la comunidad que lo habla, le transfunde tal substancia a cada nuevo ser humano que lo aprende. Así, cada uno se nutre, desde el comienzo, de la substancia espiritual de su pueblo, a través de una auténtica, de una verdadera comunión. Los que son hermanos en lengua, son también hermanos en espíritu. Por eso resultaría siempre que toda persecución a un idioma, venga de donde viniere, será un crimen espiritual del que han de renegar todas las almas nobles.

Nuestro pueblo, el pueblo gallego, supo crear su propio idioma. Si a nosotros se nos distingue como unidad peculiar entre la familia europea, es gracias al idioma. No es por nuestra soberanía política, ni por la realización de grandes hechos históricos colectivos, ni por la posesión y utilización de grandes riquezas económicas que repercuten en el mercado internacional. Lo que verdaderamente nos singulariza, lo que nos da personalidad definida y caracterizada ante los ajenos, es el idioma, o sea, el espíritu; ese espíritu genuinamente nuestro, que se refleja fidelísimamente en la lengua gallega. Podrían, en una gran tempestad histórica, quemar todos los documentos de nuestro pasado sin dejar uno; podrían apropiársenos de

los bienes económicos y condenarnos a una mayor pobreza; podrían dislocar toda nuestra estructura social de manera violenta; podrían, si se quiere, encarcelar millares o decenas de millares de hermanos nuestros... Con todo, mientras que en nuestros labios resonasen las palabras del idioma gallego con toda su cadencia íntima, Galicia continuaría siendo un pueblo, una hermandad espiritual indestructible.

El idioma gallego es la herencia que recibimos de nuestros antepasados, y que nos fue transmitido de generación en generación a lo largo de los siglos. Guardando en sí la más alta creación, el mayor título de gloria de la comunidad galaica de todos los tiempos. Porque está por encima de las divergencias ideológicas y de las luchas de intereses; quien persiga nuestro idioma perseguirá el alma misma de Galicia, su honor, su personalidad esencial. Aquel que sea enemigo de nuestro idioma es, ciertamente, un enemigo nuestro. Enemigo satánico, puesto que es enemigo de nuestra alma.

El idioma gallego forma parte de una gran familia; es hermano del francés, del castellano, del italiano, del catalán, y de todas las demás lenguas románicas. La fuerza espiritual del pueblo gallego supo crear, de manera semejante al pueblo francés, o al italiano, o al catalán, su propia lengua, su idioma, expresión de la personalidad propia. Nuestros mayores tuvieron aliento y grandeza de espíritu para ponerse a la par de los demás pueblos europeos. La lengua gallega, lo mismo que las demás lenguas hermanas, tiene en sí misma grandes posibilidades de plasmación cultural. De la misma forma que el francés sirvió para germinar una gran cultura de valor universal, o el italiano, o el castellano, el gallego puede servir de base a una cultura de valor universal semejante. De aquella que nuestros antepasados tuvieron la voluntad de conquistar, brotó en este suelo occidental la lírica galaico-portuguesa, una de las grandes creaciones de la cultura europea. He aquí la gran ambición colectiva que debe unirnos por encima de las luchas de ideas o de intereses, pues ninguna otra puede ennoblecernos tanto. Procurar que así sea, es el deber fundamental que todo gallego tiene con su comunidad. Renunciar a ello, total o parcialmente, denota debilidad moral, impotencia de espíritu, caducidad...

Compostela (Galicia).

(Traducción del gallego por J. G. D.)

Resón de "La Araucana"

Varios episodios de la epopeya de Arauco, cantados hace cuatro siglos por D. Alonso de Ercilla, y expuestos hoy en forma radiofónica

por

J. García Pradas

EFECTOS

Una antigua melodía chilena, dulce y pacífica, súbitamente interrumpida por una alarma de guerra.

LOCUTOR

LA ARAUCANA.

EFECTOS

Un gran golpe de címbalos.

LECTOR

"Dirigida al Rey Don Felipe nuestro Señor. Su autor, Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, Caballero del Orden de Santiago, Gentilhombre de la Cámara de la Magestad del Emperador."

EFECTOS

Suenan las hojas de un libro, pasadas lentamente.

LECTOR

"Elogio del Licenciado Cristóval Mosquera de Figueroa, Auditor General de la Armada y Exército del Rey nuestro Señor, y Corregidor de la Ciudad de Écija, a Don Alonso de Ercilla y Zúñiga."

(Comentando.) ¡Qué ampuloso suena el viejo orgullo español en cada frase del licenciado!

(Leyendo.) "Con armas doradas, y con la roxa señal del glorioso Patrón de España, veréis este generoso retrato de Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, que con la barba crespa, y cabello levantado, y constantes ojos, da muestra de caballero de animosa determinación, y ageno de todo temor..."

(Explicando.) No dijo Mosquera de Figueroa en la edición de 1599, que fue la príncipe, dónde nació don Alonso; y en duda está todavía, pues se disputan la honra de tenerle por nativo y haberle puesto la sal en la punta de la lengua, Madrid y Valladolid. Pero en esta otra edición de la epopeya *(abriendo un libro y pasando algunas hojas)*. dada a luz en 1776, nos dice el prólogo *(leyendo)*: "Nació Don Alonso de Ercilla y Zúñiga en Madrid, a 7 de agosto de 1533, pero traía su origen de Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, de donde era natural su padre, Fortún García de Ercilla..."

(Comentando.) Y el poeta mismo dijo, orgulloso de su linaje, que en Bermeo se alzaban

"los anchos muros del solar de Ercilla,
solar antes fundado que la villa."

Pero vengamos a su vida siguiendo este prólogo *(leyendo otra vez)*: "...nuestro Don Alonso, que desde sus tiernos años se crió en Palacio en calidad de page del Príncipe Don Felipe, hijo del Emperador Carlos V, y a la sombra de su madre Doña Leonor..., Guardadamas de la Emperatriz..., era de ingenio vivo, y naturalmente culto, de atinado juicio y... espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las Bellas Letras y perfeccionó con las varias peregrinaciones" en que siguió al Príncipe "por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Morabia, Silesia, Austria, Ungría, Stiria y Carintia..."

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS BIBLIOTECA

(Comentando.) Todo fue en la primicia de su edad, pues precedió a su viaje a América. En Londres estaba con don Felipe, en 1554, siendo un doncel de veintiún años, cuando el príncipe español fue a desposarse con la heredera del trono inglés; y, encontrándose en la Corte de San Jaime, ocurrió lo que mucho después evocaría, al dedicar su obra al príncipe hecho rey *(extinguiéndose la voz)*, el mismo Alonso de Ercilla y Zúñiga...

ERCILLA

(Acercándose, con tono grave y sereno.) "Sacra, Católica, Real Magestad: Siendo page de V. M. en Inglaterra..., viéndome huérfano y tan mozo", como llegara "la nueva de la rebelión de Francisco Hernández en el Perú..., me dispuse a tan largo camino, y así pasé en aquel reino, donde me hallé en... lo que el Visorrey... hizo para el allanamiento de la tierra. Y... sabiendo que los naturales de Chile estaban alterados contra la Corona Real, determiné de pasar en aquellas provincias...", donde hice "lo que mis flacas fuerzas pudieron"; y "parescién-dome que aún no cumplía con lo que deseaba..., escribí este libro..., el cual, por que fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero algunos tan pequeños que apenas cabían seis por falta de papel, y en pedazos de cartas, versos..." *(Cambiando de tono, como si el poeta, volviéndose a derecha e izquierda, se dirigiera a sus lectores.)* "Y si a alguno le paresciere que me encuentro algo inclinado a la parte de los araucanos...", mirando a "su crianza, costumbres, modos de guerra y exercicio della, veremos que muchos no les hicieron ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y, cierto, es cosa de admiración que no poseyendo los araucanos más de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte..., con puro valor y porfiada determinación hayan redimido... su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así propia como de españoles, que con verdad se puede decir haber bien pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos."

(Breve pausa, y luego, con solemne voz.) "Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor de estas gentes, dignas de mayor loor que el que yo les podré dar con mis versos..."

EFECTOS

Transición de doble "fading" a son de escudos y tumultuosa asamblea, de la que surge, creciente, el rumor de "¡Colocolo!, ¡Colocolo!", hasta imponerse al gentío. Hecho el silencio, se alza la voz del "cacique más anciano":

COLOCOLO

¿Qué furor es el vuestro, araucanos,
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos
volveréis contra vosotros el cuchillo?
¡Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto;
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto!

ELENCO

(Murmullos de aprobación.)

COLOCOLO

En la virtud de vuestro brazo espero
que este mal pueda en breve remediarse;
mas ha de haber un capitán primero,
que todos por él quieran gobernarse:
¡sea aquel que más tiempo un gran madero
lleve al hombro, ante todos, sin pararse!

EFECTOS

Se extingue la voz de Colocolo entre súbitas aclamaciones de "¡Tucapel!, ¡Elicura!, ¡Lincoya!, ¡Rengo!", que llegan a hacerse un clamor general y confuso, el cual se aleja y luego vuelve para alternar con la siguiente descripción:

ERCILLA

Ya la rosada aurora comenzaba
las nubes a bordar de mil labores,
y a los campos marchitos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle con luz nueva,
cuando Caupolicán vino a la prueba.

EFECTOS

Clamor.

ERCILLA

Con desdeños muestra confiada,
mano echando al troncón recio y ñudoso,
como si fuera vara delicada
se le puso en el hombro poderoso:
la gente enmudeció, maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso...

ELENCO

(Sólo un ¡oh! de admiración, casi ahogado en el silencio.)

ERCILLA

Salió la clara Luna a ver la fiesta,
del tenebroso albergue húmedo y frío...
Caupolicán no afloja de su apuesta,
antes marcha con más fuerza y más brío.

EFECTOS

Clamor.

ERCILLA

Sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del Sol, y el esforzado
varón, el grave peso sosteniendo,
acá y allá se mueve, no cansado...

EFECTOS

Clamor.

ERCILLA

La Luna, que, saliendo perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba,
llegada al medio curso, y ya curiosa,
se paró, a ver la prueba en qué acababa.

ELENCO

(Como antes, un ¡oh! de asombro en el silencio.)

ERCILLA

Salido era ya el Sol cuando el enorme
troncón de las espaldas despedía;
y al lanzarlo, con un salto disforme
mostró Caupolicán que más podía.
El pueblo le aclamó, en grito conforme:

ELENCO

(Sobre el clamor del gentío.)
¡Tú! ¡Tú! ¡Caupolicán es nuestro guía!

EFECTOS

Crece el clamor general, y de él surge una trompeta, cuya llamada se extingue en la lejanía.

DON GARCÍA

¿Qué os parece, Valdivia, de la nueva
que el espía nos trae? La fuerza es ley
para esta gente bárbara, que eleva,
no al más prudente, ni al más noble, a rey,
sino al más vigoroso en esa prueba...

VALDIVIA

Colocolo ha propuesto astutamente,
por lograr la elección más de su agrado,
la prueba, al parecer impertinente,
en que Caupolicán se ha señalado;
y, en virtud de ese ardid, el más prudente
va el premio por el más fuerte ganado.

DON GARCÍA

¿Sospecháis que la prueba fue añagaza?

VALDIVIA

Si enamorados de la fuerza están
los caciques más bravos de esta raza,
en ese campeón, Caupolicán,
la prudencia de fuerza se disfraza;
y así, bajo su mando, a Penco van...

DON GARCÍA

¿Cómo tiene esa gente la osadía
de marchar contra pueblo tan vecino?

VALDIVIA

Aun a la misma Concepción vendría,
de no cerrar mis lanzas su camino.
¡A caballo! ¡Y en marcha, compañía,
que en los valles de Arauco hay oro fino!

EFECTOS

Relincha un caballo, suenan los cascos del tropel en la arrancada, y luego, a son de atabal, se aleja la infantería.

ERCILLA

La codicia buscó a los apartados
amantes de la paz en sus regiones;
por ella fueron luego trabajados
con dura imposición y vejaciones;
pero, rotas las cinchas, de apretados,
alzaron por doquier sus rebeliones.
La codicia produjo tanta guerra
cuanta en nombres grandiosos fue librada,
y ella, al entrar en la araucana tierra,
va guiando a Valdivia en su jornada,
de modo que, al seguirla ciego, yerra,
y al ir a Tucapel va a una emboscada.

EFECTOS

Se acerca un tropel de caballería, que se detiene al gritar Valdivia: "¡Alto la tropa!"

DON GARCÍA

Dad licencia, don Pedro, a este indio amigo
que al casco del corcel se me ha postrado.

VALDIVIA

Que hable. —¡Di!

INDIO

Capitán, yo soy testigo
de que está Tucapel todo tomado
por más de veinte mil del enemigo...
¡Guay si pasas del término vedado!

VALDIVIA

Si espera en Tucapel Caupolicán,
¡Valdivia le agradece la osadía!

EFECTOS

Parte al galope un caballo, seguido por todo el escuadrón.

ERCILLA

Revolviendo la rienda el capitán,
al frente de los suyos rompió vía,
y, al partir al galope su alazán,
le siguió la esforzada compañía.

EFECTOS

Trompetas a lo lejos, y, más cerca, tumulto de combate, que se extingue bajo las siguientes líneas.

ERCILLA

Como el caimán hambriento cuando siente
el escuadrón de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando,
que abre la boca y, al batir el diente,
cuanto en ella se entró va triturando,
los cuadros del indiaje vanse abriendo,
por ardid, a escuadrón tras escuadrón
de jinetes contrarios; en habiendo
los corceles llegado al corazón,
sin salida en los cuadros se van viendo,
y al poco no hay jinete sobre arzón.
Pero un nuevo escuadrón Valdivia lanza,
y otro, y otro, al socorro del prendido;
falla el ardid; cada jinete avanza
deshaciendo algún cuadro confundido,
y a dar pronto remate a la matanza
suelta el resto Valdivia, decidido.
Cerrada la pelea, van venciendo
las tropas españolas, y es ya claro
su triunfo, cuando un indio que sirviendo
viene a Valdivia, el juvenil Lautaro,
con una lanza se hace, decidiendo
dar a su gente con su ejemplo amparo.

EFECTOS

Fragor y gritos de pelea, muy cerca ahora, que se mantienen bajo los versos siguientes.

LAUTARO

Yo sabré ganar hoy lo ayer perdido,
si esta lanza no pierde su virtud...
Prisionero de guerra, esclavo he sido,
pero no es para mí la esclavitud.
¡Vedme aquí, araucanos, sacudido
ya el yugo que rendía mi testuz!

EFECTOS

Se eleva el tumulto de combate, que luego se extingue bajo la descripción.

ERCILLA

Rota la lanza al primer bote, aferra
del suelo una pesada y férrea maza,
con que mata, destronca y echa a tierra,
sitio haciéndose, igual que toro en plaza.
Los suyos, de la huida revolviendo,
contra los españoles arremeten;
las ya vencidas armas esgrimiendo,
antes morir que desertar prometen;
treme y gime la tierra, del horrendo
furor con que ambas partes se acometen;
y al fin, batido de Valdivia el bando,
del que él tan solo queda sin herida,
y aún vivo, por el valle galopando
va, perseguido, el capitán de huida;
pero, a un paso fangoso así llegando,
préndenlo, sin privarle de la vida,
y, acallado el clamor de "¡muera, muera!",
presentado es al jefe, que le espera.

EFECTOS

El clamor recién citado, que se acalla para dar paso a lo siguiente.

LAUTARO

Este fue mi señor, Caupolicán,
y aquí Lautaro te lo trae cautivo.
¡Ved qué humilde se muestra el capitán
Valdivia, hasta hace poco tan altivo!

CAUPOLICÁN

¡Soltadle! No haya aquí ningún desmán
que me quite el placer de verle vivo...
¿Eres tú el capitán de la invasora
hueste vencida en Tucapel?

VALDIVIA

Lo fui;
mal puedo serlo, exterminada ahora.

CAUPOLICÁN

¿Qué codicia os tentó a llegar aquí
con torcida intención conquistadora?
¿Qué demencia a tu pueblo ha poseído;
qué loco, al gobernarle, le enloquece;
cómo es que, cuanto más envilecido,
tanto más de lo vil se enorgullece,
y en nombre de qué dios ha cometido
los crímenes que aquí el auca aborrece?
¡Responde!

VALDIVIA

¡Oh noble rey araucano...!

CAUPOLICÁN

¡Contesta!

VALDIVIA

¿Qué podría contestar?
Mi vida está, señor, en vuestra mano,
y así, cuanto yo diga ha de sonar
a mentira o lisonja. Mas, si, humano,
tenéis a bien mis yerros perdonar,
el prestigio que tengo entre mi gente
de Chile y del Perú tornaré en pro
de más honradas causas. Un valiente
no adula a quien en liza le venció;
pero aquel que de un crimen se arrepiente,
probar quiere su enmienda, como yo.

CAUPOLICÁN

¿Qué valen tus palabras?

VALDIVIA

¿Qué mi vida
Lo que ha valido, y aún valer podrá,
si vos lo permitís, es la aguerrida
tizona de Valdivia. Vedla allá,
de Lautaro en la diestra. Aquí vencida,
si a mí vuelve, en pro vuestro vencerá.

CAUPOLICÁN

¿No crees que nos bastamos en la guerra...?

VALDIVIA

Véolo, y aun me huelgo de tal ver.
Pero si ancha, señor, hallé la tierra
para batirme por lo injusto ayer,
¿quién su anchura ante mí reduce o cierra
si me bato por más justo deber?
No os ofrezco conquistas, pero os doy
la promesa de hacer aquí la paz,
y os juro que la espada que hasta hoy
se empleó en extender la autoridad
de mi rey, a emplear mañana voy
en pro de la oprimida libertad.
De vos, Caupolicán, depende el sino
de Valdivia, que ya no se extravía...

CAUPOLICÁN

No, pues llegaste al fin del mal camino...

VALDIVIA

Por el bueno marchar desearía,
pero el paso le cierra al peregrino
quien antes le mostró del bien la vía...

(Breve pausa: Caupolicán juzga la oferta de Valdivia.)

LAUTARO

¡Oh, señor, no os fiéis de él, que sé de cierto
que os miente!

CAUPOLICÁN

Calma, mozo... —Bello fuera
perdonarte, español, y hacer concierto
de paz con mi nación la tuya entera.
¿Pero es posible?

VALDIVIA

Si hay camino abierto
para mí, lo será.

CAUPOLICÁN

(Con terrible voz.) ¡Leocato!

LEOCATO

¡Muera!

EFECTOS

Tremendo golpe apagado. Valdivia se tambalea y cae sin un gemido. En el silencio, el resuello de Leocato.

CAUPOLICÁN

¿Qué has hecho?

LEOCATO

Préndeme.

LAUTARO

¡Valdivia ha muerto!

EFECTOS

Una clarinada parece difundir la nueva, más y más lejos. Transición a antigua, pero alegre, música chilena, con voces de "¡Huiche!, ¡Huifa!", para denotar que hay fiesta en el campamento indio. Extinción bajo lo siguiente.

ERCILLA

Y, mediada la fiesta en que a Lautaro
nombró Caupolicán lugarteniente,
se abría en Tucapel el día claro
cuando nueva llegó de que más gente
por tierras de Elicura iba en reparo
de las fuerzas vencidas; y el valiente
capitán, a su encuentro despachado,
tras vencerla, llegó hasta Penco, osado.
Movió Caupolicán fuerzas también,
haciéndonos dejar la Concepción,
saqueda muy pronto a tutiplén;
oyó del enemigo cerca el son
la Imperial, en el valle de Cautén,
y en todas partes hubo confusión.
Chile entero diríase perdido,
mas llegó del Perú fuerza de amparo,
y el viejo Villagrán, que antes vencido
fue en reñida batalla por Lautaro,
sorprendióle en un fuerte construido
no lejos de Santiago, y allí caro
le hizo pagar su triunfo, pues fue muerto.

EFECTOS

Un son de quena, tristísimo, que acaba por perderse en el de un bravo oleaje, el cual se extingue con gran resón.

ERCILLA

La guerra prosiguió con suerte varia,
mostrando en ella más y más acierto
nuestra gente, que, al cabo, en la contraria
consiguió producir el desconcierto.
Y una noche de copla y luminaria,
cuando estábamos todos acampados
en el llano tendido a la marina,
de pronto oí gritar por todos lados:

ELENCO

¡Al arma! —¡Enfrena! —¡Monta! —¡Aína,
[aína!

ERCILLA

Luego de acá y de allá los derramados,
siguiendo la ordenanza y disciplina,
corren a sus banderas y pendones,
formando las hileras y escuadrones.
Las huestes enemigas, que su tierra
iban corriendo por el luengo llano,
al remate del cual se alza una sierra
cerca del alto monte Andalicano,
vieron de allí calar gente de guerra,
y urdieron darle un buen golpe de mano.

ELENCO

¡Arauco! —Viva Arauco! —¡Lucha! —Ten-
[te!

GALVARINO

¡Ya veremos quién es aquí el valiente!

ERCILLA

Trabada la pelea, que fue dura
y en tierra pantanosa decidida,
ganámosla, con cieno a la cintura.
Forzados los contrarios a la huida,
vi traer a mi tienda la figura
más airada, altanera y atrevida
que en toda la campaña contemplé.
Don García era el jefe, y él le habló.
Yo, testigo, del caso aquí doy fe.

DON GARCÍA

¿Quién eres, tan altivo?

GALVARINO

¡Yo soy yo!

DON GARCÍA

¡Tu nombre! *(Pausa.)* ¿No contestas? Yo te haré contestar. —¿Se ha rendido?

GALVARINO

¡Nunca!

DON GARCÍA

¿No?
¡Sacadle de la tienda!

CABALLERO

Don García...
(Aparte.) Llamábale su gente Galvarino
cuando a huir le invitaba quien huía
y él, arma en mano, contra mí se vino.

DON GARCÍA

Salgamos a probarle la osadía.

CABALLERO

No olvidéis que, saltando, es un felino.

DON GARCÍA

Pues va a perder las uñas, por si araña...

EFECTOS

Los pasos del grupo al salir de la tienda.

DON GARCÍA

Oyeme, araucano. La traición
de alzarse en rebeldía contra España,
se paga con la vida.

GALVARINO

La invasión
de mi tierra, ¡con cachos de la entraña!

DON GARCÍA

¡Bah!... No obstante tu artera rebelión,
yo, que admiro tu orgullo, y aun tu saña,
te concedo la vida.

GALVARINO

¡En combatiros,
mientras aliente, emplearé mis manos!

DON GARCÍA

No las dos, que la diestra he de pediros.
Desatadle los codos; sed humanos...

GALVARINO

¿Qué es ello? ¿Suponéis que he de serviros?

DON GARCÍA

De ejemplo a los demás araucanos
servirás cuando entre ellos, cercenada,
muestres esa muñeca cada día.
¡Poned sobre esta rama destroncada
la diestra que se armó de rebeldía!

GALVARINO

¡Tómala, perro, y da tu dentellada!

DON GARCÍA

(Frígido.) Cercénala, soldado, a sangre fría.

EFECTOS

El golpe del hacha que corta la mano y se clava en la madera. La voz de Ercilla, que exclama "¡Cielos!", entre algunos pasos precipitados. Y el rugido del indio, que logra decir:

GALVARINO

¡A ella, perro, que no teme mi diestra,
ni aún cortada, la rabia de tu diente!
¿Qué miras? ¿Qué esperáis? ¡No hallaréis
[muestra
de dolor en mi labio ni en mi frente!
Tras la diestra, aquí tienes la siniestra.
¡Córtala con tu espada de valiente!

ERCILLA

(Rogando.) Don García...

DON GARCÍA

¡Cortádsela también!

EFECTOS

El hachazo, como antes, y un momento de silencioso estupor, en que el indio rugiente se recobra.

GALVARINO

Acércate, si estás ufano de ello,
que en la cara te escupa mi desdén.
Parece que no se oye más resuello
que el mío... Si os alienta, ¡que a cercén
me lo sieguen! Tendido está mi cuello.

ERCILLA

¡No, por Cristo!

GALVARINO

¡Segad esta garganta
siempre de sangre de invasor sedienta,
que no temo la muerte, ni me espanta
que un tormento me déis, si él os afrenta;
y en Arauco ha de haber mano, entre tanta,
que de otro crimen más os pida cuenta!
¿Qué?... Si alguna ventaja ansiáis sacar
de no llevar mi vida al fin postrero,
aquí me mataré a vuestro pesar,
pues, si queréis que viva, morir quiero.

DON GARCÍA

¿Los muñones te vas a devorar?

GALVARINO

¡Si vivo me queréis, alegre muero!

EFECTOS

La pugna de los soldados por impedir que el indio se mate; pronta extinción para lo siguiente.

ERCILLA

Y, en verdad, Galvarino allí muriera,
trocándonos en lástima el enojo,
si a un esclavo al cuartel llegar no viera,
monte abajo, cargado de despojo.
Como suele atacar la herida fiera
que ve la desmandada presa al ojo,
Galvarino con furia arrebatada
salióle de través a la parada.
Y en él los pies y brazos añudados,
sobre el húmedo suelo lo tendía;
con los rojos muñones desangrados
en ojos y narices le batía;
ante todos nosotros, a bocados,
sin poderse valer, se le comía,
y acabara con él si nuestra gente
no acudiera a su amparo con presteza.
Don García, por fin, soltó al valiente,
que, a punto de adentrarse en la maleza
volviendo hacia los suyos, con potente
voz gritaba:

GALVARINO

(Lejos.) ¡Temed esta cabeza
jamás dócil a yugo de enemigo,
que, dejándome en ella lengua y seso,
dos armas de valor dejáis conmigo!
Yo tendré la elocuencia del poseso
delante de mi gente, y si la hostigo,
podré haceros sentir todo su peso...

EFECTOS

Con las últimas palabras entronca un crescendo de tambores, que indica el correr del indio y es cortado bruscamente por un golpe de címbalos, en cuyo resón se inicia la arenga de Galvarino al senado araucano.

GALVARINO

¡Caciques! Ved mi cuerpo mutilado,
miembro del vuestro, que, por más afrenta,
como ejemplo me envían al senado
para dar de la injuria cabal cuenta.
Mirad vuestro valor vituperado,
y en mí, lo que el tirano os representa,
que jura no dejar cacique alguno
sin así desmembrarlos uno a uno.
¡Volved, volved en vos! No deis oídos
a ofertas de invasor, que son patrañas
tendientes, como en mí lo véis cumplido,
tan sólo a deslustrar vuestras hazañas.
El señuelo que aquí les ha traído
por los mares, de tierras tan extrañas,
es el oro goloso que se encierra
en el pródigo seno de esta tierra.
Y es color falso y apariencia vana
querer mostrar al mundo que su intento
fue el extender la religión cristiana,
que, entre ellos, lo que no se cuenta es cuento.
Todo su afán de la codicia mana,
y en balde ha de negarlo el fingimiento,
pues hallamos que son, más que otras gentes,
ladrones y asesinos inclementes.
¡De nuevo en pie contra estos enemigos
que en la cruz crucifican su conciencia
y, ofreciendo tenernos por amigos,
quiérennos reducir a la obediencia!
Pues, si no os sometéis, con los castigos
se permiten rendir vuestra insolencia,
sin quedar del cuchillo reservado
género, condición, edad ni estado...

EFECTOS

Transición, en "croos-fading", de una voz a otra.

COLOCOLO

Así habló el indomable Galvarino,
muñón sangriento al aire en su ademán,
cuando al senado de caciques vino
para darnos noticia del desmán...
¡Y hacia Millarapué se abrió camino
con las tropas del rey Caupolicán!

EFECTOS

La infantería araucana en marcha al son de sus tambores.

ERCILLA

Dura fue la pelea allí librada,
su favor nos mostró en ella la suerte,
la ganamos, y, al fin de la jornada,
doce presos de rango, que en el fuerte
recibió el comandante, pronunciada
tuvieron pronto su condena a muerte.
Yo, que oí la sentencia al ir llegando,
de los nobles guerreros condolido,
salvar quise a uno dellos alegando
que había a nuestro ejército venido;
mas él, presto los brazos levantando,
que había bajo el peto guarecido,
descubrió la carencia de las manos
al mostrar los muñones, aún no sanos...

GALVARINO

(Con eco) ¿Traidor? ¡Jamás! ¡Oh gentes [detestables,
indignas de la gloria de este día!
Hartad vuetras gargantas insaciables
en esta emponzoñada sangre mía,
que aunque arruinen los hados, tan muda- [bles,
el vigor de la heroica araucanía,
nos veréis antes muertos que rendidos,
y, por más que venzáis, no convencidos...

ERCILLA

Yo, que estaba a su vera, sopesé
juntamente su empeño y valentía,
y, opuesto a otros criterios, procuré
dar la vida a quien ya la aborrecía.
Mas, vencido por otros, me aparté,
y a morir fue, con él, su compañía.

EFECTOS

La voz de "¡Marchen!, ¡Marchen!", dada por un soldado a los presos, y luego los pasos de éstos, alejándose.

ERCILLA

Seguí yo paso a paso a Galvarino,
y a la entrada de un monte, en un repecho
por el cual atraviesa el gran camino
que al valle de Lincoya va derecho,
con gran solemnidad el desatino
del injusto castigo fue a ser hecho.
Por falta de verdugo, que no había
quien a oficio tan vil mostrase agrado,
recurrióse, en la urgencia de aquel día,
a un modo de matar jamás usado:
cada cual de los doce en rebeldía
recibió su cordel bien ensebado,
y a elegir se le dio, en una ringlera
de robles a lo largo del camino,
el que de horca su antojo prefiriera.
Subieron con soltura de felino
tronco arriba, y, traída una escalera,
por ella, soga al cuello, Galvarino.
Diez, así que a las cimas arribaron,
prestamente ciñeron el cordel
a la rama y al cuello; se miraron
sin decirse palabra, y, de tropel,
bruscamente a la muerte se lanzaron.
Al verles en el aire, el más doncel
por piedad se volvió a la gente en tierra...

INDIO

(Lejos.) Soy cacique, españoles, descendiente
de una casta que en mí su ciclo cierra.
No tengo padre, hermano ni pariente,
que todos son ya muertos en la guerra.
Siendo el último brote de mi casta,
¿llegaréis a extinguirla con mi muerte?

GALVARINO

(Cerca.) ¡Tu traición de por sí para eso basta!
¿Consideras, cobarde, mejor suerte
vivir como buey manso, el yugo al asta,
que morir como un auca de alma fuerte?
¡Nunca pidas clemencia a tu asesino
ni esperes libertad de tu tirano!

INDIO

Razón tienes, y acepto mi destino.
¡Mira!

EFECTOS

Intensa y súbita vibración de una cuerda musical, para denotar el tirón del cuerpo en el cordel.

GALVARINO

¡Noble cacique! No hablé en vano.
(Tras brevísima pausa, con heroica voz.)
¡Arauco! ¡Libre, o muertooo!

EFECTOS

Nueva vibración de cuerda, pero más poderosa y resonante.

ERCILLA

Galvarino
dejó el grito en el aire araucano...

(Pausa.)

LECTOR

Cuatro siglos después, su duro aserto
sigue haciendo en el mundo la cadena;
mas, con voz de volcán, por todo él truena
Galvarino, el de Arauco: ¡Libre, o muerto!

EFECTOS

Golpe de címbalos, y luego, la antigua melodía chilena usada al comienzo.

Derecho de huelga

Algún tiempo después de las huelgas de mayo, Franco consideró necesario —la cuestión es ganar tiempo —dar al mundo la sensación de que también España, al fin, se democratiza. Y se hizo público el decreto legalizando las huelgas obreras.

Ahora bien, para que la huelga pueda ser considerada legal no debe tener carácter político. La autoridad designada para determinar su carácter es el gobernador provincial Para que los trabajadores puedan ir a la huelga deberán someterse a los siguientes trámites: Primero, plantear sus reclamaciones al Sindicato (sindicatos de Falange, donde están incluidos patronos y obreros, y cuyos jerarcas los nombra el Estado). Si el pleito no se resuelve ahí, será turnado a los tribunales del trabajo. Y si en ellos tampoco se llega a un acuerdo, dice el decreto, el pleito será turnado al tribunal superior, cuyo fallo será inapelable.

¿Está claro? ¿Tienen o no derecho de huelga los trabajadores españoles, a pesar de lo dicho y repetido por Franco de que los países pobres no podían permitirse ese lujo?

Apelan los fiscales

Los que consideramos delitos políticos son juzgados por Franco como rebelión contra el Estado, y sometidos al fuero militar. Hasta el reparto de un manifiesto se trata como delito de rebelión, igual que pintar las paredes con temas políticos o revolucionarios, protestas contra el alza del costo de la vida etc. Los acusados por esos delitos no gozan de garantía de defensa.

Los sentenciados no apelan nunca a tribunales superiores. No tiene objeto. En España este recurso lo emplean los fiscales. Recientemente, el que pidió la pena de muerte en Barcelona contra un joven libertario, Jorge Conill Vall, no conforme con que la pena le fuese conmutada por la de cadena perpetua, apeló a un tribunal superior. Después de ruidosas protestas en diversas partes del mundo, Francia e Italia principalmente, en las que participó incluso el cardenal de Milán, la apelación fiscal fue denegada, lo que provocó manifestaciones públicas de mal disimulado coraje por parte de las autoridades franquistas y del señor Luca de Tena.

Ya no hay censura

Las huelgas recientes obligaron al gobierno franquista a nombrar nuevo ministro de Información. Este, Fraga Iribarne, se apresuró a notificar al corresponsal del diario parisino *Combat* que el gobierno había decidido suprimir la censura a la prensa, cine, teatro, radio, televisión, libros, etc., dejándose al director de la publicación *la responsabilidad de lo que publique.*

La supresión, por consiguiente, será tan efectiva como el derecho de huelga. ¿Será que Franco ha descubierto, al fin, que tampoco en Rusia hay censura previa? ¿Será menester decir que los directores de los periódicos y otros medios de publicidad son nombrados por el régimen? El cinismo de los gobernantes totalitarios no tiene límites.

200 mil personas emigraron en 1961

Más del 65% a los países europeos del Mercomún; el resto, a América y Australia. La provincia que dio mayor número de emigrados fue Valencia, de donde nadie emigraba antes del franquismo, y que ahora son obligados a hacerlo por la gran cantidad de trabajadores que, por hambre, huyen de Andalucía hacia el Norte.

El envío de divisas a España por parte de estos emigrados resulta importantísima para nivelar la balanza de pagos. Alcanzó a más de 120 millones de dólares en 1961. Se calcula que este año puede alcanzar la cifra de 250 millones.

A propósito de esta emigración, que se lleva de España a los obreros más capacitados, dijo *A B C* en una ocasión: "La fisonomía de la corriente migratoria ha cambiado de signo, pues antes se consideraba como una plaga calamitosa ya que suponía una sangría en la población productora, y hoy, en cambio, se estima que la emigración puede significar, por un lado, la compensación de la falta de capacidad del potencial económico de la patria, y por otro, la compensación de la escasez de mano de obra en otras partes del mundo: la emigración ya no es una aventura de aquel a quien viene estrecha la casa familiar, sino la consecuencia de una decisión reflexiva y suficientemente preparada."

Gironella, el pretendido exégeta de la guerra civil española, no muy de acuerdo con el señor Luca de Tena, escribió en la *Vanguardia Española*: "Por lo visto, la exportación de los brazos capacitados llenaba de gozo a algunas personas. En el tren, mi reacción fue contraria. ¿No significa esta emigración una dolorosísima sangría para la patria? Un fabricante catalán sentado a su lado contesta: "Cataluña empieza a acusar las consecuencias de la sangría. Muchas industrias se resienten de la deserción; las vacantes se suplen con personal mal preparado, por lo que las mercancías se elaboran a ritmo lento y deficiente."